El feminismo es para todo el mundo

bell hooks



traficantes de sueños
mapas



Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una donación
(si estás fuera de España a través de PayPal),
suscribirte a la editorial
o escribirnos un mail

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas 47

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

Edición original: *Feminism is for everybody: passionate politics*, Nueva York, South End Press, 2000.

Primera edición: mayo de 2017
Título:
El feminismo es para todo el mundo
Autora:
bell hooks
Traductoras:
Beatriz Esteban Agustí, Lina Tatiana Lozano Ruiz,
Mayra Sofía Moreno, Maira Puertas Romo, Sara Vega González
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Duque de Alba 13. C.P. 28012. Madrid.
Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

ISBN: 978-84-947196-1-5
Depósito legal: M-14706-2017

El feminismo es para todo el mundo

bell hooks

traficantes de sueños
mapas

Índice

Índice 9
Nota editorial. Origen del proyecto y agradecimientos 11
Prólogo. *Ochy Curiel* 13
1. Política feminista. Donde estamos 21
2. Toma de conciencia. Un continuo cambio de actitud 29
3. La sororidad sigue siendo poderosa 35
4. Educación feminista para una conciencia crítica 41
5. Nuestros cuerpos, nosotras. Derechos reproductivos 47
6. Belleza por dentro y por fuera 53
7. Lucha de clases feminista 59
8. Feminismo global 67
9. Mujer y empleo 73
10. Raza y género 81
11. Acabar con la violencia 87
12. Masculinidad feminista 93
13. Crianza feminista 99
14. Liberar el matrimonio y las relaciones de pareja 105
15. Una política sexual feminista. Una ética de libertad mutua 113
16. Plenitud total. Lesbianismo y feminismo 121
17. Volver a amar. El corazón del feminismo 129
18. Espiritualidad feminista 135
19. Un feminismo con visión de futuro 141

Nota editorial.
Origen del proyecto y agradecimientos

> Todas las mujeres blancas de este país saben que su estatus es muy distinto al de las mujeres negras y de color, y lo saben desde muy pequeñas porque tanto en la televisión como en las revistas solo ven imágenes como la suya. Saben que el único motivo por el que las personas de color están ausentes y son invisibles es porque no son blancas. Todas las mujeres blancas de este país saben que su raza es una categoría privilegiada y, por mucho que decidan reprimir o desmentir este hecho, no significa que lo desconozcan. Simplemente lo están negando.

Esta cita es el origen de esta publicación; a una de las traductoras, Maira Puertas, le llamó poderosamente la atención cuando la encontró en Internet. Tanto que buscó y se leyó el libro. Y le pareció tan completo, variado y útil, y tan necesario tenerlo en castellano que lanzó la propuesta de traducirlo a varias compañeras feministas de acá y de allá.

Desde el principio la idea nos entusiasmó y nos pusimos manos a la obra: primero confirmamos qué compañeras estarían dispuestas a participar y después encontramos una editorial que quisiera publicarlo. Por diversos motivos, desde que el proyecto echó a andar han transcurrido casi cuatro años y un sinnúmero de personas ha colaborado para que saliera adelante.

Finalmente lo hemos traducido un equipo de cinco mujeres xicanas, colombianas y del Estado español, con la colaboración de otra compañera para la traducción de un capítulo. A más compañeras les hubiera gustado participar en el proyecto pero por distintos motivos no pudieron seguir, entre ellas Elena Rey.

Desde nuestro primer contacto con Traficantes de Sueños, la editorial puso mucho empeño, ilusión y constancia para que el libro fuera finalmente publicado. En la larga búsqueda de los derechos de la obra y la localización de la autora tuvimos que recurrir a nuestras redes feministas a uno y otro lado del Atlántico, las cuales (aunque sin mucho éxito) se pusieron a la tarea. Queremos agradecer especialmente la ayuda de Mara Viveros.

Ya en el proceso de traducción fue mucha la gente que nos animó y nos apoyó y que espera con ilusión leer el libro traducido. Gracias de manera especial a Kath Nygard, que contribuyó con la traducción de un capítulo, y a Ivonne Donado Kerguelén y Carmen Romo Velasco, que ayudaron en la pre-revisión de otros.

Por último, queremos dar las gracias en especial a Ochy Curiel Pichardo por aceptar nuestra propuesta de escribir el prólogo.

Fdo. El equipo de traductoras:
Beatriz Esteban Agustí
Lina Tatiana Lozano Ruiz
Mayra Sofía Moreno
Maira Puertas Romo
Sara Vega González

Prólogo

Ochy Curiel

Feminism is for Everybody / El feminismo es para todo el mundo es uno de los textos más importantes de la escritora, teórica activista, académica y crítica cultural afronorteamericana bell hooks.

A diecisiete años de su primera edición, ya solo el título invita a una reflexión que hoy sigue estando en boga en los espacios feministas y que podemos sintetizar en esta pregunta: ¿cuál es el sujeto del feminismo?

La respuesta la encontramos a lo largo de diecinueve pequeños capítulos que, si bien cortos, profundizan en cuestiones clave para el feminismo norteamericano, también abordadas en otras geopolíticas, y que continúan siendo hoy debates importantes. Por lo tanto, su lectura es una reactualización de historias, debates, disputas, propuestas, en las que encontramos continuidades y discontinuidades y que son presentadas por bell hooks desde su experiencia, su apasionamiento y desde profundos y complejos análisis.

bell hooks fue un nombre construido por la autora combinando parte de los nombres y apellidos de su madre y de su abuela, un acto de reconocimiento de una ancestralidad que define su propia ubicación, lo que ha sido una práctica política reiterada por parte de muchas mujeres negras. Pero además lo escribe en minúsculas,

cuestionando el canon gramatical hegemónico que señala que los nombres propios deben escribirse en mayúsculas. Para ella lo más importante son las ideas que están vertidas en sus textos, no tanto quién es ella. No obstante, es bueno saber que bell hooks, como ha sucedido con la mayoría de afronorteamericanas, fue víctima de la segregación racial, del sexismo y del clasismo en Estados Unidos; es desde esta experiencia desde donde se posiciona en torno al feminismo, en el que cree profundamente, colocando su propio *standpoint* [punto de vista]. Este es uno de los marcos fundamentales del libro: la experiencia como autoridad analítica, desde una posición crítica, constructiva y vivencial, es el hilo conductor de este texto.

Fue escrito de forma simple y explicativa, pues su propósito era hacer una especie de «manual» sencillo, que todo el mundo pudiera leer, que permitiera eliminar los prejuicios en torno al feminismo —y en torno a las feministas como mujeres que «odian a los hombres»— y que ayudara a ampliar su alcance, ya que, según ella, las propuestas feministas circulan fundamentalmente en la academia y en los movimiento políticos.

Contar con la traducción en castellano de *Feminism is for Everybody. Passionate Politics* es un privilegio que nos permite adentrarnos en el pensamiento y la práctica política de una de las feministas afronorteamericanas que ha construido lo que hoy se denomina Feminismo Negro, una de las propuestas feministas más coherentes y radicales, que promueve un análisis y una acción política que consideren la imbricación de las opresiones derivadas del sexo, la raza y la clase.

¿Por qué «el feminismo es para todo el mundo» para bell hooks? Es la pregunta que me condujo a leer este libro. Y no encontré una sola respuesta, sino muchas.

I. Lo primero que la autora nos propone es que el feminismo tiene el potencial de cambiar no solo la vida de las mujeres, sino la de todo aquel y aquella que busque claves para transformarla.

En este libro bell hooks conecta este potencial de transformación con una toma de conciencia del sexismo que no debe quedarse en las mujeres, sino llegar también a los hombres, para que se hagan conscientes de su sexismo y renuncien a sus privilegios masculinos. Es uno de los temas recurrentes de la autora. Así desesencializa la relación mujer = feminista, hombre = enemigo, pues sostiene que un hombre que ha renunciado a sus privilegios de sexo es un compañero de lucha, y una mujer que sostiene el sexismo es una peligrosa amenaza para el feminismo.

Esta posición está inscrita en debates que surgieron en la década de los años setenta y ochenta en el feminismo (y que hoy siguen presentes) en torno a la idea de que el feminismo era exclusivamente para las mujeres, pues han sido oprimidas por el sexismo, y que había que enfrentarse con los hombres. hooks problematiza esta relación analizando cómo los hombres no son el problema principal. Si bien asume críticamente sus privilegios en el sistema patriarcal y cómo reproducen el sexismo, propone una teorización más compleja que coloque el problema en el patriarcado, el sexismo y la dominación masculina, que incluya el hecho de que muchas mujeres también reproducen esta dominación, y que ponga en el centro que para lograr erradicar este sistema es importante asumir la toma de conciencia crítica.

II. Pensar y hacer un feminismo para todo el mundo no es pensar solo en los hombres: hooks coloca en primer plano la experiencia de muchas mujeres empobrecidas y negras que no eran consideradas en un feminismo cuyas integrantes legítimas eran las blancas y de clase burguesa. Es desde allí desde donde introduce interesantes análisis en torno a la raza y a la clase.

En torno a la raza, señala que fueron las feministas negras, a quienes define como visionarias, las que desvelaron la relación entre racismo y sexismo y las que —aunque fueron catalogadas como «traidoras», porque para muchas feministas blancas esto disminuía el estatus del género en el feminismo— forjaron las bases para una posición antirracista dentro del feminismo.

Critica un feminismo blanco que, si bien aprendió de la lucha de la población afronorteamericana por los derechos civiles para lograr sus propios derechos, no integró por ello ningún compromiso con la lucha antirracista. Al contrario, se negaron a analizar el impacto que tenía la raza al colocar el género como único centro de sus luchas, lo que reproducía el racismo dentro del feminismo. La experiencia de las mujeres negras, la mayoría en situación de precariedad material, era borrada de los análisis y luchas feministas. Fue así como se cuestionó la supuesta hermandad y sororidad que muchas feministas blancas y con privilegios de clase enarbolaban como un principio ético feminista, pues la mayoría de las mujeres y feministas negras eran objeto de explotación y racismo por parte de la sociedad en general, y por muchas feministas blancas en particular; por tanto, no había tal opresión compartida. Si bien hooks señala que posteriormente muchas feministas blancas han teorizado sobre la relación entre género y raza, cabe destacar que esto sigue ausente en la práctica feminista de muchas otras.

III. Para bell hooks la clase también ha sido una cuestión problemática para el feminismo. Partiendo del cuestionamiento de lo que Betty Friedan llamó «el problema que no tiene nombre» en su célebre texto *The Feminism Mystique* [*La mística de la feminidad*], un best-seller de la época en el que Friedan analizaba las frustraciones de muchas mujeres por estar en sus casas como amas de casa, hooks restringe esa frustración a un grupo de mujeres blancas pequeño burguesas pues una gran mayoría de mujeres trabajaban ya fuera del hogar por pésimos salarios y, a la vez, a su regreso, tenían que asumir el trabajo doméstico en sus propias casas. Por tanto, cuestiona el concepto de «libertad» que Friedan demandaba para ciertas mujeres con privilegios, pues no era aplicable para mujeres sin privilegios de clase y raza.

hooks examina cómo fue dándose la institucionalización del feminismo, al crearse los estudios de la mujer en el campo académico, que en buena medida desplazaron a los grupos de autoconciencia, espacios no jerárquicos y autónomos que permitieron analizar las vidas cotidianas

de muchas mujeres. Esta institucionalización profesionalizó la apuesta feminista por parte de mujeres privilegiadas convirtiéndolo en un estilo de vida más que en una apuesta transformadora, lo que fortaleció un feminismo clasista.

IV. Por otro lado, para la autora, si bien la sexualidad de las mujeres fue un catalizador fundamental para el movimiento feminista, pues permitió reconocer los cuerpos de las mujeres, defender el derecho a elegir, a ejercer más libremente su sexualidad, a acceder a métodos anticonceptivos seguros o al aborto, lo cierto es que de mucho de esto solo hicieron uso mujeres blancas con privilegios de clase. Las empobrecidas, incluyendo a las negras, siguieron en gran medidas abocadas a abortos ilegales en precarias condiciones.

Sobre esta cuestión analiza también cómo los derechos logrados por algunas en torno a la reproducción y la sexualidad fueron posteriormente perdiéndose, mientras la radicalidad feminista iba desapareciendo y se fortalecía la ultraderecha religiosa fundamentalista, lo que colocó de nuevo el aborto en la agenda pública, en un intento de socavar el derecho de las mujeres a decidir sobre sus cuerpos, su sexualidad y su reproducción.

V. En relación con los cánones de belleza, examina cómo las feministas lograron cuestionar la belleza promovida por la industria de la moda y la obsesión que esta impone para que las mujeres asuman una determinada apariencia. Así, muchas feministas se bajaron de los tacones, dejaron el maquillaje, empezaron a usar pantalones y se sintieron más libres y cómodas con sus cuerpos. Sin embargo, también analiza cómo el patriarcado capitalista supremacista blanco, posteriormente, ha sido capaz de volver a generalizar nociones sexistas de la belleza a través de los medios de comunicación.

VI. bell hooks amplía en este texto los análisis en torno a la violencia. Prefiere el concepto de «violencia patriarcal» en vez de «violencia doméstica», porque la liga al sexismo y a la dominación masculina y porque además esta violencia

no incluye solo a las mujeres, sino también a los niños y a las niñas, que muchas veces son violentados, también por las mujeres. Ante esto propone una crianza feminista como vía para evitar la violencia hacia las mujeres, hacia niños y niñas, pero también para generar procesos de socialización que eviten la reproducción de la violencia a nivel general.

VII. En temas como el matrimonio y la vida de pareja, bell hooks recuerda que fueron las posturas feministas de la década de los setenta, que criticaron el matrimonio heterosexual por constituir otra forma de esclavitud sexual y por reforzar la hegemonía patriarcal de los hombres, las que construyeron el paradigma sexual más libre que vivimos hoy y que ha permitido a las mujeres y a los hombres tener mejores relaciones con sus parejas heterosexuales.

VIII. A partir de un sugerente título, bell hooks analiza la relación entre lesbianismo y feminismo. Lo denomina «plenitud total». Reconociendo que fueron lesbianas las que le ayudaron a su propia autodefinición, analiza cómo las lesbianas y las bisexuales fueron la vanguardia del movimiento de la liberación de las mujeres por dos razones: por haber mostrado a través de su propia experiencia que, en tanto mujeres, no era necesario depender de los hombres para lograr el bienestar y el placer sexual; y porque eran las que estaban más dispuestas a asumir una perspectiva de raza y clase. Muestra además el heterosexismo del feminismo, en tanto que las heterosexuales del movimiento no legitimaban a lesbianas y bisexuales, cuestión que era reforzada por los medios de comunicación. Una aportación interesante de hooks es el cuestinamiento de la consigna «el feminismo es la teoría y el lesbianismo la práctica» ya que muchas lesbianas reproducían formas de violencia dentro de sus parejas y asumían roles y actitudes sexistas, y muchas terminaron por alejarse de las prácticas políticas radicales. Con todo ello hooks invita a una práctica feminista frente al heterosexismo, primero, reconociendo el legado fundamental de las lesbianas radicales y, segundo, trabajando contra la homofobia y la lesbofobia.

Con todos estos temas, lo que nos propone bell hooks en este libro es un feminismo visionario y radical que debe analizar las experiencias personales desde la posición de cada uno, desde nuestros lugares de sexo, raza y clase para que «entendamos con claridad nuestro lugar dentro del patriarcado capitalista supremacista blanco»; un feminismo que debe recuperar los aportes de muchas feministas que no se quedaron en una política reformista, sino que apostaron por la transformación de la vida; un feminismo que debe reconocer la importancia de «otra» espiritualidad lejos del sexismo, del racismo, del fundamentalismo y que contenga ideas de justicia y liberación; un feminismo que debe cuestionar las nociones de amor que se basan en la dominación y la coerción; un feminismo que luche contra todas las formas de violencia y que debe invitar a sumarse a todo el mundo.

1. Política feminista. Donde estamos

Explicado de forma sencilla, el feminismo es un movimiento para acabar con el sexismo, la explotación sexista y la opresión. Esta definición del feminismo la incluí en mi libro *Feminist Theory: From Margin to Center* hace más de diez años. En ese momento esperaba que se convirtiera en una definición común que utilizara todo el mundo; me gustaba porque no implicaba que los hombres fueran el enemigo. Al especificar que el problema era el sexismo, iba directamente al corazón de la cuestión. A efectos prácticos, es una definición que implica que el problema es el conjunto del pensamiento y la acción sexista, independientemente de que lo perpetúen mujeres u hombres, niños o adultos. Es lo suficientemente amplia como para comprender el sexismo sistémico institucionalizado; y es una definición abierta. Para entender el feminismo es necesario entender el sexismo.

Como bien saben todas las personas que defienden la política feminista, la mayoría de la gente no sabe lo que es el sexismo o, si lo sabe, cree que no es un problema. Mucha gente cree que el feminismo consiste única y exclusivamente en mujeres que quieren ser iguales que los hombres, y la gran mayoría de esta gente cree que el feminismo es antihombres. Esta falta de comprensión de la política feminista refleja lo que la mayoría de la gente aprende sobre el feminismo a través de los medios de

comunicación de masas patriarcales. El feminismo del que más oyen hablar está representado por mujeres comprometidas principalmente con la igualdad de género: el mismo salario por el mismo trabajo y, a veces, el reparto de las tareas del hogar y la crianza entre mujeres y hombres. Generalmente ven que estas mujeres son blancas y privilegiadas materialmente y saben, por los medios de comunicación de masas, que la liberación de las mujeres se centra en la libertad para abortar, para ser lesbianas y en la lucha contra la violación y la violencia doméstica. De todos estos temas, mucha gente está de acuerdo con la idea de la igualdad de género en el trabajo: el mismo salario por el mismo trabajo.

Como nuestra sociedad sigue teniendo principalmente una cultura «cristiana», mucha gente sigue creyendo que Dios ha dispuesto que las mujeres deben estar subordinadas a los hombres en el hogar. Aunque muchísimas mujeres se hayan incorporado a la población activa o aunque muchas familias estén encabezadas por mujeres como únicas proveedoras, sigue dominando en el país la imagen de que la dominación masculina sigue intacta, haya o no hombres en el hogar.

La errónea noción del movimiento feminista como movimiento antihombres conllevaba también la errónea asunción de que los espacios en los que solo había mujeres serían necesariamente entornos libres de patriarcado y pensamiento sexista. Muchas mujeres, incluidas las que participaban activamente en política feminista, también decidieron creérselo. De hecho, sí que existía un fuerte sentimiento antihombres entre las primeras activistas feministas que luchaban con rabia contra la dominación masculina. Esa rabia ante la injusticia fue lo que les impulsó a crear el movimiento de liberación de las mujeres. En un principio, la mayoría de las activistas feministas (la mayor parte blancas) tomaron conciencia de la naturaleza de la dominación masculina cuando militaban en espacios anticlasistas y antirracistas con hombres que hablaban al mundo sobre la importancia de la libertad mientras subordinaban a las mujeres en sus filas. Ya fuera en el contexto de mujeres blancas que luchaban en nombre

del socialismo, mujeres negras que luchaban a favor de los derechos civiles y la liberación de la población negra o mujeres nativas estadounidenses que luchaban por los derechos indígenas, estaba claro que los hombres querían ser los líderes y que querían que las mujeres los siguieran. Participar en estas luchas radicales de liberación despertó el espíritu de rebelión y resistencia de las mujeres progresistas y las condujo a la lucha contemporánea de liberación de las mujeres.

Según fue evolucionando el feminismo contemporáneo y según se fueron dando cuenta las mujeres de que los hombres no eran el único grupo de nuestra sociedad que perpetuaba el pensamiento y la práctica sexista —las mujeres también podían ser sexistas— el sentimiento antihombres dejó de moldear la conciencia del movimiento; los esfuerzos pasaron a centrarse en la creación de justicia de género. Pero las mujeres no podíamos unirnos para impulsar el feminismo sin enfrentarnos a nuestro pensamiento sexista. La sororidad no podía ser poderosa mientras las mujeres siguieran compitiendo entre ellas. Las visiones utópicas de la sororidad que se basaban únicamente en la conciencia del hecho de que todas las mujeres eran de alguna manera víctimas de la dominación masculina se vieron afectadas por los debates de clase y raza. Los debates sobre las diferencias de clase surgieron muy pronto en el feminismo contemporáneo, antes que los debates sobre la raza. Diana Press publicó unas notas revolucionarias sobre las divisiones de clase entre las mujeres a mediados de los setenta en la recopilación de artículos *Class and Feminism.* Estos debates no trivializaban la insistencia feminista en que «la sororidad es poderosa», sino que simplemente hacían hincapié en que solo podríamos llegar a ser hermanas en la lucha si nos enfrentábamos a las formas en las que las mujeres —mediante la clase, la raza o la orientación sexual— dominaban y explotaban a otras mujeres y creábamos una plataforma política que abordara estas diferencias.

Aunque las mujeres negras de forma individual habían participado en el movimiento feminista contemporáneo desde sus inicios, no fueron las que se convirtieron en

las «estrellas» del mismo, las que atrajeron la atención de los medios de comunicación de masas. A menudo, las mujeres negras activas en el movimiento feminista eran feministas revolucionarias (como muchas lesbianas blancas). No estaban de acuerdo con las feministas reformistas que querían proyectar firmemente una imagen del movimiento que consistía únicamente en lograr la igualdad entre hombres y mujeres dentro del sistema existente. Incluso antes de que se empezara a debatir sobre la cuestión de la raza en los círculos feministas, las mujeres negras (y sus aliados revolucionarios en la lucha) tenían claro que nunca iban a conseguir la igualdad dentro del patriarcado capitalista supremacista blanco existente.

Desde sus inicios, el movimiento feminista ha estado polarizado. Las pensadoras reformistas eligieron hacer hincapié en la igualdad de género. Las pensadoras revolucionarias no queríamos simplemente modificar el sistema existente para que las mujeres tuvieran más derechos; queríamos transformar ese sistema, acabar con el patriarcado y el sexismo. Como los medios de comunicación de masas patriarcales no estaban interesados en la visión más revolucionaria, la prensa convencional nunca le prestó atención. La imagen de la «liberación de las mujeres» que quedó y que permanece en el imaginario de la gente representa a mujeres que querían lo que tenían los hombres; y esto era más fácil de alcanzar. Los cambios de la economía del país, la crisis económica, la pérdida de empleos, etc., crearon el clima adecuado para que nuestra ciudadanía aceptara la noción de la igualdad de género en el trabajo.

Dada la realidad del racismo, tenía sentido que los hombres blancos estuvieran más dispuestos a tener en cuenta los derechos de las mujeres, al considerar que la obtención de esos derechos podría servir a los intereses de mantener la supremacía blanca. No podemos olvidar que las mujeres blancas empezaron a reivindicar su necesidad de libertad siguiendo los pasos de los derechos civiles, justo en el momento en el que se estaba luchando contra la discriminación racial y en el que la población negra, especialmente los hombres negros, podrían haber logrado la igualdad con los hombres blancos en el trabajo.

El pensamiento del feminismo reformista, que se centra principalmente en la igualdad con los hombres en el trabajo, eclipsó las bases radicales originales del feminismo contemporáneo que reivindicaban la reforma y la reestructuración general de la sociedad para que nuestro país fuera fundamentalmente antisexista.

La mayoría de las mujeres, especialmente las mujeres blancas privilegiadas, dejaron incluso de tener en cuenta las visiones feministas revolucionarias cuando empezaron a conseguir poder económico dentro de la estructura social existente. Irónicamente, el pensamiento feminista revolucionario tenía una mayor aceptación y seguimiento en los círculos académicos, en los cuales se siguió produciendo teoría feminista revolucionaria, pero en muchos casos esa teoría no llegaba al gran público. Pasó a ser, y lo sigue siendo, un discurso privilegiado disponible para aquellas personas con una amplia formación académica, buenos estudios y, generalmente, materialmente privilegiadas. Obras como *Feminist Theory: From Margin to Center*, que ofrecen una visión liberadora de la transformación feminista, no reciben nunca mucha atención. Mucha gente no ha oído hablar de este libro; no han rechazado su mensaje, simplemente no lo conocen.

Al patriarcado capitalista supremacista blanco establecido le interesaba acabar con el pensamiento feminista visionario que no era antihombres o cuyo objetivo no era conseguir el derecho de las mujeres a ser como los hombres, y las feministas reformistas también querían silenciar estas fuerzas. El feminismo reformista se convirtió en un medio para la movilidad de clase; les permitía liberarse de la dominación masculina en el trabajo y tener un estilo de vida más independiente. Aunque no se había acabado con el sexismo, podían maximizar su libertad dentro del sistema existente y podían contar con la existencia de una clase más baja de mujeres subordinadas explotadas que harían el trabajo sucio que ellas se negaban a hacer. Al aceptar y, de hecho, confabular por la subordinación de la clase trabajadora y las mujeres pobres, no solo se aliaron con el patriarcado existente y su sexismo concomitante, sino que se concedieron a sí mismas el derecho a llevar una doble vida:

una en la que eran iguales que los hombres en el empleo y otra en el hogar cuando querían permanecer en él. Si optaban por el lesbianismo, tenían el privilegio de ser iguales que los hombres en el empleo, mientras utilizaban su poder de clase para crear hogares en los que podían elegir tener poco o ningún contacto con los hombres.

El «feminismo como estilo de vida» se acomodaba en la noción de que podía haber tantas versiones del feminismo como mujeres en el mundo. De repente, el feminismo se fue vaciando lentamente de contenido político y se impuso la idea de que no importaba la tendencia política de una mujer, ya fuera conservadora o liberal: ella también podía incorporar el feminismo en su estilo de vida. Obviamente, esta forma de pensar ha hecho que se acepte más el feminismo porque presupone que las mujeres pueden ser feministas sin desafiar la esencia de la cultura o a ellas mismas. Por ejemplo, tomemos el caso del aborto: si el feminismo es un movimiento para acabar con la opresión sexista y privar a las mujeres de los derechos reproductivos es una forma de opresión sexista, no se puede estar en contra del derecho a decidir y ser feminista. Una mujer puede insistir en que ella nunca optaría por abortar, pero afirmará su apoyo al derecho de las mujeres a elegir y seguirá siendo una defensora de la política feminista. No se puede ser antiabortista y defensora del feminismo. Asimismo, no puede existir un «feminismo del poder»[1] si la imagen del poder que se evoca es el que se obtiene mediante la explotación y opresión de otras personas.

La política feminista está perdiendo fuerza porque el movimiento feminista ha perdido definiciones claras. Tenemos esas definiciones. Reivindiquémoslas. Compartámoslas. Volvamos a empezar. Hagamos camisetas

[1] *Power feminism*. En los años ochenta y noventa, feministas ligadas al neoliberalismo acusaron a ciertas corrientes feministas de mostrar siempre a las mujeres como víctimas sometidas a un orden externo [*victim feminism*]; frente a ellas, pretendían promover imágenes de las mujeres como agentes con poder [*power feminism*] pero no entraban en profundidad a la cuestión de la posibilidad de agencia en contextos de opresión y a menudo se terminaba culpando a las mujeres de su propia situación. [N. de E.]

y pegatinas, postales y música hip-hop, anuncios para la televisión y la radio, carteles y publicidad en todas partes, y cualquier tipo de material impreso que hable al mundo sobre feminismo. Podemos compartir el mensaje sencillo pero potente de que el feminismo es un movimiento para acabar con la opresión sexista. Empecemos por ahí. Dejemos que el movimiento vuelva a empezar.

2. Toma de conciencia.
Un continuo cambio de actitud

Las feministas no nacen, se hacen. Una no se vuelve una defensora de la política feminista simplemente por tener el privilegio de haber nacido mujer. Como en todos los posicionamientos políticos, una se vuelve partidaria de la política feminista por elección y por acción. Cuando, por primera vez, las mujeres se organizaron en grupos para hablar juntas sobre la cuestión del sexismo y la dominación masculina, tenían claro que a las mujeres se las socializa al igual que a los hombres para creer en el pensamiento y los valores sexistas. La única diferencia es que los hombres se benefician del sexismo más que las mujeres y, como consecuencia, es menos probable que quieran renunciar al privilegio patriarcal. Antes de que las mujeres pudiéramos cambiar el patriarcado, teníamos que cambiarnos a nosotras mismas, teníamos que tomar conciencia.

La toma de conciencia feminista revolucionaria enfatizaba la importancia de aprender sobre el patriarcado como sistema de dominación, sobre cómo llegó a institucionalizarse y sobre cómo se perpetúa y se mantiene. Entender la manera en que la dominación masculina y el sexismo se expresaban en la vida diaria concienció a las mujeres sobre cómo eran acosadas, cómo trabajaban para otros y, en el peor de los casos, cómo no tenían ningun control sobre sus vidas. En los orígenes del movimiento feminista contemporáneo, los grupos de conciencia a

menudo se convirtieron en espacios en los que las mujeres simplemente daban rienda suelta a la hostilidad y a la rabia reprimidas por los abusos, y se centraban poco o nada en las estrategias de intervención y transformación. En un nivel muy básico, muchas mujeres heridas y oprimidas utilizaron los grupos de conciencia de manera terapéutica; era el espacio donde destapaban y revelaban abiertamente la profundidad de sus heridas más íntimas. Este aspecto confesional funcionó como ritual de sanación. A través de la toma de conciencia las mujeres obtuvieron la fuerza para desafiar a las fuerzas patriarcales en el empleo y en el hogar.

Sin embargo, de forma importante, la base de este trabajo empezó cuando las mujeres examinaron el pensamiento sexista y crearon estrategias con las que cambiar nuestras actitudes y creencias a través del pensamiento feminista y del compromiso con la política feminista. Fundamentalmente, el grupo de conciencia era un espacio para la transformación. Para construir un movimiento feminista de masas las mujeres necesitaban organizarse. La sesión de toma de conciencia normalmente tenía lugar en casa de alguien (en vez de en un espacio público que había que alquilar o que tenía que ser cedido). En ese lugar de reunión las pensadoras y activistas feministas con experiencia podían reclutar nuevas conversas.

La comunicación y el diálogo eran, de forma significativa, la prioridad fundamental en las sesiones de toma de conciencia. En muchos grupos se tenía como política que hablara todo el mundo. Las mujeres se turnaban para hablar con el fin de asegurarse de que se oyera a todas. Este intento de crear un modelo de debate no jerárquico verdaderamente dio a todas las mujeres la oportunidad de hablar, pero a menudo no creó un contexto para un diálogo comprometido. Aun así, en la mayoría de los casos, se discutía y debatía después de que todas hubieran hablado por lo menos una vez. En los grupos de conciencia, eran frecuentes los debates acalorados ya que de esa forma pretendíamos aclarar nuestra comprensión colectiva sobre la naturaleza de la dominación masculina. Solo a través del debate y el desacuerdo podríamos empezar a

encontrar un planteamiento realista sobre la explotación y la opresión de género.

El pensamiento feminista surgió por vez primera en el contexto de pequeños grupos en los que, con frecuencia, las personas se conocían entre sí (tal vez habían trabajado juntas o eran amigas). A medida que este empezó a teorizarse en material impreso para llegar a una audiencia más amplia, los grupos se deshicieron. La creación de los estudios de la mujer como disciplina académica aportó otro escenario desde el que se podía informar a las mujeres sobre el pensamiento y la teoría feminista. Muchas de las que encabezaron la introducción de las clases de estudios de la mujer en facultades y universidades habían sido activistas radicales de las luchas por los derechos civiles, los derechos de las personas homosexuales y el movimiento feminista temprano. Muchas de ellas no tenían doctorados, lo que significaba que habían entrado en las instituciones académicas recibiendo un salario más bajo y trabajando más horas que sus colegas de otras disciplinas. Cuando estudiantes de postgrado más jóvenes se unieron al esfuerzo de legitimar los estudios feministas, en la academia sabíamos que era importante conseguir mejores títulos universitarios. La mayoría de nosotras veía nuestro compromiso con los estudios de la mujer como una acción política; estábamos preparadas para sacrificarnos para crear una base académica para el movimiento feminista.

A finales de los años setenta los estudios de la mujer estaban en proceso de ser aceptados como una disciplina académica. Este triunfo ensombreció el hecho de que muchas de las mujeres que habían abierto el camino para su institucionalización fueron despedidas porque tenían estudios de máster y no doctorados. Mientras algunas de nosotras volvimos a la escuela de postgrado para obtenerlos, algunas de las mejores y más brillantes no lo hicieron porque estaban totalmente desilusionadas con la universidad y hartas del exceso de trabajo, así como decepcionadas y enfurecidas porque la política radical en la que se apoyaban los estudios de la mujer estaba siendo reemplazada por el reformismo liberal. Poco tiempo después, las aulas de estudios de la mujer habían reemplazado al

grupo de conciencia en el que todo tenía cabida. Mientras que en los distintos grupos de conciencia podían encontrarse mujeres de orígenes variados (las que trabajaban exclusivamente como amas de casa, en el sector servicios o profesionales exitosas), la academia era y sigue siendo un lugar de privilegio de clase. Las mujeres blancas de clase media privilegiadas, que eran mayoría en número aunque no necesariamente las que lideraban la vertiente radical del movimiento feminista contemporáneo, a menudo ganaron protagonismo porque eran el grupo en el que se centraban los medios de comunicación como las representantes de la lucha. Las mujeres con conciencia feminista revolucionaria, muchas de las cuales eran lesbianas y de clase trabajadora, con frecuencia y a medida que el movimiento recibía más atención, perdieron visibilidad. Pero una vez que los estudios de la mujer arraigaron en las facultades y universidades, al fin y al cabo, estructuras corporativas conservadoras, se vieron totalmente desplazadas. Cuando el aula de estudios de la mujer reemplazó al grupo de conciencia como escenario primario de trasmisión del pensamiento feminista y de estrategias de cambio social, el movimiento perdió su potencial de masas.

De un día para otro y de buenas a primeras, cada vez más mujeres empezaron a denominarse a sí mismas «feministas» o a usar la retórica de la discriminación de género para cambiar su estatus económico. La institucionalización de los estudios feministas generó un conjunto de empleos tanto en el mundo de la academia como en el mundo editorial. Estos cambios profesionales condujeron a formas de oportunismo, y mujeres que nunca habían estado comprometidas políticamente con la lucha feminista de masas empezaron a adoptar la actitud y la jerga del feminismo cuando esto mejoraba su movilidad social. El desmantelamiento de los grupos de conciencia prácticamente borró la idea de que para llegar a ser una defensora del feminismo una tenía que formarse y tomar una decisión informada sobre qué significa acoger la política feminista.

Sin el grupo de conciencia como el lugar donde las mujeres se enfrentaban a su propio sexismo hacia otras mujeres, el rumbo del movimiento feminista cambió para

centrarse en la igualdad en el empleo y la lucha contra la dominación masculina. Al centrarse cada vez más en la construcción de la mujer como «víctima» de la igualdad de género y por tanto merecedora de reparaciones (ya sea a través de modificaciones de las leyes discriminatorias o de políticas de discriminación positiva) perdió vigencia la idea de que las mujeres, como parte de su transformación en feministas, necesitaban primero enfrentarse a su sexismo interiorizado. Mujeres de todas las edades actuaban como si la preocupación o la rabia por la dominación masculina o la igualdad de género fuera todo lo que se necesitaba para convertirse en «feminista». Sin enfrentarse al sexismo interiorizado, mujeres que enarbolaban la bandera feminista, a menudo traicionaban a la causa en sus interacciones con otras mujeres.

A principios de los años ochenta, la evocación de una sororidad politizada, tan crucial en los inicios del movimiento feminista, perdió significado a medida que el terreno de la política feminista radical fue ensombrecido por un feminismo basado en el estilo de vida, el cual sugería que cualquier mujer podía ser feminista sin importar cuáles fueran sus creencias políticas. Huelga decir que ese pensamiento ha socavado la teoría y la práctica feministas, en suma, la política feminista.

Cuando el movimiento feminista se renueve, reforzará las estrategias que permitan que un movimiento de masas acabe con el sexismo, la explotación y la opresión sexista que subyugan a todo el mundo, y la toma de conciencia recuperará de nuevo su importancia original. Al imitar de forma efectiva el modelo de las reuniones de Alcohólicos Anónimos, los grupos de conciencia feminista se reunirán en las comunidades y ofrecerán el mensaje del pensamiento feminista a todo el mundo independientemente de su clase, raza o género. Aunque pueden aparecer grupos específicos basados en identidades compartidas, los grupos de base deben componerse con personas de procedencias distintas.

La toma de conciencia feminista por parte de los hombres es tan esencial para el movimiento revolucionario como los grupos de mujeres. Si se hubiera hecho hincapié

en los grupos masculinos que enseñaran a los niños y a los hombres qué es el sexismo y cómo puede transformarse, a los medios de comunicación de masas les habría resultado imposible retratar al movimiento como antihombres. También habría evitado la formación de un movimiento masculino antifeminista. A menudo los grupos de hombres se formaron siguiendo los pasos de un feminismo contemporáneo que no abordaba en absoluto las cuestiones del sexismo y la dominación masculina. Al igual que el feminismo basado en el estilo de vida y dirigido a las mujeres, estos grupos a menudo se volvieron espacios terapéuticos en los que los hombres se enfrentaban a sus heridas sin una crítica al patriarcado o un programa de resistencia a la dominación masculina. El movimiento feminista futuro no cometerá este error. Los hombres de todas las edades necesitan espacios donde se afirme y se valore su resistencia al sexismo. Sin los hombres como aliados en la lucha, el movimiento feminista no avanzará. En este momento tenemos mucho trabajo por hacer para contrarrestar la idea profundamente interiorizada en la psique cultural de que el feminismo es antihombres. El feminismo es antisexismo. Un hombre que ha renunciado al privilegio masculino y que ha adoptado la política feminista es un valioso compañero de lucha; no supone, de ninguna manera, una amenaza para el feminismo; mientras que una mujer infiltrada en el movimiento feminista que se sigue rigiendo por el pensamiento y el comportamiento sexista sí supone una peligrosa amenaza. La intervención más poderosa que hicieron los grupos de conciencia fue, de manera significativa, la reivindicación de que todas las mujeres deben enfrentarse a su sexismo interiorizado y a su lealtad al pensamiento y a la acción patriarcal, y deben comprometerse con la transformación feminista. Todavía se necesita esa intervención; sigue siendo el paso necesario para cualquiera que opte por la política feminista. Hay que transformar al enemigo interior antes de que podamos enfrentarnos al enemigo exterior. La amenaza, el enemigo, es el pensamiento y el comportamiento sexista. Si las mujeres enarbolan la bandera de la política feminista sin abordar y transformar su propio sexismo, el movimiento acabará debilitándose.

3. La sororidad sigue siendo poderosa

Cuando se utilizó por primera vez el eslogan *Sisterhood is powerful* [«La sororidad es poderosa»] fue increíble. Yo empecé a participar de lleno en el movimiento feminista en mi segundo año de universidad. Al haber asistido a una universidad solo de mujeres un año antes de pasarme a la Universidad de Stanford, conocía por experiencia propia la diferencia en la autoestima y la confianza en sí mismas de las mujeres en un aula del mismo sexo frente a otra en la que hay hombres. En Stanford los hombres reinaban en todas las clases. Las mujeres hablaban menos, tomaban menos la iniciativa y muchas veces, cuando hablaban, difícilmente se podía escuchar lo que decían. Sus voces carecían de fuerza y confianza. Para empeorar las cosas, de vez en cuando, los profesores, también hombres, nos decían que no podíamos ser «grandes» pensadoras, escritoras, etc., que no éramos tan inteligentes como los hombres. Estas actitudes me chocaban dado que yo venía de un ambiente solo de mujeres donde se afirmaba constantemente nuestra valía y valor intelectual por el nivel de excelencia académica establecido por nuestras docentes, en su mayoría mujeres, tanto para nosotras como para ellas mismas.

De hecho, sigo en deuda con mi profesora favorita de inglés, blanca, que pensaba que yo no estaba recibiendo la orientación académica que necesitaba en nuestra

universidad para mujeres porque no tenían un programa intensivo de escritura. Ella me animó a ir a Stanford; creía que algún día sería una pensadora y escritora importante. Allí, en cambio, se cuestionaba constantemente mi capacidad y empecé a dudar de mí misma. Entonces, el movimiento feminista sacudió el campus. Las estudiantes y las profesoras exigían que se acabara con la discriminación por género dentro y fuera del aula. ¡Guau! Fue un momento intenso e increíble. Allí asistí a mi primera clase de estudios de la mujer con la escritora Tillie Olsen, quien hizo a sus estudiantes pensar, primero y ante todo, sobre el destino de las mujeres de clase trabajadora. Allí la académica y posteriormente biógrafa de Anne Sexton, Diane Middlebrook, repartió uno de mis poemas en nuestra clase de poesía contemporánea sin decir de quién era y nos pidió que identificáramos si estaba escrito por un hombre o por una mujer, un experimento que nos hizo reflexionar críticamente acerca de los prejuicios de género a la hora de juzgar el valor de la escritura. Allí empecé a escribir mi primer libro a la edad de diecinueve años: *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism*. No se habría producido ninguna de estas increíbles transformaciones si el movimiento feminista no hubiese creado una base para la solidaridad entre mujeres.

Esa base se apoyaba en nuestra crítica a lo que entonces llamábamos «el enemigo interior», refiriéndonos a nuestro sexismo interiorizado. Todas sabíamos de primera mano que habíamos sido socializadas como mujeres por el pensamiento patriarcal para considerarnos a nosotras mismas inferiores a los hombres; para vernos entre nosotras única y exclusivamente como competidoras por la aprobación patriarcal; para mirarnos entre nosotras con celos, miedo y odio. El pensamiento sexista nos hacía juzgarnos las unas a las otras sin compasión y castigarnos duramente. El pensamiento feminista nos ayudó a desaprender el autodesprecio de las mujeres. Nos permitió liberarnos del arraigo que el pensamiento patriarcal tenía en nuestras conciencias.

La unión entre los hombres es un aspecto aceptado y afirmado de la cultura patriarcal. Simplemente se sabe que

los grupos de hombres se mantendrán unidos, se apoyarán, harán equipo y pondrán el bien del grupo por encima del beneficio y del reconocimiento individual. La unión de las mujeres no era posible dentro del patriarcado, era un acto de traición, pero el movimiento feminista creó el contexto para que esta unión fuera posible. No nos unimos en contra de los hombres, nos unimos para proteger nuestros intereses como mujeres. Cuando retamos a los profesores que no enseñaban libros escritos por mujeres no fue porque no nos gustaran esos profesores (muchas veces nos gustaban), sino porque queríamos terminar, legítimamente, con los prejuicios de género en las aulas y en el currículo.

Las transformaciones feministas que estaban teniendo lugar en nuestra universidad mixta a principios de los años setenta se estaban produciendo también en el ámbito del hogar y del empleo. Primero y ante todo, el movimiento feminista instó a las mujeres a dejar de vernos a nosotras mismas y a nuestros cuerpos como propiedad de los hombres. Para exigir el control de nuestra sexualidad, métodos anticonceptivos efectivos y derechos reproductivos, y acabar con las violaciones y los abusos sexuales, teníamos que ser solidarias. Para que se modificara la discriminación de las mujeres en el empleo necesitábamos presionar como grupo para que se cambiaran las políticas públicas. Desafiar y modificar el pensamiento sexista de las mujeres fue el primer paso hacia la creación de una sororidad poderosa, una potente hermandad de mujeres, que finalmente sacudió nuestro país.

Siguiendo los pasos de la revolución por los derechos civiles, el movimiento feminista de las décadas de los años setenta y ochenta cambió el panorama nacional. Las activistas feministas que hicieron posibles estos cambios se preocuparon por el bienestar de todas las mujeres. Nosotras entendíamos que la solidaridad política entre mujeres expresada en la sororidad va más allá del reconocimiento positivo de las experiencias de las mujeres e incluso de la afinidad por los sufrimientos comunes. La sororidad feminista está enraizada en el compromiso compartido de luchar contra la injusticia patriarcal, sin importar la forma

que tome esa injusticia. La solidaridad política entre mujeres siempre socava el sexismo y prepara el escenario para la destrucción del patriarcado. De manera significativa, la sororidad nunca habría sido posible a través de las fronteras de raza y clase si las mujeres individualmente no hubieran estado dispuestas a desprenderse de su poder para dominar y explotar a grupos subordinados de mujeres. Si las mujeres utilizan su poder de clase o de raza para dominar a otras mujeres, es imposible alcanzar plenamente esta sororidad.

En la década de los años ochenta, a medida que más mujeres empezaron a reivindicar el feminismo de forma oportunista, sin experimentar la toma de conciencia feminista que les habría permitido despojarse de su sexismo, el supuesto patriarcal de que los poderosos deben subordinar a los débiles rigió sus relaciones con otras mujeres. Cuando las mujeres, en particular las mujeres blancas privilegiadas antes privadas de sus derechos, empezaron a adquirir poder de clase sin despojarse de su sexismo interiorizado, se intensificaron las divisiones entre las mujeres. Cuando las mujeres de color criticaron el racismo en la sociedad en su conjunto y llamaron la atención sobre las maneras en que el racismo da forma y conforma a la teoría y a la práctica feminista, muchas mujeres blancas simplemente le dieron la espalda a la visión de sororidad, cerrando sus mentes y corazones. Lo mismo sucedió cuando se abordó la cuestión del clasismo entre las mujeres.

Recuerdo cuando mujeres feministas, en su mayoría mujeres blancas con privilegios de clase, debatían sobre si contratar o no ayuda doméstica, tratando de no participar en la subordinación y la deshumanización de las mujeres menos privilegiadas. Algunas de estas mujeres lograron crear uniones positivas entre ellas y las mujeres que contrataban de modo que hubo un avance mutuo en un contexto más amplio de desigualdad. En vez de abandonar la visión de la sororidad porque no podían alcanzar un estado utópico, crearon una verdadera sororidad, una que tenía en cuenta las necesidades de todas las personas implicadas. Este fue el duro trabajo de la solidaridad feminista entre mujeres. Tristemente, a medida que el oportunismo

dentro del feminismo se intensificó, y los logros del feminismo se volvieron lugares comunes, y por lo tanto se dieron por sentados, muchas mujeres no quisieron trabajar duro para crear y sostener esta solidaridad.

Un número importante de mujeres simplemente abandonó la noción de sororidad. Algunas que alguna vez habían criticado y retado al patriarcado se volvieron a poner del lado de los hombres sexistas. Otras mujeres radicales que se sintieron traicionadas por la feroz competencia negativa entre mujeres a menudo simplemente se retiraron. En este punto, el movimiento feminista, que estaba dirigido a transformar positivamente la vida de todas las mujeres, se estratificó de forma más visible. La sororidad, que había sido el grito de batalla del movimiento, parecía que había dejado de importar a muchas mujeres. La solidaridad política entre mujeres, que fue la fuerza que trajo cambios positivos, ha sido y es hoy en día socavada y amenazada sistemáticamente. Como consecuencia, tenemos tanta necesidad de un compromiso renovado con la solidaridad política entre mujeres como cuando se inició el movimiento feminista contemporáneo.

En ese momento, teníamos una visión de la sororidad sin un entendimiento concreto del trabajo real que tendríamos que llevar a cabo para hacer de la solidaridad política una realidad. A través de la experiencia y el trabajo duro y, sí, aprendiendo de nuestros errores y fracasos, contamos ahora con un cuerpo de teoría y de práctica compartida que puede enseñar a las nuevas personas que se acerquen a la política feminista lo que puede y debe hacerse para crear, sostener y proteger nuestra solidaridad. Dado que muchas mujeres jóvenes saben poco sobre el feminismo y muchas asumen de forma equivocada que el sexismo ya no es un problema, la educación feminista para la conciencia crítica debe ser constante. Las pensadoras feministas de más edad no pueden asumir que las jóvenes adquirirán conocimientos sobre feminismo cuando se vayan haciendo adultas; necesitan orientación. En general las mujeres de nuestra sociedad han olvidado el valor y el poder de la sororidad. Un movimiento feminista

renovado debe levantar la voz otra vez para proclamar de nuevo que «la sororidad es poderosa».

Los grupos radicales de mujeres mantenemos nuestro compromiso con la construcción de la sororidad, con hacer de la solidaridad política entre mujeres una realidad en marcha. Nosotras seguimos trabajando para unirnos a través de la raza y la clase. Seguimos aplicando el pensamiento y las prácticas antisexistas que afirman que las mujeres pueden lograr la autorrealización y el éxito sin establecer relaciones de dominio las unas sobre las otras. Y tenemos la buena suerte de saber, y recordar todos los días de nuestras vidas, que la sororidad en la práctica es posible, que la sororidad sigue siendo poderosa.

4. Educación feminista para una conciencia crítica

Antes de los estudios de la mujer, antes de la literatura feminista, algunas mujeres aprendían sobre feminismo en grupos. Ellas fueron las primeras en comenzar a crear una teoría feminista que incluía tanto un análisis del sexismo como estrategias para cuestionar el patriarcado, así como nuevos modelos de interacción social. Todo lo que hacemos en la vida tiene una base teórica. Si exploramos de manera consciente las razones que hay detrás de una perspectiva particular o para llevar a cabo una determinada acción, también encontraremos un sistema subyacente que conforma los pensamientos y las prácticas. En sus inicios, la meta fundamental de la teoría feminista era explicar a mujeres y hombres cómo funciona el pensamiento sexista y cómo podríamos cuestionarlo y cambiarlo.

En esa época, la mayoría de nosotras habíamos sido socializadas por nuestros padres, y madres y por la sociedad para aceptar el pensamiento sexista. No nos habíamos tomado el tiempo necesario para descifrar las raíces de nuestras percepciones. El pensamiento feminista y la teoría feminista nos instaron a hacerlo. La primera teoría feminista se difundió a través del boca a boca o de boletines y folletos de poco coste. Las editoriales de mujeres que se estaban desarrollando (donde las mujeres escribían, publicaban y controlaban la producción a todos los niveles, incluyendo la comercialización) se convirtieron

en el medio para la difusión del pensamiento feminista. Mi primer libro, *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism*, escrito en los años setenta y publicado en 1981, fue editado por un pequeño colectivo socialista, South End Press, en el que al menos la mitad de sus miembros eran mujeres feministas y la totalidad eran antisexistas.

Producir un cuerpo de literatura feminista junto con la exigencia de recuperar la historia de las mujeres fue una de las intervenciones más poderosas y exitosas del feminismo contemporáneo. Históricamente, en todos los ámbitos de la literatura y el conocimiento académico, los trabajos de las mujeres habían recibido poca o ninguna atención como consecuencia de la discriminación de género. Fue increíble cuando el movimiento feminista reveló los sesgos en los currículos y muchos de los trabajos olvidados e ignorados fueron redescubiertos. La creación de los programas de estudios de la mujer en facultades y universidades proporcionó la legitimación institucional para investigar los trabajos realizados por mujeres. Siguiendo los pasos de los estudios negros, los estudios de la mujer se convirtieron en un espacio donde se podía aprender sobre género, sobre mujeres, desde una perspectiva libre de sesgos.

Al contrario de los estereotipos populares, entre el profesorado de las clases de estudios de la mujer no menospreciábamos ni menospreciamos los trabajos realizados por hombres. Simplemente intervenimos sobre el pensamiento sexista demostrando que la producción de las mujeres es a menudo tan buena, tan interesante, si no más, que la producida por los hombres. La llamada alta literatura escrita por los hombres se critica únicamente para demostrar los sesgos presentes en la evaluación del valor estético. Nunca he asistido a un curso de estudios de la mujer —ni sé de ninguno— en el que se consideraran poco importantes o irrelevantes los trabajos desarrollados por hombres. Las críticas feministas a los cánones del conocimiento o a las obras literarias realizadas exclusivamente por hombres revelan los sesgos basados en el género. Pero lo que es más importante, destapar estos elementos era fundamental para permitir la recuperación de la producción de las mujeres y la producción

contemporánea de nuevos trabajos hechos por mujeres y sobre las mujeres.

El movimiento feminista cobró impulso cuando encontró su propia manera de entrar en la academia. En las aulas de todo el país las mentes jóvenes podían aprender sobre el pensamiento feminista, leer la teoría y usarla en sus investigaciones académicas. Cuando era estudiante de postgrado y me estaba preparando para escribir la tesis, el pensamiento feminista me permitió optar a escribir sobre una escritora negra que en ese momento no era muy conocida: Toni Morrison. Antes del movimiento feminista había muy poco trabajo académico serio sobre las obras de escritoras negras. Cuando Alice Walker adquirió fama participó en la recuperación del trabajo de la escritora Zora Neale Hurston, quien, poco después, llegó a ser la escritora negra más reverenciada dentro de la literatura estadounidense. El movimiento feminista generó una revolución cuando exigió que se respetara el trabajo académico de las mujeres, que se reconociera ese trabajo pasado y presente, y que se acabara con los sesgos de género en los currículos y en la pedagogía.

La institucionalización de los estudios de la mujer ayudó a hacer correr la voz sobre el feminismo. Ofreció un lugar legítimo para formarse, generando un grupo constante de mentes abiertas. El alumnado que acudía a las clases de estudios de la mujer estaba allí para aprender; querían saber más sobre el pensamiento feminista. Y en esas clases fue donde muchas de nosotras despertamos políticamente. Yo había llegado al pensamiento feminista al enfrentarme a la dominación masculina de nuestro hogar patriarcal. Pero simplemente el hecho de ser víctima de un sistema explotador u opresivo, e incluso ejercer resistencia, no significa que entendamos por qué está arraigado o cómo cambiarlo. Yo ya tenía prácticas feministas mucho antes de entrar en la universidad, pero fue en las aulas de estudios feministas donde aprendí el pensamiento y la teoría feminista, donde recibí el estímulo para pensar críticamente y para escribir sobre la experiencia femenina negra.

Durante los años setenta la producción de pensamiento y teoría feminista era un trabajo colaborativo en el que las mujeres estábamos constantemente debatiendo sobre ideas, probando y reformando nuestros paradigmas. De hecho, cuando las mujeres negras y otras mujeres de color plantearon la cuestión de los sesgos raciales como un factor que moldeaba el pensamiento feminista, hubo una resistencia inicial a la noción de que buena parte de lo que las mujeres de clases privilegiadas identificaban como verdadero en la experiencia de las mujeres podía estar equivocado; con el paso del tiempo, sin embargo, la teoría feminista fue cambiando. Aunque muchas pensadoras blancas eran capaces de reconocer sus sesgos sin hacer el trabajo de repensarse, fue un giro importante. A finales de los años ochenta, la mayoría de la literatura feminista reflejaba cierta sensibilidad sobre las diferencias raciales y de clase. Las académicas que estaban verdaderamente comprometidas con el movimiento y la solidaridad feministas estaban deseosas de producir una teoría que respondiera a las realidades de la mayoría de las mujeres.

La legitimidad académica era crucial para el avance del pensamiento feminista pero al mismo tiempo creó nuevas dificultades. De repente se prestaba menos atención al pensamiento feminista surgido directamente de la teoría y de la práctica que a teorías metalingüísticas, que creaban una jerga excluyente y estaban escritas exclusivamente para un público académico. Era como si se hubiera juntado un conjunto importante de pensadoras feministas para formar un grupo elitista y escribir teoría que solo pudieran entender las personas «iniciadas».

Las mujeres y los hombres fuera del mundo académico ya no se consideraban un público importante. El pensamiento y la teoría feministas ya no estaban ligados al movimiento feminista. La política académica y el arribismo ensombrecieron la política feminista. La teoría feminista comenzó a quedar relegada a un gueto académico con poca conexión con el mundo exterior. El trabajo producido en la academia a menudo era y es visionario, pero estas reflexiones rara vez llegan a la mayoría de la gente. Como consecuencia, esta academización del pensamiento

feminista debilita al movimiento feminista a través de la despolitización. Al estar desradicalizado, se convierte en una disciplina académica como las demás, con la única diferencia del enfoque en el género.

La literatura que ayuda a informar a la población, la que ayuda a los individuos a entender el pensamiento y la política feminista, tiene que estar escrita en distintos estilos y formatos. Necesitamos obras dirigidas en especial a la cultura juvenil; nadie en ámbitos académicos produce este tipo de trabajo. Sin abandonar los programas de los estudios de la mujer —que ya de por sí están en riesgo en las facultades y las universidades debido a que el sector conservador intenta deshacer los cambios generados por las luchas por la justicia de género—, necesitamos estudios feministas comunitarios. Imagínate un movimiento feminista de masas en el que la gente vaya puerta por puerta repartiendo textos, tomándose tiempo (al igual que los grupos religiosos) para explicar a la gente de qué trata el feminismo.

Cuando el movimiento feminista contemporáneo estaba en su punto álgido, se criticaron los sesgos sexistas de los libros infantiles. Se escribieron libros «para niñas y niños libres». Cuando dejamos de vigilar críticamente, el sexismo comenzó a reaparecer. La literatura infantil es uno de los terrenos cruciales para la educación feminista con conciencia crítica, precisamente porque es cuando las creencias y las identidades aún se están formando. Y a menudo el pensamiento tradicional sobre el género continúa siendo la norma en los patios escolares. Las activistas feministas deben seguir incidiendo en la educación pública infantil para crear un currículo sin sesgos.

El movimiento feminista del futuro tiene que pensar en la educación feminista como algo significativo en la vida de todo el mundo. A pesar de los avances económicos de algunas mujeres feministas, que han llegado a ser ricas o han aceptado contribuciones de varones pudientes y que son nuestras aliadas en la lucha, no hemos creado ninguna escuela que se fundamente en los principios feministas para niñas y niños, para mujeres y hombres. Al no haber logrado crear un movimiento educativo de

masas para enseñar a todo el mundo sobre feminismo, permitimos que los medios de comunicación de masas patriarcales sigan siendo el principal lugar en el que la gente aprende acerca del feminismo, y la mayor parte de lo que se aprende en ellos es negativo. Que la enseñanza del pensamiento y la teoría feminista llegue a todo el mundo requiere que vayamos más allá del mundo académico e incluso de la palabra escrita. Muchas personas carecen de las capacidades para leer la mayor parte de los libros feministas. Los audiolibros, las canciones, la radio y la televisión son todos ellos medios para compartir el conocimiento feminista; y por supuesto necesitamos un canal de televisión feminista, que no es lo mismo que un canal para mujeres. Reunir fondos para crearlo nos ayudaría a difundir el pensamiento feminista a nivel global. Si no podemos contar con un canal propio, hagamos programas en uno que ya exista. La revista *Ms*., después de años de ser propiedad de varones, no todos antisexistas, es ahora propiedad de mujeres, todas ellas profundamente comprometidas con los principios feministas. Este es un paso en la dirección adecuada.

Si no trabajamos para crear un movimiento de masas que ofrezca una educación feminista a todo el mundo, mujeres y hombres, la información negativa producida en la mayoría de los principales medios de comunicación de masas seguirá desvirtuando la teoría y la práctica feminista. Es imposible que la ciudadanía de este país llegue a conocer las contribuciones positivas que ha generado el movimiento feminista en todas nuestras vidas si no destacamos estos logros. La cultura dominante a menudo se apropia de las contribuciones feministas al bienestar de nuestras comunidades y nuestra sociedad y después proyecta representaciones negativas del feminismo. La mayoría de la gente no entiende las innumerables maneras en las que el feminismo ha cambiado todas nuestras vidas de forma positiva. Compartir el pensamiento y la práctica feminista sostiene al movimiento feminista. Los saberes feministas son para todo el mundo.

5. Nuestros cuerpos, nosotras.
Derechos reproductivos

Los asuntos planteados como más relevantes por el movimiento feminista contemporáneo fueron aquellos vinculados directamente a las experiencias de las mujeres blancas con estudios superiores (y, en su mayoría, materialmente privilegiadas). Dado que el feminismo seguía la estela de los derechos civiles y la liberación sexual, en ese momento parecía adecuado dar protagonismo a los temas relacionados con el cuerpo de las mujeres. Al contrario de la imagen que los medios de comunicación de masas presentaban al mundo —primero un movimiento feminista que quemaba sujetadores en los concursos de Miss América y después mujeres que querían abortar—, uno de los primeros asuntos que sirvieron de catalizador para la formación del movimiento fue la sexualidad entendida como el derecho de las mujeres a elegir cuándo y con quién ser sexualmente activas. La explotación sexual de los cuerpos de las mujeres ya era un tema tratado de forma recurrente en los movimientos radicales de lucha por la justicia social, fueran de corte socialista, de defensa de los derechos civiles, etc.

En pleno apogeo de la llamada revolución sexual, el amor libre (que normalmente significaba mantener todas las relaciones sexuales que una quisiera con quien quisiera) hizo que las mujeres tuvieran que enfrentarse cara a cara con el problema de los embarazos no deseados.

Antes de lograr cualquier equidad de género relacionada con el amor libre, las mujeres necesitaban acceder a métodos anticonceptivos seguros y eficaces, así como al aborto. Las mujeres blancas con privilegios de clase tenían acceso a ambas cuestiones, pero la mayoría de las mujeres no. En muchas ocasiones, las mujeres con privilegios de clase se sentían demasiado avergonzadas de sus embarazos no deseados como para hacer uso de su acceso directo a la asistencia médica. Las mujeres de finales de los años sesenta y principios de los setenta que clamaban por el aborto entendían que la tragedia de los abortos ilegales y la desgracia de los matrimonios forzados eran una consecuencia de los embarazos no deseados. Muchas de nosotras somos hijas no esperadas de mujeres creativas y con talento cuyas vidas cambiaron por embarazos no planeados y no deseados. Habíamos sido testigos de su amargura, de su rabia y su decepción ante el destino que se les impuso y teníamos claro que no existiría una auténtica liberación sexual para mujeres y hombres si no teníamos métodos anticonceptivos mejores y más seguros, si no teníamos derecho a un aborto legal y seguro.

Con la perspectiva del tiempo resulta evidente que, al destacar el aborto por encima del conjunto de derechos reproductivos, se reflejaba el sesgo de clase de las mujeres que estaban al frente del movimiento. El aborto afectaba y afecta a todas las mujeres, pero existen otros asuntos relacionados con la reproducción que también son de vital importancia, que merecieron atención y que podrían haber servido para movilizar a la gente corriente, desde la educación sexual básica, los cuidados prenatales o la asistencia sanitaria preventiva —que habrían ayudado a las mujeres a entender cómo funcionan sus cuerpos— hasta la esterilización forzada, las cesáreas o histerectomías innecesarias y las complicaciones médicas que estas provocan. Las mujeres blancas con privilegios de clase se identificaron de manera más íntima con el sufrimiento de los embarazos no deseados y por ello destacaron el aborto de entre todos estos aspectos. Ellas no eran en absoluto el único grupo con necesidad de acceder al aborto legal y seguro; de hecho, tenían más posibilidades de acceder al aborto que las mujeres pobres de clase trabajadora, como

ya hemos indicado. En aquella época, las mujeres pobres, incluidas las mujeres negras, solían verse abocadas a abortos ilegales. El derecho al aborto no era un asunto exclusivo de las mujeres blancas, pero para muchas estadounidenses no se trataba de la única preocupación ni tampoco del tema más importante relacionado con la reproducción.

Aunque no fuesen completamente seguras, el desarrollo de píldoras anticonceptivas eficaces —creadas por hombres científicos en su mayoría no antisexistas— sin duda allanó el camino para la liberación sexual de las mujeres más que el derecho al aborto. Las mujeres como yo, que despedíamos la adolescencia en la época en la que se pudo acceder abiertamente a la píldora por primera vez, nos libramos del miedo y de la vergüenza de los embarazos no deseados. Muchas mujeres liberales y con un control de la natalidad responsable como yo estábamos a favor del derecho a decidir, aunque no nos posicionábamos necesariamente como proabortistas al no haber tenido que enfrentarnos personalmente a este asunto. Nunca tuve un embarazo no deseado en pleno apogeo de la liberación sexual, pero muchas compañeras creían que el aborto era una opción mejor que el uso consciente y preciso de las píldoras anticonceptivas. De hecho, lo utilizaron a menudo como forma de control de la natalidad. El uso de la píldora anticonceptiva suponía que las mujeres afrontasen de manera directa su elección de ser sexualmente activas. Los hombres solían considerar que las mujeres más concienciadas con el control de natalidad estaban más liberadas sexualmente. Para algunas era más fácil dejar que sucediera lo que tuviera que suceder y luego resolver el «problema» con un aborto. Ahora sabemos que tanto los abortos repetidos como el uso prolongado de la píldora anticonceptiva con altos niveles de estrógenos no están exentos de riesgos; sin embargo, las mujeres de entonces estaban dispuestas a asumir esos riesgos para lograr la liberación sexual, para tener el derecho a decidir.

El problema del aborto llamó la atención de los medios de comunicación de masas porque cuestionaba el pensamiento fundamentalista del cristianismo; se oponía a la

idea de que el sentido de la vida de la mujer era procrear y centró la atención de todo el país en el cuerpo de las mujeres como ningún otro asunto. Cuestionaba directamente a la Iglesia. La mayoría del resto de temas relacionados con la reproducción que las pensadoras feministas abordaron posteriormente fueron ignorados por los medios de comunicación; los problemas a largo plazo de las cesáreas e histerectomías no eran temas suculentos para la prensa. Además, apuntaban con el dedo al sistema médico patriarcal capitalista dominado por hombres, que controlan los cuerpos de las mujeres y hacen con ellos lo que se les antoja. Centrar la mirada en las injusticias de género presentes en estos asuntos habría sido demasiado radical para unos medios de comunicación que a día de hoy siguen siendo muy conservadores y, en su mayoría, antifeministas.

Ninguna activista feminista de finales de los años sesenta y principios de los setenta se imaginaba que tendríamos que librar una batalla por los derechos reproductivos en los noventa. Después de que la revolución cultural del movimiento feminista lograse que se aceptasen los anticonceptivos y que fuese posible el derecho al aborto legal y seguro, las mujeres asumieron que esos derechos no volverían a cuestionarse. Sin embargo, a la desaparición de un movimiento político feminista radical, organizado y de masas, se sumó el contraataque antifeminista de un frente político de derechas que, basándose en las interpretaciones fundamentalistas de la religión, volvió a poner el aborto en la agenda política. El derecho de las mujeres a decidir ha quedado en entredicho.

Por desgracia, la plataforma antiabortista se ha ensañado con los abortos subvencionados, asequibles o gratuitos llegado el caso. Como consecuencia, las mujeres de todas las razas con privilegios de clase siguen teniendo acceso al aborto seguro y mantienen su derecho a decidir, mientras que las mujeres desfavorecidas sufren por no tener esa posibilidad. Las mujeres pobres y de clase trabajadora pierden el acceso al aborto cuando el gobierno no financia la salud sexual y los derechos reproductivos. Las mujeres con privilegios de clase no sienten ninguna

amenaza cuando el acceso al aborto es posible a cambio de grandes sumas de dinero porque sigue estando a su alcance, pero la mayoría de las mujeres no tienen acceso a ese poder de clase. Más mujeres que nunca se encuentran ahora en situaciones de pobreza e indigencia. Sin el derecho al aborto seguro, asequible y gratuito, ellas pierden el control sobre sus cuerpos. Si volvemos a un mundo en el que el aborto solo es accesible para aquellas mujeres que tienen dinero, nos arriesgamos a que las políticas vuelvan a apuntar hacia la ilegalización del aborto. Ya está sucediendo en muchos estados conservadores. Las mujeres de todas las clases deben seguir luchando por el aborto legal, seguro y asequible.

El derecho de las mujeres a decidir si quieren abortar o no es solo un aspecto de la libertad reproductiva. En función de la edad y las circunstancias vitales de la mujer, variará la importancia de cada uno de los derechos reproductivos. Una mujer sexualmente activa de veinte o treinta y tantos años que considere que las píldoras anticonceptivas no son seguras puede verse algún día con un embarazo no deseado. El derecho a un aborto legal, seguro y asequible puede ser la cuestión reproductiva fundamental para ella pero, cuando entre en la menopausia y los médicos le insten a practicarse una histerectomía, este se convertirá en el derecho reproductivo más importante.

Queremos reavivar las llamas del movimiento feminista de masas y los derechos reproductivos deben permanecer en el centro de nuestras agendas. Si las mujeres no tenemos derecho a decidir sobre nuestros cuerpos, nos arriesgamos a ceder derechos en el resto de ámbitos de nuestras vidas. En el movimiento feminista renovado, los derechos reproductivos, en todos sus aspectos, tendrán prioridad sobre cualquier otro tema; la lucha por un aborto seguro, legal y asequible seguirá estando en el centro de las reivindicaciones pero no será lo único. Si se ofrece a todas las mujeres una educación sexual, una asistencia sanitaria preventiva y un acceso a los anticonceptivos, se producirán menos embarazos no deseados y, en consecuencia, se reducirá el número de abortos.

Si damos pasos atrás en materia de aborto seguro, legal y asequible, las mujeres perderemos en todos los ámbitos reproductivos. El movimiento contrario a la libre elección es fundamentalmente antifeminista. Llegado el caso, las mujeres pueden decidir no abortar, pero el compromiso con las políticas feministas exije que sean proelección, que apoyen el derecho de las mujeres que necesiten abortar a decidir si lo hacen o no. Las jóvenes que siempre han tenido acceso a métodos anticonceptivos eficaces no han llegado a conocer la tragedia de los abortos ilegales y no han vivido de primera mano la impotencia y la vulnerabilidad que se genera cuando las mujeres no tienen derechos reproductivos.

Es necesario que exista un continuo debate en torno a la gran variedad de asuntos que se incluyen bajo el paraguas de los derechos reproductivos para que las mujeres de todas las edades y los hombres aliados en la lucha entiendan por qué estos derechos son importantes. Este conocimiento es la base para mantener nuestro compromiso y que los derechos reproductivos sigan siendo una realidad para todas las mujeres. El feminismo debe centrar la atención en los derechos reproductivos para proteger y mantener nuestra libertad.

6. Belleza por dentro y por fuera

Cuestionar el pensamiento sexista sobre el cuerpo de las mujeres fue una de las intervenciones más poderosas realizadas por el movimiento feminista contemporáneo. Antes de la liberación femenina, todas las mujeres, jóvenes y mayores, éramos socializadas en la idea sexista de que nuestro valor recae exclusivamente en la apariencia y en si somos o no percibidas como guapas, especialmente por los hombres. Entendiendo que las mujeres nunca podríamos liberarnos si no desarrollábamos amor propio y autoestima, las pensadoras feministas fueron directamente al corazón del asunto examinando críticamente cómo nos sentimos y pensamos sobre nuestros cuerpos y ofreciendo estrategias constructivas para cambiarlo. Al mirar atrás después de años de sentirme cómoda decidiendo si usar o no sostén, recuerdo lo trascendental que fue esta decisión hace treinta años. Las acciones de liberación de ropa dañina, incómoda y restrictiva —sostenes, fajas, corsés, ligueros, etc.— reivindicaban de forma radical y ritualizada la salud y el esplendor de los cuerpos de las mujeres. Las que hoy en día nunca han conocido estas restricciones solo pueden confiar en nosotras cuando decimos que esta reivindicación fue trascendental.

En un nivel más profundo, este ritual permitió que las mujeres usáramos ropa cómoda en todas las facetas de nuestras vidas. Simplemente poder usar pantalones

para ir a trabajar fue increíble para muchas mujeres cuyos empleos requerían que estuvieran constantemente inclinándose y agachándose. Para las que nunca habían estado cómodas con vestidos y faldas, todos estos cambios fueron emocionantes. Hoy pueden parecer trivialidades para las que han podido elegir libremente qué quieren ponerse desde la niñez. Muchas mujeres adultas que abrazaron el feminismo dejaron de usar zapatos de tacón, incómodos y paralizantes. Estos cambios llevaron a la industria de calzado a diseñar zapatos bajos para las mujeres. Al dejar de vernos forzadas por la tradición sexista a usar maquillaje, las mujeres nos miramos en el espejo y aprendimos a enfrentarnos a nosotras mismas tal y como somos.

La ropa y la revolución creada por las intervenciones feministas permitieron afirmar en las mujeres la idea de que nuestra carne merece amor y admiración en su estado natural; no se necesitaba añadir nada a menos que una mujer eligiera mayores adornos. Inicialmente, los inversores capitalistas de la industria de la moda y la cosmética temieron que el feminismo acabara con sus negocios. Pusieron dinero en campañas mediáticas que trivializaban la liberación de las mujeres, con imágenes que sugerían que las feministas eran gordas, hipermasculinas y simplemente viejas y feas. En realidad, las mujeres involucradas en el movimiento feminista eran de todo tipo de formas y tamaños. Éramos absolutamente diversas. Y qué emocionante era ser libres para apreciar nuestras diferencias sin juicios ni competencia.

Hubo un periodo en los primeros días del feminismo en que muchas activistas renunciaron a todo interés por la moda y la apariencia. A menudo criticaban duramente a cualquier mujer que mostrara interés por la frivolidad de un atuendo femenino o del maquillaje. La mayoría de nosotras estábamos emocionadas por tener opciones y, dada la elección, por lo general optábamos por la comodidad y la practicidad. Nunca ha sido un asunto sencillo para las mujeres conjugar el gusto por la belleza y el estilo con la comodidad y la practicidad. Las mujeres tuvieron que exigir que la industria de la moda (totalmente dominada por hombres en aquellos días) creara diversos estilos

de ropa. Las revistas cambiaron (las activistas feministas exigieron más mujeres escritoras y artículos sobre temas serios). Por primera vez en la historia de nuestro país, las mujeres fuimos conscientes de la fuerza de nuestros dólares para el consumo y usamos ese poder para crear cambios positivos.

Desafiar a la industria de la moda, definida por el sexismo, permitió que las mujeres por primera vez en nuestras vidas examináramos los aspectos patológicos de la obsesión por la apariencia que pone en riesgo nuestra vida. Se trajeron a primer plano la alimentación y la inanición compulsivas. Aunque daban lugar a distintas «apariencias», estas adicciones que ponían en riesgo la vida tenían la misma raíz. El movimiento feminista obligó al sector médico sexista a prestar atención a estas cuestiones. Inicialmente, este sector ignoró las críticas feministas, pero cuando las feministas empezaron a crear centros de salud, espacios centrados en las mujeres y en el cuidado de la salud, la industria médica se dio cuenta de que, al igual que en la moda, muchas mujeres gastarían su dinero en esos servicios de salud que proveían más facilidades y mayor cuidado y respeto por el cuerpo de las mujeres. Todos los cambios positivos en las actitudes del sector médico frente al cuerpo de las mujeres han sido el resultado directo de la lucha feminista. En lo que se refiere a la cuestión de los cuidados médicos, de tomar nuestros cuerpos en serio, las mujeres continúan cuestionando y enfrentándose a la industria médica. Este es uno de los pocos espacios en los que la lucha feminista consigue el apoyo de miles de mujeres, estén o no comprometidas con la política feminista. Vemos el poder colectivo de las mujeres cuando se trata de asuntos ginecológicos, de las formas de cáncer (especialmente el cáncer de mama) que amenazan más a las mujeres que a los hombres y, más recientemente, de las enfermedades cardíacas.

La lucha feminista para acabar con los trastornos de la alimentación es una batalla que sigue vigente porque nunca se ha llegado a eliminar del todo la obsesión de nuestro país de juzgar a las mujeres de todas las edades por nuestro aspecto; estos juicios continúan aferrados

a nuestro imaginario cultural. A principios de los años ochenta, muchas mujeres se alejaron del feminismo. Aunque todas se beneficiaron de los logros de las intervenciones feministas, cada vez más mujeres adoptaron de nuevo nociones sexistas de belleza. Algunas mujeres que tenían veintitantos años cuando empezó el movimiento feminista contemporáneo estaban llegando a los cuarenta y cincuenta y tantos. A pesar de que los cambios feministas en la manera en que vemos el cuerpo de las mujeres han hecho del envejecimiento una experiencia más positiva para ellas, enfrentarse a la realidad de envejecer en una sociedad patriarcal, particularmente ante la realidad de no poder tener hijos biológicos, llevó a muchas mujeres a adoptar otra vez nociones sexistas de la belleza femenina.

Hoy más que nunca antes en la historia de nuestro país, un gran número de mujeres heterosexuales mayores de cuarenta están solteras. Al competir por la atención de los hombres con mujeres más jóvenes (muchas de las cuales no son ni serán nunca feministas), tienden a emular las representaciones sexistas de la belleza de las mujeres. Desde luego, a la industria de la moda y la cosmética del patriarcado capitalista supremacista blanco le interesaba devolver el *glamour* a las nociones de belleza definidas por el sexismo. Los medios de comunicación de masas han seguido el ejemplo. En las películas, la televisión y la publicidad, las imágenes de mujeres extremadamente delgadas como palillos y teñidas de rubio, con aspecto de que matarían por una buena comida, se han vuelto la norma. Las imágenes sexistas de la belleza de las mujeres han vuelto con ganas de venganza, abundan y amenazan con deshacer gran parte de los avances realizados gracias a las intervenciones feministas.

Lamentablemente, a pesar de que las mujeres son más conscientes que nunca de lo extendidos que están los trastornos de la alimentación, que llegan a poner en riesgo la vida, un gran grupo de mujeres, desde las más jóvenes hasta las de edad más avanzada, siguen matándose de hambre para estar delgadas. La anorexia se ha convertido en un tema común, que aparece en libros, películas, etc., pero no hay advertencias que funcionen y hagan que las

mujeres dejen de creer que su importancia, belleza y valor intrínseco viene determinado por si están o no delgadas. Las revistas de moda de hoy en día pueden incluir un artículo sobre los peligros de la anorexia, mientras bombardean a su público con imágenes de cuerpos jóvenes demacrados que representan la cima de la belleza y lo atractivo. El mensaje confuso es más dañino para aquellas que no conocen las políticas feministas. Sin embargo, existen intervenciones feministas recientes dirigidas a renovar nuestros esfuerzos para afirmar la belleza natural de los cuerpos de las mujeres.

Con frecuencia, las niñas hoy en día se odian a sí mismas tanto, en lo que se refiere a su cuerpo, como lo hacían sus predecesoras prefeministas. Aunque el movimiento feminista produjo muchos tipos de revistas promujeres, no apareció ninguna con orientación feminista sobre moda que ofreciera visiones alternativas de belleza. Criticar las imágenes sexistas sin ofrecer alternativas es una intervención incompleta. La crítica de por sí no conduce al cambio. En efecto, gran parte de la crítica feminista a la belleza solamente ha dejado a las mujeres confundidas sobre qué es una opción saludable. Como mujer de mediana edad que está ganando más peso que nunca, quiero perder kilos sin generar cierto autodesprecio sexista de mi cuerpo al hacerlo. Hoy en día, en el mundo de la moda, especialmente del lado del consumidor, donde la norma es la ropa que parece que se ha diseñado exclusivamente para cuerpos de adolescentes flacas como palillos, todas las mujeres, independientemente de su edad, son socializadas, ya sea consciente o inconscientemente, para sentir ansiedad por sus cuerpos, para ver su carne como un problema. Si bien tenemos la suerte de que algunas tiendas vendan ropa bonita para mujeres de todas las formas y tamaños, muchas veces esta ropa es mucho más cara que la destinada al público general. Las revistas de moda de hoy en día se parecen cada vez más a las revistas del pasado y sus autores son cada vez más hombres. Rara vez incluyen artículos con perspectiva feminista o contenido feminista y la moda representada tiende a reflejar un gusto sexista.

Estos cambios no se han reconocido públicamente porque muchas de las mujeres feministas que han llegado a la madurez ejercen su libertad de elegir y buscar modelos saludables alternativos de belleza. Sin embargo, si abandonamos la lucha por eliminar las nociones de belleza definidas por el sexismo, nos arriesgamos a socavar las intervenciones feministas que nos permitieron aceptar y amar a nuestros cuerpos y a nosotras mismas. Aunque todas las mujeres son más conscientes de las trampas y peligros de adoptar las nociones sexistas de belleza de las mujeres, no estamos haciendo lo suficiente para eliminar esos peligros, para crear alternativas.

Las chicas jóvenes y adolescentes no llegarán a saber que las pensadoras feministas también reconocen el valor de la belleza y del estilo si seguimos permitiendo que los gustos patriarcales copen la industria en todos los niveles. El rígido rechazo feminista del gusto de las mujeres por el cuidado estético ha socavado las políticas feministas. Aunque esta percepción es la menos común, a menudo los medios de comunicación de masas la presentan como la forma en que piensan las feministas. Hasta que las feministas no vuelvan a la industria de la belleza y de la moda, y creen una revolución vigente y sostenida, no seremos libres. No sabremos cómo amar nuestros cuerpos como parte de nosotras mismas.

7. Lucha de clases feminista

En el movimiento feminista, las mujeres empezaron a hablar de la problemática de la diferencia de clase y la forma en que divide a las mujeres mucho antes que de la diferencia de raza. En los círculos mayoritariamente blancos del recién formado movimiento de liberación de las mujeres, la división más evidente entre mujeres era la de clase. Las blancas de clase trabajadora reconocieron enseguida la jerarquía de clases dentro del movimiento. El conflicto surgió entre la visión reformista de la liberación de las mujeres, que exigía igualdad de derechos dentro de la estructura de clases existente, y los modelos más radicales o revolucionarios que impulsaban cambios fundamentales en la estructura existente para que los modelos de reciprocidad e igualdad remplazaran a los viejos paradigmas. Sin embargo, conforme avanzaba el movimiento feminista y los grupos privilegiados de mujeres blancas con educación superior empezaron a tener el mismo acceso al poder de clase que los hombres blancos, la lucha de clases feminista dejó de ser considerada importante.

Desde los inicios del movimiento, las mujeres de clases privilegiadas consiguieron que sus inquietudes fueran «las» cuestiones en las que había que centrarse, en parte porque eran el grupo de mujeres que recibía más atención pública, el que atraía a los medios de comunicación de masas. Las cuestiones más relevantes para las mujeres

trabajadoras y para las mujeres de los sectores populares jamás fueron resaltadas por los medios de comunicación convencionales. Betty Friedan en *The Feminist Mystique* identificó que «el problema sin nombre» era la falta de satisfacción que sentían las mujeres por estar encerradas y subordinadas en sus hogares como amas de casa. Aunque esta cuestión se presentaba como una crisis de las mujeres, en realidad solo lo era para un pequeño grupo de mujeres blancas con educación superior. Mientras ellas se quejaban de los peligros de estar encerradas en el hogar, la mayoría de las mujeres ya formaban parte de la mano de obra del país. Muchas de estas mujeres, que en el ámbito laboral trabajaban largas jornadas por salarios escasos además de tener que hacer todo el trabajo doméstico en sus hogares, habrían visto el derecho a quedarse en casa como una «libertad».

No era la discriminación de género ni la opresión del sexismo lo que hacía que las mujeres privilegiadas de todas las razas no trabajaran fuera del hogar, sino el hecho de que los trabajos disponibles para ellas eran puestos no especializados con salarios bajos, los mismos que para todas las mujeres trabajadoras. Grupos de élite de mujeres con educación superior se quedaban en casa en vez de realizar el tipo de trabajo que desempeñaban muchas mujeres de clase media-baja y de clase trabajadora. Ocasionalmente, algunas de ellas desafiaban las normas y trabajaban fuera del hogar realizando tareas muy por debajo de su nivel de educación y se enfrentaban con la resistencia de sus esposos y su familia. Esta resistencia es lo que convirtió la cuestión del trabajo fuera del hogar en una cuestión de discriminación de género; y así la oposición al patriarcado y la lucha por la igualdad de derechos con los hombres de su misma clase constituyeron la base política que eligió el feminismo por encima de la lucha de clases.

Desde los inicios, las mujeres blancas reformistas con privilegios de clase fueron conscientes de que querían el poder y la libertad que disfrutaban los hombres de su clase. Su resistencia a la dominación masculina patriarcal en el hogar les permitió conectarse y unirse más allá de las clases con mujeres que estaban hartas de la dominación

masculina. Pero solo las mujeres privilegiadas podían llegar a pensar que trabajar fuera del hogar les proporcionaría ingresos bastantes como para ser autosuficientes económicamente. Las de clase trabajadora ya sabían que los salarios que ellas recibían jamás podrían liberarlas.

Los esfuerzos reformistas desde los grupos de mujeres privilegiadas para cambiar el entorno laboral, aumentar la remuneración de las mujeres y reducir la discriminación de género y el acoso en el trabajo tuvieron un impacto positivo en la vida de todas las mujeres. Estos logros son importantes, pero el hecho de que las privilegiadas ganaran poder de clase mientras gran parte de las mujeres siguen sin recibir el mismo salario que los hombres es una prueba de que los intereses de clase desbancaron a los esfuerzos feministas por lograr la igualdad salarial.

Las pensadoras feministas lesbianas fueron de las primeras activistas que alzaron la voz sobre la problemática de la clase dentro del movimiento feminista al expresar sus planteamientos con un leguaje accesible. Formaban un grupo de mujeres para las que depender del sustento económico de sus esposos no era una opción. Muchas veces eran mucho más conscientes que sus compañeras heterosexuales de las dificultades a las que se enfrentan todas las mujeres en el entorno laboral. A principios de los años setenta, en antologías como *Class and Feminism*, editada por Charlotte Bunch y Nancy Myron, se publicaron el trabajo de mujeres de diversas clases que estaban abordando esta cuestión en círculos feministas. Todos los ensayos enfatizaban que la clase no solo era una cuestión de dinero. En «The Last Straw», Rita Mae Brown (que no era famosa en ese momento) expresó con claridad:

> La clase es mucho más que la relación con los medios de producción como la definió Marx. La clase incluye tu comportamiento, tus supuestos básicos, cómo te han enseñado a comportarte, las expectativas que tienes, tanto personales como sobre otras personas, tu concepto del futuro, cómo entiendes y resuelves los problemas o cómo piensas, sientes o actúas.

Estas activistas que formaron parte de grupos feministas compuestos por mujeres de distintas clases fueron las primeras en identificar que la idea de una sororidad política entre mujeres unidas para luchar contra el patriarcado no sería posible hasta que no se abordara la cuestión de la clase.

Incluir la cuestión de la clase en las agendas feministas abrió un espacio para que las interseccionalidades de clase y raza salieran a la luz. En nuestra sociedad, dentro del sistema social institucionalizado de clase, sexo y raza, las mujeres negras estaban claramente en la parte más baja de la escala económica. Al principio, las blancas de clase trabajadora con educación superior tenían más visibilidad que las negras de cualquier clase en el movimiento feminista. Eran una minoría dentro del movimiento, pero de ellas era la voz de la experiencia. Conocían mejor que sus compañeras de clase privilegiada de cualquier raza el precio de resistirse a la dominación de género, clase y raza. Sabían lo que era luchar por cambiar la situación económica propia. Con frecuencia había conflictos entre ellas y las compañeras de clase privilegiada sobre el comportamiento adecuado y sobre las cuestiones que se presentarían como las preocupaciones feministas fundamentales. Dentro del movimiento feminista, algunas mujeres de clase privilegiada que nunca antes habían estado involucradas en luchas de liberación de izquierdas tuvieron que aprender a enfrentarse a la lucha de clases y a los desafíos planteados por mujeres menos privilegiadas, así como desarrollar en el proceso la capacidad de ser asertivas y de afrontar los conflictos de distintas formas. A pesar de los debates constructivos, muchas mujeres blancas privilegiadas siguieron actuando como si el feminismo les perteneciera y ellas tuvieran que encabezarlo.

El patriarcado convencional recalcaba la idea de que las preocupaciones de las mujeres de clase privilegiada eran las únicas que merecían atención. La reforma feminista pretendía conseguir la igualdad social para las mujeres dentro la estructura existente. Las mujeres privilegiadas querían la igualdad con los hombres de su clase, a pesar del sexismo prevalente en su clase; no deseaban correr la suerte de los hombres de clase trabajadora. Las

fuerzas patriarcales capitalistas supremacistas blancas temían que se redujera el poder de la raza blanca si las personas no blancas llegaban a tener el mismo acceso al poder económico y a privilegios. Apoyar lo que se convirtió en un feminismo reformista blanco permitió al patriarcado supremacista blanco aumentar su poder y al mismo tiempo socavar la política radical del feminismo.

Las pensadoras feministas revolucionarias fueron las únicas que expresaron su indignación por la cooptación del movimiento feminista. Nuestra crítica e indignación captaron la atención de la prensa alternativa. En su colección de ensayos, *The Coming of Black Genocide*, la activista blanca radical Mary Barfoot manifestó con valentía:

> Algunas mujeres blancas, dolidas y enfadadas, creían que el movimiento de las mujeres de los años setenta significaba sororidad y se sienten traicionadas por aquellas que escalaron posiciones, por las que regresaron al patriarcado. El movimiento de las mujeres nunca abandonó del todo a papá-patriarcado. No hubo guerra; y no hubo liberación. Conseguimos una parte de los beneficios del genocidio y nos encanta. Somos hermanas del patriarcado y verdaderas seguidoras de la opresión nacional y de clase. El patriarcado en su forma más avanzada es el euroimperialismo a escala global. Si queremos lo que tienen nuestros hermanos patriarcales, al final estamos apoyando ese mismo sistema del que lo obtuvieron todo.

De hecho, muchas mujeres feministas consideraban y consideran más fácil liberarse del pensamiento supremacista blanco que de su elitismo de clase.

Conforme algunas mujeres privilegiadas fueron teniendo más acceso al poder económico junto a los hombres de su misma clase, los debates feministas sobre la clase dejaron de ser habituales. En su lugar, se animaba a todas las mujeres a ver como una señal positiva para todas las mujeres las ganancias económicas de las mujeres pudientes. En realidad, esas ganancias poco cambiaban la suerte de las mujeres pobres y de clase trabajadora. Y como los hombres privilegiados no asumieron por igual su parte como

cuidadores en el ámbito doméstico, la libertad de las mujeres de clase privilegiada de todas las razas ha requerido la subordinación de mujeres pobres y de clase trabajadora. En la década de los años noventa, el precio de la «liberación de las mujeres» fue la complicidad con la estructura social existente. Al final del día, el poder de las clases demostró ser mayor que el del feminismo y esta complicidad ayudó a desestabilizar al movimiento feminista.

Cuando algunas mujeres adquirieron más poder y un estatus de clase más alto sin comportarse de forma distinta a los hombres, la política feminista sufrió un duro golpe. Muchas mujeres se sintieron traicionadas. Las mujeres de clase media y media-baja que de repente se vieron obligadas por el *ethos* del feminismo a ingresar en mercado laboral no se sintieron liberadas: comprobaron que trabajar fuera del hogar no quería decir que el trabajo doméstico sería compartido con los hombres por igual. El divorcio no contencioso demostró ser económicamente más beneficioso para los hombres que para las mujeres. Como muchas mujeres negras y de color vieron que las mujeres blancas de clases privilegiadas se habían beneficiado económicamente más que otros grupos de los logros de las feministas reformistas, por añadir el género a la discriminación positiva de raza, se reafirmaron sus miedos a que el feminismo en realidad apuntara a incrementar el poder de la raza blanca. La traición más profunda ha sido la ausencia de una lucha feminista masiva frente el ataque del gobierno a las madres solteras y frente al desmantelamiento del sistema de bienestar social. Las mujeres privilegiadas, muchas de las cuales se autodenominan feministas, simplemente se han retirado de la lucha contra la «feminización de la pobreza».

Los medios de comunicación de masas tienden a destacar las voces del «feminismo del poder» mucho más que las de mujeres feministas concretas que han vivido procesos de movilidad social ascendente sin abandonar su solidaridad con los sectores que no tienen esos privilegios. Mantenerse leal a la política feminista significa que nuestras metas han sido y siguen siendo conseguir ser más autosuficientes económicamente y encontrar formas

de ayudar a otras mujeres en sus esfuerzos para mejorar su situación económica. Nuestras experiencias se oponen al supuesto de que las mujeres solo pueden conseguir ganancias económicas si actúan en complicidad con el patriarcado capitalista existente. En todo el país, las feministas en posiciones sociales altas que apoyan una visión revolucionaria de cambio social comparten recursos y usan su poder para impulsar reformas que mejoren la vida de las mujeres independientemente de su clase.

La única esperanza auténtica de liberación feminista reside en una visión de cambio social que cuestione el elitismo de clase. Las mujeres occidentales han ganado poder pero en el mundo ha aumentado en gran medida la desigualdad de género porque el patriarcado supremacista blanco global esclaviza o subordina a multitud de mujeres del Tercer Mundo. En nuestro país, una industria penitenciaria floreciente y un sistema de bienestar social vinculado al empleo, en combinación con una política migratoria conservadora, crean y toleran las condiciones de una esclavitud contratada. Aniquilar el sistema de bienestar social creará una nueva subclase de mujeres, niñas y niños de la que abusarán y a la que explotarán las estructuras existentes de dominación.

Si atendemos al aumento de la brecha entre ricos y pobres y a la continua feminización de la pobreza, podemos afirmar que necesitamos desesperadamente un movimiento feminista masivo radical, construido a partir de la fuerza del pasado, que incluya los avances positivos logrados por las reformas y cuestione las teorías feministas actuales equivocadas, a la vez que ofrece nuevas estrategias. Un movimiento visionario enraizaría su trabajo en las condiciones concretas de las mujeres pobres y de la clase trabajadora. Esto supone crear un movimiento que fomente la conciencia crítica, en el que mujeres feministas en posiciones altas, por ejemplo, creen viviendas asequibles para que las mujeres logren ser dueñas de su propio hogar. La creación de cooperativas de vivienda con principios feministas demostraría de qué forma la lucha feminista puede ser relevante para la vida de todas las mujeres.

Cuando las mujeres de clases altas utilizan de manera oportunista la plataforma feminista mientras ayudan a mantener el mismo sistema patriarcal que en última instancia las volverá a subordinar, debilitan las políticas feministas y no solo traicionan al feminismo sino también a sí mismas. Retomando el debate sobre la clase, las mujeres y los hombres feministas restaurarán en el futuro las condiciones necesarias para la solidaridad. Así, podremos alcanzar un mundo donde se compartan los recursos y abunden las oportunidades de crecimiento personal para todo el mundo independientemente de su clase.

8. Feminismo global

Quienes han luchado por la libertad de las mujeres en todo el mundo se han enfrentado al patriarcado y a la dominación masculina sin ayuda de nadie. Dado que los primeros pueblos del planeta Tierra no eran blancos, es improbable que las mujeres blancas fueran las primeras en rebelarse contra la dominación masculina. El pensamiento neocolonial es la base de muchas prácticas culturales dentro de la cultura occidental patriarcal capitalista supremacista blanca. Ese pensamiento siempre se centra en identificar quién ha conquistado un territorio, a quién le pertenece la propiedad y quién tiene derecho a gobernar. Las políticas feministas contemporáneas no surgieron como una respuesta radical al neocolonialismo.

Las mujeres blancas de clase privilegiada rápidamente se consideraron las «propietarias» del movimiento. De esta forma lograron posicionar como seguidoras a las mujeres blancas de clase trabajadora, a las mujeres blancas pobres y a todas las mujeres de color. No se valoró cuántas mujeres blancas de clase trabajadora y cuántas mujeres negras habían dirigido inicialmente el movimiento en direcciones radicales. Al final, las mujeres blancas con poder de clase se autoproclamaron las propietarias y líderes del movimiento y consideraron que el resto de las mujeres eran simples seguidoras. Las parasitarias relaciones de clase eclipsaron las cuestiones de raza, nación y género

en el neocolonialismo contemporáneo, y el feminismo no permaneció ajeno a esta dinámica.

Al principio, cuando las líderes feministas de Estados Unidos proclamaron la necesidad de igualdad de género en el país, no trataron de averiguar si ya había algún movimiento contestatario organizado por mujeres en el mundo. En su lugar, ellas se consideraban las liberadas y, por ende, las que estaban en posición de liberar a sus hermanas menos afortunadas, especialmente las mujeres del «Tercer Mundo». Este paternalismo neocolonial sirvió para mantener a las mujeres de color en la sombra y para que las mujeres blancas conservadoras y liberales aparecieran como las auténticas representantes del feminismo. Las mujeres blancas radicales tampoco suelen estar «representadas» y, si lo están de alguna manera, se las muestra como un elemento extraño, al margen. Así, no sorprende que el «feminismo del poder» de los años noventa muestre a las mujeres heterosexuales blancas de clase privilegiada como ejemplos del éxito feminista.

En realidad, su usurpación hegemónica de la retórica feminista sobre la igualdad ha ayudado a enmascarar su alianza con las clases dominantes dentro del patriarcado capitalista supremacista blanco. Las feministas radicales quedaron consternadas al ver a tantas mujeres (de todas las razas) apropiarse de la jerga feminista mientras mantenían su compromiso con el imperialismo occidental y con el capitalismo transnacional. Las feministas de Estados Unidos tenían razón en llamar la atención sobre la necesidad de igualdad para todas las mujeres del mundo, el problema estaba en las fantasías imperialistas que proyectaban las feministas de las clases dominantes sobre el resto. La principal de estas fantasías afirma que las mujeres de Estados Unidos tienen más derechos que cualquier otro grupo de mujeres del mundo. Son «libres» si así lo desean y por tanto tienen derecho a liderar el movimiento feminista y a dictar la agenda al resto de mujeres, en particular a las de países del Tercer Mundo. Este pensamiento es un simple reflejo del sexismo y del racismo imperialista de los grupos dominantes de hombres occidentales.

La mayoría de las mujeres de Estados Unidos ni siquiera conocen ni utilizan los términos colonialismo o neocolonialismo. La mayoría, en particular las mujeres blancas, no han descolonizado su pensamiento en relación con el racismo, el sexismo y el elitismo de clase que sostienen con respecto a grupos menos poderosos de mujeres, en Estados Unidos y en el mundo. Cuando pensadoras feministas poco sensibilizadas abordaban cuestiones globales de explotación y opresión de género, lo hacían y lo siguen haciendo desde una perspectiva neocolonialista. De forma significativa, las mujeres blancas radicales que escribieron *Night-Vision: Illuminating War and Class on the Neo-Colonial Terrain* destacaron que: «No entender el neocolonialismo es no vivir totalmente en el presente». Las feministas blancas poco sensibilizadas no estaban dispuestas a reconocer las distintas dimensiones de la vida de Estados Unidos en las que actuaban y actúan en complicidad con el patriarcado capitalista supremacista blanco imperialista. Por ello, la resistencia y las protestas sostenidas de las mujeres negras y de color, junto con nuestras hermanas blancas radicales, fueron necesarias para derribar el muro de la negación.

Sin embargo, aun cuando muchas activistas feministas adoptaron una perspectiva que incorpora la intersección entre raza, género, clase y nacionalidad, las «feministas del poder» siguieron y siguen proyectando una imagen del feminismo que liga la igualdad de las mujeres con el imperialismo. Cuestiones que afectan a las mujeres a nivel global como la ablación forzada del clítoris, los clubes sexuales en Tailandia, el velo impuesto a mujeres en África, la India, Oriente Medio y Europa o el asesinato de niñas en China son preocupaciones importantes. Las feministas occidentales siguen luchando por descolonizar su pensamiento y sus prácticas para que estas cuestiones se puedan abordar de una forma que no reinscriba el imperialismo occidental. Si examinamos la manera en la que las mujeres occidentales, blancas o negras, abordan la práctica de la ablación en África y Oriente Medio, veremos que generalmente se representa a estos países como «no civilizados y salvajes» y el sexismo allí presente se entiende como más brutal y peligroso para las mujeres que el sexismo aquí en Estados Unidos.

Lo primero y más importante que haría una perspectiva feminista descolonizada sería investigar la relación entre las prácticas sexistas y los cuerpos de las mujeres a nivel global. Por ejemplo, estudiar un posible paralelismo entre la ablación y los trastornos de la alimentación que ponen en riesgo la vida (y que además son una consecuencia directa de una cultura que impone la delgadez como ideal de belleza) o la ablación y las operaciones de cirugía estética también peligrosas, destacaría que el sexismo y la misoginia que hay detrás de estas prácticas globales tienen su correlato en el sexismo que también existe en este país. Cuando se analizan estas cuestiones de esta manera, evitamos que se restituya el imperialismo occidental y que el capitalismo transnacional se apropie del feminismo como otro producto de lujo de Occidente por cuyo consumo las mujeres de otras culturas deben pelearse.

Hasta que las mujeres radicales de Estados Unidos no se enfrenten a las que actúan como si fueran feministas por un interés oportunista de clase, el tono del feminismo global en Occidente lo seguirán marcando aquellas con mayor poder de clase, y se mantendrán por lo tanto este tipo de sesgos. El trabajo de las feministas radicales a nivel mundial fortalece diariamente la solidaridad política entre mujeres más allá de los límites de raza o etnia y nacionalidad. Los medios de comunicación de masas rara vez publican las intervenciones positivas de esta índole. Zillah Eisenstein compartió el siguiente análisis en *Hatreds: Racialized and Sexualized Conflicts in the 21st Century*:

> El feminismo, o los feminismos, como movimiento transnacional —entendido como rechazo de las falsas fronteras de género o raza y las falsas construcciones del «otro»— es un importante desafío al nacionalismo masculinista, a las distorsiones del comunismo de Estado y a la globalización de «libre» mercado. Es un feminismo que reconoce la diversidad, la libertad y la igualdad, que se define a través y más allá del diálogo entre el Norte/Occidente y el Sur/Oriente.

Si se analiza el crecimiento del feminismo global, no se puede negar el importante trabajo que están haciendo las mujeres para garantizar nuestra libertad. Nadie pone en duda que las occidentales, en particular las mujeres de Estados Unidos, han hecho una gran contribución a esta lucha y que esta debe continuar. La meta del feminismo global es tender puentes y unir las luchas globales para acabar con el sexismo, la explotación sexista y la opresión.

9. Mujer y empleo

Más de la mitad de las mujeres de Estados Unidos pertenecen a la población activa. Cuando el movimiento feminista contemporáneo echó a andar, más de un tercio de la población activa estaba formado por mujeres. La mayor parte de las mujeres que conocía en mi entorno afroamericano y de clase trabajadora pertenecían a la población activa, así que fui una de las voces más críticas contra la idea sostenida por las pensadoras feministas reformistas de que el trabajo liberaría a las mujeres de la dominación masculina. Hace más de diez años escribí lo siguiente en *Feminist Theory: From Margin to Center:* «El énfasis en que el empleo es la clave para la liberación de la mujer hizo que muchas activistas feministas blancas insinuaran que las mujeres que trabajaban "ya estaban liberadas". A todos los efectos, estaban diciendo a la mayoría de las mujeres trabajadoras que el movimiento feminista no era para ellas». Pero, sobre todo, yo sabía de primera mano que el empleo con salarios bajos no liberaba de la dominación masculina a las mujeres pobres y de clase trabajadora.

El objetivo de las pensadoras feministas reformistas de clase privilegiada era conseguir la igualdad social con los hombres de su clase y por ello igualaban empleo con liberación, pero solo hablaban de las profesiones bien remuneradas. Su visión del trabajo era irrelevante para la mayoría de las mujeres. Cabe destacar que el feminismo

hizo hincapié en un aspecto que sí afectaba a todas las mujeres: la reclamación del mismo salario por el mismo trabajo. Las mujeres ganaron más derechos respecto a sueldos y puestos gracias a las protestas feministas, pero no se logró acabar por completo con la discriminación de género. En la actualidad, en muchas aulas universitarias el alumnado dirá que el movimiento feminista ya no es importante dado que las mujeres ya disfrutan de igualdad. Lo que no saben es que la mayoría de mujeres siguen sin recibir el mismo salario por el mismo trabajo y que, de hecho, reciben de media setenta y tres céntimos por cada dólar que reciben sus compañeros.

Ahora sabemos que un empleo no libera a las mujeres de la dominación masculina. De hecho, hay muchas profesionales con sueldos elevados, muchas mujeres pudientes, que establecen relaciones con hombres en las que la dominación masculina es la norma. Sabemos que, si una mujer tiene acceso a la independencia económica y apuesta por la libertad, es más probable que abandone una relación en la que la dominación masculina es la norma. La abandona porque tiene esa posibilidad. Muchas mujeres se comprometen con el pensamiento feminista, eligen la liberación, pero están atadas económicamente a hombres patriarcales y eso hace difícil —por no decir imposible— salir de esas relaciones. La mayoría de las mujeres saben lo que ya sabíamos algunas cuando comenzó el movimiento: el empleo no nos liberará necesariamente, pero es un hecho que la independencia económica es necesaria para que las mujeres se liberen. Cuando hablamos de independencia económica como un agente más liberador que el empleo, debemos dar un paso más y hablar de qué tipo de empleo nos libera: evidentemente, los empleos mejor pagados con horarios cómodos suelen ofrecer una libertad mayor a la trabajadora.

Muchas mujeres se enfadaron porque esa idea feminista les hizo creer que encontrarían la liberación entrando en la población activa, pero la mayoría terminaron trabajando muchas horas en casa además de en sus puestos de trabajo. Incluso antes de que el movimiento feminista animara a las mujeres a trabajar fuera de casa,

las necesidades de una economía deprimida ya dieron su beneplácito para este cambio. Aunque el movimiento feminista contemporáneo no hubiera existido, miles de mujeres habrían entrado igualmente en la población activa, pero es poco probable que disfrutásemos de los mismos derechos si las feministas no hubieran cuestionado la discriminación de género. Las mujeres se equivocan al «culpar» a las feministas por hacerlas trabajar —que es una idea muy extendida—. La realidad es que el capitalismo consumista fue el factor que introdujo a más mujeres en la población activa. Debido a la crisis económica, las familias blancas de clase media no habrían podido mantener su estatus de clase ni su estilo de vida si las mujeres, que en su momento habían soñado con trabajar únicamente en sus hogares, no hubieran elegido trabajar fuera de ellos.

Los estudios feministas documentan que los beneficios positivos que consiguieron miles de mujeres gracias a su entrada en la población activa están más bien relacionados con el aumento de su autoestima y su participación activa en su entorno. Independientemente de su clase, la mujer que se quedaba trabajando en el hogar, al estar aislada, solía sentirse sola y deprimirse. Aunque la mayoría de trabajadores sienten que su puesto de trabajo no es estable, ya sean hombres o mujeres, sí les proporciona la sensación de formar parte de una estructura mayor. Mientras los problemas del hogar generan altos niveles de estrés y son difíciles de resolver, las dificultades en el lugar de trabajo se comparten con el resto y la búsqueda de soluciones no es tanto una tarea individual o aislada. Cuando los hombres eran la mayoría de los que salían a trabajar en un empleo, las mujeres trabajaban para que los hogares fueran un lugar cómodo donde ellos pudieran relajarse. El hogar solo resultaba relajante para las mujeres cuando no estaban cerca ni sus maridos ni sus hijos e hijas. Cuando las mujeres que trabajan en casa pasan la mayor parte del tiempo atendiendo las necesidades de otras personas, los hogares se convierten en un lugar de trabajo para ellas, no en un lugar para relajarse, sentirse cómodas y disfrutar. El trabajo fuera del hogar ha sido siempre más liberador para las mujeres solteras (muchas de las cuales viven solas y pueden ser o no heterosexuales). La mayoría

de las mujeres no puede siquiera encontrar un trabajo satisfactorio y su participación en la población activa está reduciendo su calidad de vida en el hogar.

Ciertos grupos de mujeres privilegiadas con educación superior anteriormente desempleadas o con empleos precarios consiguieron, gracias a los cambios que el feminismo logró en materia de discriminación laboral, un mayor acceso a empleos que satisfacen y sirven de base para la independencia económica. Sin embargo, su éxito no cambia el destino de miles de mujeres. Hace años, comentaba lo siguiente en *Feminist Theory: From Margin to Center*:

> Si mejorar las condiciones de las mujeres en el lugar de trabajo fuese el objetivo central del movimiento feminista, junto con conseguir empleos para todas las desempleadas y mejorar el salario de todos ellos, entonces el feminismo se podría considerar un movimiento que afronta las preocupaciones de todas las mujeres. El feminismo se ha centrado en realidad en conseguir que las mujeres tengan trabajo en profesiones muy bien pagadas más que en todas las mujeres alienadas del movimiento feminista. Las activistas feministas se equivocaron al considerar que el aumento de mujeres burguesas en la población activa podía ser una señal de que las mujeres en su conjunto estaban ganando poder económico. De haberse fijado en la situación económica de las mujeres pobres y de clase trabajadora, el feminismo habría visto el problema creciente del desempleo y el actual proceso de feminización de la pobreza.

La pobreza se ha convertido en un problema central para las mujeres. Los intentos del patriarcado capitalista supremacista blanco por desmantelar el sistema de bienestar de nuestra sociedad privarán a las mujeres pobres e indigentes del acceso a las necesidades más básicas para la vida: techo y comida. El regreso a los hogares patriarcales es la solución que ofrecen a las mujeres los políticos conservadores que ignoran la realidad del desempleo masivo de hombres y mujeres, así como el hecho de que ya no existen empleos capaces de sostener por sí solos una familia y de que muchos hombres no quieren sostener económicamente a mujeres, niños y niñas, a pesar de tener un sueldo.

Actualmente no existe ningún plan feminista que ofrezca una salida a las mujeres ni una manera de repensar el empleo. Como el coste de la vida en nuestra sociedad es elevado, el empleo no supone independencia económica para la mayoría de los trabajadores, tampoco para las mujeres. Sin embargo, la independencia económica es necesaria para que todas las mujeres puedan elegir liberarse de la dominación masculina y autorrealizarse completamente.

El camino hacia una mayor independencia económica debe incluir formas de vida alternativas a la imagen de buena vida que nos presentan los medios de comunicación patriarcales, blancos, supremacistas y capitalistas. Para vivir bien y con plenitud, para tener un empleo que mejore la autoestima y el respeto por una misma con un sueldo digno, necesitamos medidas para el reparto de tareas. El profesorado y el personal de servicios deben cobrar más. Los hombres y las mujeres que deseen quedarse en el hogar para criar a sus hijos e hijas deben contar con subsidios del Estado, así como con programas de educación en casa, para que puedan terminar la educación secundaria o realizar estudios universitarios; gracias a la tecnología, podrían seguir cursos universitarios a través de vídeos, además de acudir a clases presenciales. Si nuestro gobierno apostara por el bienestar en vez de por el gasto militar y toda la ciudadanía tuviera acceso legal a una ayuda estatal durante un año o dos en caso de no poder encontrar un empleo, se acabaría con el estigma asociado a los programas de asistencia social. Si los hombres tuvieran un acceso igualitario a esta asistencia, también se acabaría con el estigma del género.

Cada vez es mayor la brecha que separa a las mujeres pobres de sus homólogas privilegiadas. De hecho, gran parte del poder de clase que poseen los grupos de mujeres de élite, sobre todo las ricas, se ha conseguido a expensas de la libertad de otras mujeres. Ya existen pequeños grupos de mujeres de la clase dominante que están tendiendo puentes a través de programas económicos que apoyan y ayudan a mujeres menos privilegiadas. Las mujeres pudientes que siguen comprometidas con la liberación feminista —sobre todo aquellas que han heredado su

riqueza— están desarrollando estrategias de economía participativa que recogen su preocupación y solidaridad con las mujeres pobres y de clase trabajadora. En la actualidad, estas mujeres son una pequeña minoría, pero su incidencia crecerá a medida que su trabajo sea más conocido.

Hace treinta años, las feministas no pudieron anticipar los cambios que tendrían lugar en nuestra sociedad en términos laborales. No se dieron cuenta de que el alto nivel de desempleo se convertiría en la norma, que las mujeres se podrían preparar para empleos que, sencillamente, no existirían. No previeron el asalto conservador y en ocasiones liberal al Estado del bienestar, no sospecharon que las mujeres solteras sin recursos serían demonizadas y culpadas por su precariedad económica. Todas estas realidades inesperadas hacen que necesitemos pensadoras feministas que reflexionen de nuevo sobre la relación entre liberación y empleo.

Contamos con mucha literatura feminista que aborda el papel de la mujer en la población activa actual y cómo ha cambiado su propia percepción y su papel en el hogar, pero no con estudios que confirmen si el crecimiento del empleo de las mujeres ha cambiado de manera efectiva la dominación masculina. Muchos hombres culpan a las mujeres del desempleo, ante el miedo de perder esa identidad estable que les otorga ser proveedores patriarcales, a pesar de que se trate tan solo de un mito. Uno de los objetivos futuros más importantes para el feminismo debe ser informar a los hombres de forma realista sobre la relación de las mujeres con el empleo para que puedan entender que las mujeres trabajadoras no son sus enemigas.

Las mujeres pertenecen a la población activa desde hace mucho tiempo. Tanto si los salarios son dignos como si son bajos, muchas mujeres no perciben que su empleo sea tan significativo como preveían las feministas utópicas. Cuando las mujeres trabajamos para ganar más dinero y consumir más en vez de para mejorar la calidad de nuestras vidas a todos los niveles, el empleo no nos conduce a la independencia económica. Tener más dinero no significa tener más libertad si no invertimos en bienestar. Es importante que el futuro movimiento feminista repiense el significado del

empleo. Para su éxito, es vital tanto buscar vías para que las mujeres salgan de la pobreza como pensar estrategias que las permitan disfrutar de una buena vida a pesar de la escasez sustancial de recursos.

En las etapas tempranas del movimiento feminista, no se estableció la independencia económica como objetivo principal, pero poner encima de la mesa las necesidades económicas de las mujeres puede ser un trampolín que provoque una respuesta colectiva. También puede ser un punto de encuentro para la organización colectiva, una cuestión en común que puede unir a todas las mujeres.

10. Raza y género

Nada cambió más el feminismo estadounidense que la exigencia de que las pensadoras feministas reconocieran la realidad de la raza y la existencia del racismo. Todas las mujeres blancas de este país saben que su estatus es muy distinto al de las mujeres negras y de color, y lo saben desde muy pequeñas porque tanto en la televisión como en las revistas solo ven imágenes como la suya. Saben que el único motivo por el que las personas de color están ausentes y son invisibles es porque no son blancas. Todas las mujeres blancas de este país saben que su raza es una categoría privilegiada y, por mucho que decidan reprimir o desmentir este hecho, no significa que lo desconozcan. Simplemente lo están negando.

Ningún grupo de mujeres blancas ha entendido mejor la diferencia de su estatus respecto de las mujeres negras que aquellas mujeres blancas con conciencia política que participaron activamente en la defensa de los derechos civiles. Así lo atestiguan sus diarios y memorias, escritas en este periodo de la historia estadounidense. Aunque muchas de ellas pasaron de defender los derechos civiles a defender la liberación de las mujeres, lideraron un movimiento feminista que suprimió y negó la diferencia que vieron y escucharon de primera mano durante la lucha por los derechos civiles. Su participación en el movimiento antirracista no hizo que se despojaran de la

supremacía blanca ni de la sensación de ser superiores a las mujeres negras: creían estar más informadas, tener mejor formación y ser más adecuadas para «liderar» cualquier movimiento.

En muchos sentidos, siguieron los pasos de sus predecesoras abolicionistas que reclamaron que todo el mundo (mujeres blancas y personas negras) tuviera derecho a voto pero que, al ver que los hombres negros podían conseguir este derecho mientras que ellas no por cuestiones de género, prefirieron aliarse con los hombres y unirse bajo la rúbrica de la supremacía blanca. Las mujeres blancas de esa época presenciaron la reclamación de más derechos para las personas negras y aprovecharon ese momento para exigir más derechos para ellas. Algunas de estas mujeres afirman que, gracias a la lucha por los derechos civiles, se hicieron conscientes del sexismo y de la opresión sexista. En este contexto, se podría pensar que su conciencia política recién descubierta se habría transmitido a su teorización del movimiento feminista contemporáneo.

Sin embargo, muchas entraron en el movimiento eliminando y negando la diferencia, sin tener en cuenta raza y género a la vez. Borraron la raza del mapa. Al poner el género en primer plano, las mujeres blancas podían ser el centro de atención y reclamar el movimiento como suyo a pesar de apelar a todas las mujeres para que se unieran. La visión utópica de sororidad propuesta por un movimiento feminista que en sus inicios no se tomó en serio la diferencia de razas o la lucha antirracista no logró llamar la atención de la mayoría de las mujeres negras y de color. Sin embargo, las mujeres negras activas en el movimiento desde sus inicios por lo general permanecieron vinculadas. Cuando el movimiento feminista comenzó a dar sus pasos, la integración racial era un fenómeno extraño; por primera vez en sus vidas, muchas mujeres negras empezaban a relacionarse con mujeres blancas como compañeras. No debemos sorprendernos de que las mujeres negras que eligieron el feminismo tuvieran dudas sobre introducir su conciencia de raza: debía de resultarles increíble que las mujeres blancas apelasen a la sororidad cuando su

experiencia había consistido básicamente en ser objeto de su explotación y opresión.

La generación más joven de mujeres negras y de color de finales de los años setenta y principios de los ochenta cuestionamos el racismo de las mujeres blancas. A diferencia de nuestras aliadas negras de más edad, nos habíamos formado principalmente en ambientes de población blanca y la mayoría jamás habíamos estado en una posición subordinada respecto de una mujer blanca. Casi ninguna habíamos formado parte de la población activa. Nunca habíamos estado en «nuestro lugar». Estábamos en mejores condiciones de criticar el racismo y la supremacía blanca dentro del movimiento de las mujeres. Sin embargo, las mujeres blancas que trataron de organizar el movimiento en torno a la idea de la opresión compartida y que proponían que las mujeres formábamos una clase o casta sexual fueron las más reacias a admitir las diferencias entre mujeres, unas diferencias que ensombrecían las experiencias comunes que compartíamos todas. Y la raza era la diferencia más evidente.

En los años setenta escribí el primer borrador de *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism*. Tenía diecinueve años, no conocía lo que era trabajar a jornada completa y venía de un pequeño pueblo segregado por raza al sur de la Universidad de Stanford. Crecí enfrentándome al pensamiento patriarcal, pero fue en la universidad donde tomé parte en el feminismo. Era la única mujer negra en las aulas feministas y, en esa toma de conciencia, di mis primeros pasos en la relación teórica entre raza y género, empecé a reclamar que se reconociera que el sesgo racista afectaba al pensamiento feminista y comencé a exigir un cambio. En otros lugares, otras mujeres negras y de color estaban haciendo la misma crítica.

En aquella época, las mujeres blancas que no estaban dispuestas a enfrentarse a la realidad del racismo y la diferencia racial nos acusaban de traidoras por introducir la cuestión racial. De una manera injusta, pensaban que estábamos desviando la atención del género. En realidad, lo que estábamos demandando era que se afrontase el estatus de las mujeres de una forma realista y que esa mirada

realista sirviera de base para crear una verdadera política feminista. Nuestra intención no era ensombrecer la sororidad, sino poner en marcha políticas concretas de solidaridad que hicieran posible una verdadera sororidad. Sabíamos que no podría haber una sororidad real entre mujeres blancas y de color si las blancas no eran capaces de despojarse de su supremacía de raza, si el movimiento feminista no era antirracista.

Las intervenciones críticas sobre la cuestión racial no destruyeron el movimiento de las mujeres, sino que lo fortalecieron. Al derrumbar la negación de la raza, las mujeres pudieron afrontar la realidad de las diferencias a todos los niveles; por fin estábamos creando un movimiento que no ponía los intereses de clase de las mujeres privilegiadas, especialmente las blancas, por encima de los del resto de mujeres. Estábamos apostando por una sororidad en la que se pudiera hablar de todas nuestras realidades. No existe ningún otro movimiento contemporáneo por la justicia social con semejante intercambio dialéctico entre sus participantes como el surgido en torno a la raza entre las pensadoras feministas. Este intercambio supuso además la reformulación de la teoría y la práctica feministas. Las participantes del movimiento feminista afrontaron la crítica y los desafíos sin perder su compromiso más sincero con la justicia o la liberación, y este hecho demuestra la fortaleza y el poder del movimiento. Esto nos muestra que, a pesar de haber estado profundamente equivocadas, en muchas feministas fue más fuerte la voluntad de cambiar, la voluntad de crear un espacio que hiciera posible la lucha y la liberación, que la necesidad de aferrarse a creencias y suposiciones erróneas.

Durante años, fui testigo de las reticencias de las pensadoras feministas blancas para reconocer la importancia de la raza; vi cómo se negaban a deshacerse de su supremacía blanca, cómo se negaban a reconocer que el movimiento feminista antirracista era la única base política que haría posible una verdadera sororidad. También fui testigo del cambio de conciencia que supuso para muchas otras librarse de la negación y del pensamiento de supremacía blanca. Estos cambios tan increíbles me hacen

recuperar la fe en el movimiento feminista y refuerzan la solidaridad que siento hacia todas las mujeres.

En términos generales, el pensamiento y la teoría feminista se han visto beneficiados por todas las intervenciones críticas en torno a la cuestión de la raza. El único ámbito problemático es trasladar la teoría a la práctica: si bien las mujeres blancas han incorporado el análisis de raza en gran parte de sus análisis feministas, lo cierto es que esta perspectiva no ha tenido un gran impacto en las relaciones cotidianas entre las mujeres blancas y las de color. Las interacciones antirracistas son difíciles en una sociedad que permanece segregada por cuestiones de raza. A pesar de la diversidad de los entornos laborales, la gran mayoría de las personas se siguen socializando únicamente con otras de su mismo grupo. La combinación de sexismo y racismo crea a su vez una serie de barreras muy dañinas entre las mujeres y las estrategias feministas para evitarlo no han sido muy útiles hasta la fecha.

Las mujeres blancas y las de color que superamos las dificultades y creamos espacios donde pudieran surgir vínculos de amor y solidaridad política debemos compartir los métodos y las estrategias que utilizamos con éxito. Prácticamente no se presta ninguna atención a la relación entre las jóvenes de distintas razas. Por su parte, la sesgada idea supuestamente feminista que dice que las chicas blancas son más vulnerables al condicionamiento sexista que las negras simplemente perpetúa la suposición supremacista blanca de que los males y las preocupaciones de las mujeres blancas necesitan y merecen más atención que los del resto. El comportamiento de las mujeres negras puede diferir de sus homólogas blancas, pero no solo están interiorizando el condicionamiento sexista, sino que tienen más probabilidades de ser víctimas del sexismo de formas irreparables.

El movimiento feminista, en especial el trabajo de las activistas visionarias negras, allanó el camino para reformular la raza y el racismo, y tuvo un impacto positivo en el conjunto de nuestra sociedad. Sin embargo, los análisis sociales más amplios no suelen tener en cuenta este hecho. Como teórica feminista escribí largo y tendido

sobre la cuestión de raza y racismo dentro del movimiento feminista, y sé que todavía hay mucho que cambiar y enfrentar, pero es igualmente importante alegrarnos de los grandes cambios que se han producido. La alegría de reconocer y compartir nuestros triunfos y nuestra capacidad de identificarlos como modelos a seguir pueden ser los cimientos para construir un movimiento feminista antirracista de base.

11. Acabar con la violencia

Sin duda una de las intervenciones más positivas del movimiento feminista contemporáneo ha sido y sigue siendo el esfuerzo por crear y mantener una mayor conciencia sobre la violencia doméstica, así como sobre los cambios que deben producirse en nuestro pensamiento y nuestra acción si queremos ver su fin. Hoy en día se habla del problema de la violencia doméstica en tantos círculos, desde los medios de comunicación de masas hasta la educación formal, que normalmente se olvida que fue el movimiento feminista contemporáneo la fuerza que destapó y expuso de manera radical la realidad vigente de este problema. Al principio el enfoque feminista sobre la violencia doméstica solo hablaba de la violencia de los hombres contra las mujeres, pero a medida que la discusión se fue ampliando, se vio que la violencia también estaba presente en las relaciones entre personas del mismo sexo (las mujeres en relaciones con otras mujeres pueden ser víctimas de abuso) y que las niñas y los niños eran también víctimas de la violencia patriarcal adulta.

La violencia patriarcal en el hogar se basa en la creencia de que es admisible que un individuo con más poder controle a los demás mediante distintas formas de fuerza coercitiva. Esta definición ampliada de violencia doméstica incluye la violencia de los hombres hacia las mujeres, la violencia entre personas del mismo sexo y la violencia

de las personas adultas contra niñas y niños. El término «violencia patriarcal» es útil porque, al contrario de la expresión más aceptada de «violencia doméstica», recuerda continuamente a quien la oye que la violencia en el hogar está ligada al sexismo y al pensamiento sexista, a la dominación masculina. Durante demasiado tiempo el término violencia doméstica ha sido utilizado como un término «suave» que sugiere que aparece en un contexto íntimo que es privado y, de alguna manera, menos peligroso, menos brutal, que la violencia que se produce fuera del hogar. Esto no es cierto, ya que hay más mujeres maltratadas y asesinadas dentro del hogar que fuera. La mayoría de la gente también tiende a ver la violencia doméstica entre adultos como algo distinto y separado de la violencia contra la infancia, cuando en realidad no lo es. A menudo, niños y niñas sufren abusos al tratar de proteger a su madre cuando está siendo atacada por su marido o pareja masculina, o sufren daños emocionales por presenciar violencia y abusos.

Del mismo modo que la mayoría de la ciudadanía de este país cree que se debería recibir el mismo salario por el mismo trabajo, la mayor parte de la gente cree que los hombres no deberían pegar a las mujeres ni a los niños y niñas. Sin embargo, cuando se les dice que la violencia doméstica es el resultado directo del sexismo y que no terminará hasta que el sexismo se extinga, son incapaces de hacer este salto lógico porque requiere enfrentar y modificar formas esenciales de pensar sobre el género. Cabe destacar que soy una de las pocas teóricas feministas que creen que es crucial para el movimiento feminista tener como objetivo primordial acabar con todas las formas de violencia. El enfoque feminista sobre la violencia patriarcal contra las mujeres debería seguir siendo la preocupación fundamental. No obstante, hacer hincapié en la violencia de los hombres contra las mujeres de tal forma que quedan minusvaloradas las demás formas de violencia patriarcal no es útil al movimiento feminista. Oculta la realidad de que buena parte de la violencia patriarcal se ejerce contra la infancia por parte de adultos sexistas.

En un necesario esfuerzo por llamar la atención sobre la violencia de los hombres contra las mujeres, las pensadoras feministas reformistas con frecuencia retratan a las mujeres única y exclusivamente como víctimas. El hecho de que también algunas mujeres ejerzan violencia sobre los niños y niñas no se resalta igual, ni se percibe como otra expresión de la violencia patriarcal. Ahora sabemos que la infancia sufre violencia no solo cuando son objeto directo de la violencia patriarcal, sino también cuando se ven forzados a ser testigos de actos violentos. Si las pensadoras feministas hubieran expresado su indignación ante la violencia patriarcal ejercida por mujeres y la hubiesen situado al mismo nivel que la violencia de los hombres contra las mujeres, habría sido y sería más difícil que la gente restara atención a la violencia patriarcal por percibirla como un asunto antihombres.

Si bien numerosas encuestas señalan que las mujeres están más predispuestas a usar la no violencia, existen testimonios de personas adultas víctimas de violencia patriarcal por parte de mujeres. Al no poseer la infancia una voz colectiva organizada, es difícil saber la frecuencia de estos casos; si no fuera por la atención médica que requieren los niños y niñas que han sufrido violencia ejercida por mujeres y hombres, puede que no hubiera pruebas que documentaran la violencia de las mujeres.

La primera vez que planteé estas preocupaciones fue en el capítulo «Feminist Movement to End Violence» [Un movimiento feminista para acabar con la violencia]» en *Feminist Theory: From Margin to Center:*

> La lucha feminista contra la violencia contra las mujeres es indispensable que se entienda como parte de un movimiento más amplio que busca acabar con la violencia. Hasta ahora el movimiento feminista se ha centrado principalmente en la violencia de los hombres y como consecuencia da credibilidad a los estereotipos sexistas que sugieren que los hombres son violentos y las mujeres no; que los hombres son los abusadores y las mujeres las víctimas. Este tipo de pensamiento nos permite ignorar hasta qué punto en esta sociedad las mujeres (junto con los

> hombres) aceptan y perpetúan la idea de que es admisible que un partido o un grupo dominante mantenga el poder sobre los sujetos dominados mediante el uso de la fuerza coercitiva. Nos permite pasar por alto o ignorar hasta qué punto las mujeres ejercen autoridad coercitiva sobre otras personas o actúan de manera violenta. El hecho de que las mujeres no cometan actos violentos con tanta frecuencia como los hombres no niega la realidad de la violencia de las mujeres. Si queremos eliminar la violencia, debemos ver tanto a los hombres como a las mujeres de esta sociedad como grupos que apoyan su uso.

Una madre que nunca ejerza violencia de forma directa pero que enseñe a sus hijas e hijos, especialmente a los varones, que la violencia es una forma aceptable de ejercer control social, sigue siendo cómplice de la violencia patriarcal. Su forma de pensar debe cambiar.

Está claro que la mayoría de las mujeres no usa la violencia para dominar a los hombres (aunque un número reducido de mujeres golpee a hombres a lo largo de su vida), pero muchas mujeres creen que una persona que tiene autoridad tiene derecho a usar la fuerza para mantenerla. Una inmensa mayoría de los padres y madres utilizan alguna forma de agresión física o verbal contra niños y niñas. Como las mujeres siguen siendo las principales cuidadoras de la infancia y en ese contexto nuestro sistema jerárquico y nuestra cultura de la dominación da poder a las mujeres (como en la relación maternofilial), estas usan con demasiada frecuencia la fuerza coercitiva para mantener el control. En una cultura de la dominación, todas las personas son socializadas para ver la violencia como un modo aceptable de control social. Los grupos dominantes mantienen el poder a través de la amenaza (se lleve o no a la práctica) de que se aplicará un castigo violento, físico o psicológico, cuando las estructuras jerárquicas establecidas se vean amenazadas, ya sea en las relaciones entre hombres y mujeres o en los vínculos materno o paternofiliales.

La violencia de los hombres contra las mujeres ha recibido mucha atención en los medios de comunicación

de masas (puesta de relieve por procesos judiciales reales como el juicio contra O. J. Simpson), pero su visibilización no ha llevado al público estadounidense a cuestionar las causas subyacentes de esta violencia, a enfrentar el patriarcado. El pensamiento sexista sigue respaldando la dominación masculina y una de sus consecuencias: la violencia. Como multitud de hombres desempleados y de la clase trabajadora no se sienten con poder en sus empleos dentro del patriarcado supremacista blanco, son alentados a sentir que el único lugar donde tendrán toda la autoridad y el respeto es el hogar. Los hombres son aculturados por otros hombres de las clases dominantes para aceptar una posición subordinada en el mundo público del trabajo y para creer que el mundo privado del hogar y de las relaciones íntimas les devolverá la sensación de poder que identifican con la masculinidad. A medida que más hombres han engrosado las listas del desempleo o reciben bajos salarios y más mujeres han entrado en el mundo laboral, algunos hombres sienten que el uso de la violencia es su única manera de establecer y mantener el poder y el dominio dentro de la jerarquía sexista de los roles de género. Hasta que no desaprendan el pensamiento sexista que les dice que tienen derecho a mandar sobre las mujeres por cualquier medio, la violencia de los hombres contra las mujeres continuará siendo la norma.

En las primeras etapas del pensamiento feminista, las activistas se equivocaron al no equiparar la violencia de los hombres contra las mujeres con el militarismo imperialista. No se solía hacer esta comparación porque, en muchos casos, quienes estaban en contra de la violencia de los hombres a menudo aceptaban e incluso apoyaban el militarismo. Mientras el pensamiento sexista siga socializando a los niños varones para ser «asesinos», ya sea en luchas imaginarias entre buenos y malos, ya sea como soldados del imperialismo para dominar al resto de naciones, continuará la violencia patriarcal contra las mujeres y la infancia. En los últimos años, jóvenes de distintas clases sociales han cometido horribles actos de violencia y, aunque han sido condenados de forma unánime, tampoco se ha intentado poner en relación esa violencia con el pensamiento sexista.

Concluí el capítulo sobre violencia del libro *Feminist Theory: From Margin to Center* haciendo hincapié en que los hombres no son las únicas personas que aceptan, consienten y perpetúan la violencia, que crean una cultura de violencia. Insté a las mujeres a asumir su responsabilidad por el papel que desempeñan en la justificación de la violencia:

> Al llamar la atención únicamente sobre la violencia de los hombres contra las mujeres o al convertir el militarismo en otra expresión de la violencia de los hombres, no conseguimos abordar correctamente el problema de la violencia y se hace difícil desarrollar estrategias y soluciones viables de resistencia. […] En ningún caso hay que minimizar la gravedad del problema de la violencia de los hombres contra las mujeres o de la violencia de los hombres contra las naciones o el planeta, pero también debemos reconocer que hombres y mujeres conjuntamente han hecho de Estados Unidos una cultura de la violencia y debemos trabajar codo con codo para transformar esa cultura. Mujeres y hombres deben oponerse al uso de la violencia como forma de control social en todas sus manifestaciones: la guerra, la violencia de los hombres contra las mujeres, la violencia de las personas adultas contra la infancia, la violencia adolescente, la violencia racial, etc. Los esfuerzos feministas para terminar con la violencia de los hombres contra las mujeres deben ampliarse a un movimiento que busque acabar con todas las formas de violencia.

Y es especialmente importante que las madres y los padres aprendan a criar de formas no violentas, porque nuestras niñas y nuestros niños no se alejarán de la violencia si es la única manera que conocen de gestionar situaciones difíciles.

En nuestro país miles de personas están preocupadas por la violencia pero rehusan relacionarla con el pensamiento patriarcal o la dominación masculina. El pensamiento feminista ofrece una solución y depende de nosotras ofrecer esa solución a todo el mundo.

12. Masculinidad feminista

Cuando el movimiento feminista contemporáneo empezó a andar, había una feroz facción antihombres. Muchas mujeres heterosexuales llegaron al movimiento desde relaciones en las que los hombres eran crueles, desagradables, violentos e infieles. Algunos de ellos eran pensadores radicales que participaban en movimientos por la justicia social y hablaban en nombre de los trabajadores y los pobres, o sobre justicia racial. Pero en lo que se refería a la cuestión del género eran tan sexistas como los conservadores. Algunas mujeres llegaron rabiosas por esas relaciones y utilizaron esa rabia como catalizador para la liberación de las mujeres. A medida que el movimiento fue avanzando y el pensamiento feminista fue evolucionando, algunas activistas feministas visionarias entendieron que los hombres no eran el problema, que el problema estaba en el patriarcado, el sexismo y la dominación masculina. Era difícil enfrentarse a la realidad de que el problema no radicaba solo en los hombres. Hacerlo requería una teorización más compleja; requería admitir el papel que desempeñan las mujeres en el mantenimiento y la perpetuación del sexismo. A medida que más mujeres se alejaban de relaciones destructivas con hombres era más fácil ver la imagen completa. Se hizo evidente que incluso si algunos hombres se desprendían de los privilegios del sistema patriarcal, el sexismo y la dominación masculina

permanecerían intactos y las mujeres seguirían estando explotadas u oprimidas.

Los medios de comunicación de masas conservadores representaban constantemente a las feministas como mujeres que odiaban a los hombres. Y cuando había una facción o sentimiento antihombres en el movimiento, lo resaltaban como una manera de desacreditar al feminismo. Como parte del retrato de las feministas como mujeres que odiaban a los hombres, también decían que todas las feministas eran lesbianas. Al apelar a la homofobia, los medios de comunicación intensificaron el sentimiento antifeminista entre los hombres. Antes de que el movimiento feminista contemporáneo cumpliera diez años, las pensadoras feministas empezaron a hablar de cómo perjudicaba a los hombres el patriarcado. Sin modificar nuestra encarnizada crítica a la dominación masculina, la política feminista se amplió para incluir el reconocimiento de que el patriarcado arrancaba ciertos derechos a los hombres al imponerles una identidad masculina sexista.

Los hombres antifeministas siempre han tenido una potente voz pública. Los hombres que temían y odiaban el pensamiento feminista y a las activistas feministas no tardaron en aunar su fuerza colectiva y atacar al movimiento. Pero desde los inicios del movimiento, también hubo un pequeño grupo de hombres que reconoció que el movimiento feminista era un movimiento por la justicia social tan válido como todos los demás movimientos radicales de la historia de nuestro país que habían apoyado los hombres. Estos hombres se convirtieron en camaradas de nuestra lucha y en nuestros aliados. Con frecuencia, algunas mujeres heterosexuales activas en el movimiento tenían relaciones íntimas con hombres que estaban luchando por asumir el feminismo; si estos hombres no afrontaban el reto de convertirse al pensamiento feminista, corrían el riesgo de que acabara su relación.

A las facciones antihombres dentro del movimiento feminista les molestaba la presencia de hombres antisexistas, porque contrarrestaba la idea de que todos los hombres son opresores o de que todos los hombres odian a las mujeres. Polarizar a hombres y mujeres y encasillarnos en

categorías claras de opresor/oprimida promovía los intereses de las mujeres feministas que buscaban una mayor movilidad de clase y acceso a formas de poder patriarcal. Retrataban a todos los hombres como el enemigo para representar a todas las mujeres como víctimas. Poner el foco en los hombres desviaba la atención sobre los privilegios de clase de algunas activistas feministas, así como de su deseo de aumentar su poder de clase. Estas activistas, que invitaban a todas las mujeres a rechazar a los hombres, se negaban a fijarse tanto en los vínculos afectivos que las mujeres compartían con los hombres como en los lazos económicos y emocionales (independientemente de que fueran positivos o negativos) que ataban a las mujeres a los hombres sexistas.

Las feministas que pedían que se reconociera a los hombres como camaradas en la lucha nunca recibían la atención de los medios de comunicación de masas. Nuestro trabajo teórico, que criticaba la demonización de los hombres como el enemigo, no cambió la perspectiva de las mujeres que eran antihombres. Y las representaciones negativas de la masculinidad dieron pie al desarrollo de un movimiento de hombres que era antimujeres, y que reflejaba de muchas maneras los aspectos más negativos del movimiento de mujeres. Al escribir sobre el «movimiento de liberación de los hombres» llamé la atención sobre el oportunismo en el que se apoyaba:

> Estos hombres se identificaban a sí mismos como víctimas del sexismo y trabajaban para liberar a los hombres. Identificaban los rígidos roles sexuales como el origen principal de su victimización y, aunque querían cambiar la noción de masculinidad, no estaban especialmente preocupados por la explotación sexista y la opresión de las mujeres.

Aunque las facciones antihombres nunca fueron numerosas dentro del movimiento feminista, ha sido difícil cambiar la imagen de las feministas como mujeres que odian a los hombres en el imaginario colectivo. Por supuesto, caracterizar al feminismo como un movimiento que odia a

los hombres permitía a los hombres desviar la atención de su responsabilidad en el mantenimiento de la dominación masculina. Si la teoría feminista hubiese ofrecido visiones más liberadoras de la masculinidad, nadie habría podido rechazar al movimiento por considerarlo antihombres. La teoría feminista no solo no abordaba de manera efectiva la cuestión de qué pueden hacer los hombres para ser antisexistas sino que tampoco explicaba en qué consistiría una masculinidad alternativa; y ello alejó, de forma preocupante, a muchos hombres y mujeres. Con frecuencia, la única alternativa a la masculinidad patriarcal presentada por el movimiento feminista o por el movimiento de hombres eran hombres que se volvían más «femeninos». La idea de lo femenino que se evocaba procedía del pensamiento sexista y no representaba una alternativa al mismo.

Lo que era y sigue siendo necesario es una visión de la masculinidad en la que la autoestima y el amor a uno mismo como ser único formen la base de la identidad. Las culturas de la dominación atacan la autoestima y la sustituyen por una idea de que obtenemos nuestro sentido de ser a partir del dominio de otros y otras. La masculinidad patriarcal enseña a los hombres que su conciencia de sí mismos y su identidad, su razón de ser, reside en su capacidad para dominar a otros y otras. Para cambiar esto, los hombres deben criticar y desafiar la dominación masculina sobre el planeta, sobre hombres con menos poder, sobre mujeres, niñas y niños; y también deben tener una visión clara de qué podría ser una masculinidad feminista. ¿Cómo transformarse en algo que no puedes imaginar? Las pensadoras y los pensadores feministas todavía tienen que desbrozar esa imagen.

Como sucede a menudo en los movimientos revolucionarios por la justicia social, se nos da mejor nombrar el problema que visualizar la solución. Sabemos que la masculinidad patriarcal anima a los hombres a ser patológicamente narcisistas, infantiles y psicológicamente dependientes de los privilegios que reciben (por muy relativos que sean) por el simple hecho de haber nacido hombres. Muchos hombres sienten que sus vidas se ven amenazadas si se les priva de esos privilegios, al no haber

estructurado otra identidad central significativa. Este es el motivo por el que el movimiento de hombres intentó enseñar a los hombres cómo volver a conectar con sus sentimientos, recuperar al niño interior perdido y alimentar su alma, su crecimiento espiritual.

No hay mucha literatura feminista dirigida a los chicos, que les haga saber cómo pueden construir una identidad que no esté arraigada en el sexismo. Los hombres antisexistas no han trabajado propuestas educativas de cara al desarrollo de una conciencia crítica centradas en la infancia masculina o en los chicos adolescentes. Como consecuencia de esta laguna, ahora que se está prestando atención a nivel nacional a los debates sobre la educación de los niños varones, las perspectivas feministas rara vez o prácticamente nunca forman parte del debate. De manera trágica, estamos presenciando un resurgimiento de supuestos misóginos dañinos, como que las madres no pueden educar hijos varones sanos, o que los niños varones «se benefician» de las nociones patriarcales y militaristas de la masculinidad ya que hacen hincapié en la disciplina y en la obediencia a la autoridad. Los niños necesitan una autoestima sana. Necesitan amor. Y una política feminista sabia y amorosa puede ser lo único capaz de salvar las vidas de los niños varones. El patriarcado no los curará; si así fuera, ya estarían todos bien.

La mayoría de los hombres de este país se sienten preocupados por la naturaleza de su identidad. A pesar de que se aferran al patriarcado, empiezan a intuir que es parte del problema. La falta de empleo, la insatisfacción ante el trabajo asalariado y el aumento del poder de clase de las mujeres han hecho difícil saber cuál es su sitio a los hombres no ricos y no dominantes. El patriarcado capitalista supremacista blanco no puede proporcionar todo lo que ha prometido. La angustia de muchos hombres proviene de su incapacidad de abrazar las críticas liberadoras que podrían permitirles afrontar el hecho de que esas promesas están basadas en la injusticia y en la dominación y de que incluso cuando se cumplen tampoco conducen a los hombres a la «gloria». Al criticar las bases de su posible liberación a la vez que reinscriben las formas de pensar del

patriarcado capitalista supremacista blanco —que ahogan su espíritu—, están tan perdidos como muchos niños.

Una visión feminista que incorpore la masculinidad feminista, que acoja a los niños varones y a los hombres y que exija en su nombre todos los derechos que deseamos para las niñas y las mujeres puede constituir un nuevo hombre estadounidense. En primer luegar, el pensamiento feminista nos enseña a todas las personas cómo amar la justicia y la libertad de tal modo que promuevan y reafirmen la vida. Está claro que necesitamos nuevas estrategias, nuevas teorías, nuevos caminos que nos muestren cómo crear un mundo en el que prospere la masculinidad feminista.

13. Crianza feminista

La infancia ha sido uno de los campos de trabajo fundamentales del movimiento feminista radical contemporáneo. Las mujeres tenían la esperanza de que, con una crianza libre de sexismo, se crearía un mundo en el que no haría falta el movimiento antisexista. En un principio, ese enfoque se centró principalmente en los roles de género sexistas y en la manera en la que estos se imponen a niños y niñas desde su nacimiento. El feminismo ha centrado casi siempre su atención en las niñas criticando los prejuicios sexistas y promoviendo imágenes alternativas. También se ha señalado la necesidad de educar a los niños varones de forma antisexista, pero esta cuestión casi siempre ha terminado derivando hacia una crítica al patriarcado masculino y hacia la repetición de la idea de que los hombres tienen las cosas más fáciles que las mujeres. La presunción de que los chicos siempre han gozado de más privilegios y poder que las chicas impulsó a las feministas a priorizar su enfoque en las niñas.

Una de las principales dificultades que encontraron las pensadoras feministas al afrontar el sexismo dentro de las familias era que, la mayoría de las veces, eran las propias madres quienes transmitían ese pensamiento sexista. Incluso en los hogares donde no había padre, las mujeres enseñaban y transmitían el pensamiento sexista a niñas y niños. Paradójicamente, mucha gente asume que los

hogares encabezados por una mujer son automáticamente matriarcales. En realidad, las mujeres que encabezan sus hogares en la sociedad patriarcal suelen sentirse culpables por la ausencia de una figura masculina y sobretransmiten valores sexistas, especialmente a los niños varones. Los medios conservadores han utilizado los últimos actos violentos de hombres jóvenes de todas las razas para acusar a las mujeres solteras de no saber educar y criar a niños varones sanos. Esto es simple y llanamente falso. Está comprobado que algunos de los hombres más poderosos y afectuosos de nuestra sociedad fueron criados por madres solteras. Insistimos en que la mayoría de la gente asume que las madres solteras no saben educar a los niños para que se conviertan en «hombres del patriarcado», pero no es el caso.

Dentro de las culturas de dominación patriarcales capitalistas supremacistas blancas, las niñas y los niños no tienen derechos. El movimiento feminista fue el primer movimiento por la justicia social que puso encima de la mesa que nuestra cultura en realidad no ama a los niños y niñas, sino que los trata como si fueran propiedad de sus padres y madres, quienes pueden hacer lo que quieran con ellos. La violencia de los adultos hacia la infancia es una norma en nuestra sociedad. El problema está en que la mayoría de pensadoras feministas no han querido poner nunca el foco en el hecho de que, por el simple hecho de ser las principales cuidadoras de la familia, las mujeres son las que con mayor frecuencia ejercen violencia sobre niñas y niños. Fue crucial y revolucionario que el movimiento feminista llamase la atención sobre la dominación masculina en el hogar, y sigue siendo cierto que esta crea una autocracia en la que los hombres pueden abusar, también sexualmente, de niños y niñas. Pero esto no nos debe hacer obviar que a diario multitud de niñas y niños sufren abusos verbales y castigos físicos también por parte de mujeres. El sadismo maternal puede llevar a ejercer violencia emocional contra los niños y la teoría feminista no ha ofrecido todavía ni una crítica ni una estrategia para abordar la violencia de las mujeres adultas sobre la infancia.

En una cultura de la dominación en la que los niños y las niñas no tienen derechos civiles, quienes tienen el poder

—es decir, los hombres y las mujeres adultos—, pueden ejercer un poder autocrático sobre ellos. Todas las evidencias médicas demuestran que las niñas y los niños sufren abusos violentos a diario en esta sociedad y muchos de estos abusos ponen en riesgo su vida; de hecho, muchos mueren. Las mujeres perpetúan esta violencia tanto como los hombres si no más. Existe una enorme laguna en el pensamiento y la práctica feminista porque el movimiento se niega a afrontar la violencia de las mujeres adultas hacia la infancia. Todas hemos sido socializadas para aceptar el pensamiento patriarcal, una ética de la dominación que afirma que los poderosos tienen el derecho de gobernar sobre los indefensos utilizando cualquier medio para subordinarlos; por eso son casi invisibles para las mujeres —incluidas las pensadoras feministas— las formas en que las mujeres abusan de la infancia. En las jerarquías del patriarcado capitalista supremacista blanco, se consiente la dominación masculina sobre las mujeres, pero también la dominación adulta sobre la infancia, y nadie quiere hablar de las madres que ejercen estas violencias.

Suelo contar la anécdota de una elegante cena a la que acudí en la que una mujer relató cómo castigaba a su hijo con pellizcos fuertes. Su método consistía en apretarle la piel todo el tiempo que hiciera falta hasta controlarlo y todos los asistentes aplaudieron su voluntad para imponerle disciplina. Intervine para señalar que su comportamiento era agresivo: esa mujer había plantado la semilla de la violencia en su hijo, podría llegar a agredir a las mujeres cuando fuese adulto. Además, les hice ver que, si alguna vez oyésemos a un hombre decir que pellizca a una mujer con fuerza para controlar su comportamiento, lo reconoceríamos inmediatamente como un abuso. Sin embargo, consentimos que un niño o una niña sufra y viva esta forma de dominación. No se trata de un hecho aislado, a diario, padres y madres ejercen violencias mucho más graves sobre sus hijos e hijas.

En efecto, la infancia vive el choque entre el pensamiento patriarcal y los cambios feministas, un choque que está convirtiendo a la familia en un territorio en guerra, quizá con más enfrentamientos que cuando la dominación

masculina era la norma en los hogares. El movimiento feminista sirvió de catalizador y descubrió y desveló el gravísimo alcance de los abusos sexuales que se producen en las familias patriarcales por parte de hombres sobre niños y niñas. Esto fue posible gracias a las mujeres adultas del movimiento feminista que recibieron tratamientos terapéuticos y que reconocieron haber sufrido abusos en el pasado. Estas mujeres sacaron su relato del espacio privado de la terapia y lo llevaron al discurso público; sus testimonios crearon el actual contexto ético y moral positivo que permite que niñas y niños puedan afrontar los abusos. Sin embargo, hablar únicamente del abuso sexual ejercido por hombres no crea el clima necesario para que la gente entienda que el abuso está vinculado a la dominación masculina y que solo terminará cuando se elimine el patriarcado. Los abusos sexuales a niños y niñas por parte de hombres tienen lugar y se denuncian con más frecuencia. Pero el movimiento feminista debe criticar a las mujeres que cometen abusos con la misma dureza con la que criticamos los abusos de los hombres. Más allá del abuso sexual, hay muchas otras formas de violencia contra la infancia y las más habituales son la violencia verbal y psicológica.

La violencia y la humillación son los cimientos para otras formas de abuso. Los niños varones suelen ser castigados cuando su comportamiento no se ajusta a las nociones sexistas de la masculinidad y son humillados por adultos sexistas (sobre todo sus madres) y por otros niños y niñas. Sin embargo, las niñas y los niños tienen la oportunidad de ver el feminismo en acción si sus cuidadores personifican un pensamiento y un comportamiento antisexistas. Cuando las pensadoras y las activistas feministas proporcionan a niños y niñas espacios educativos en los que los prejuicios antisexistas no son el estándar para juzgar su comportamiento, estos pueden desarrollar su autoestima de forma sana.

Una de las intervenciones más positivas del movimiento feminista a favor de la infancia fue generar una mayor conciencia sobre la necesidad de que los hombres participen de forma igualitaria en la crianza, no solo para lograr la equidad de géneros, sino también para establecer

mejores relaciones con las niñas y los niños. Los futuros estudios feministas documentarán cómo mejora esta crianza antisexista la vida de niñas y niños. Al mismo tiempo, necesitamos conocer más detalles sobre la crianza feminista en general, sobre las formas prácticas para educar a un hijo o a una hija en un entorno antisexista y, sobre todo, necesitamos saber en qué tipo de personas se convertirán las niñas y los niños criados en estos entornos.

Las activistas feministas de más amplias perspectivas nunca hemos negado la importancia y el valor de los cuidadores masculinos, aunque a la vez trabajamos para que nuestra cultura valore más la maternidad y el trabajo que realizan las madres que crían a sus hijos. Se hace un flaco favor a todas las mujeres cuando, al elogiar la participación masculina en la crianza, se menosprecia y devalúa el trabajo positivo que realizan las mujeres. En los inicios del movimiento, las feministas eran muy críticas con la maternidad y enfrentaban esa tarea con sus carreras profesionales, a las que se consideraba más liberadoras y reafirmantes. Sin embargo, a mediados de los años ochenta, algunas pensadoras feministas se enfrentaron al desprecio feminista a la maternidad y la sobrevaloración del trabajo realizado fuera del hogar. Escribí sobre este tema en *Feminist Theory: From Margin to Center*:

> Al trabajar en un contexto social en el que el sexismo sigue siendo la norma, en el que hay una competitividad innecesaria que promueve la envidia, la desconfianza, el enfrentamiento y la maldad entre las personas, que hace que el trabajo sea estresante, frustrante y casi siempre completamente insatisfactorio [...] muchas mujeres a las que les gusta y disfrutan del trabajo asalariado sienten que les ocupa demasiado tiempo y que les deja poco espacio para otros fines más satisfactorios. El empleo puede ayudar a las mujeres a ganar cierto grado de independencia económica o incluso la autosuficiencia total, pero no logra que la mayoría de las mujeres puedan satisfacer sus necesidades humanas de forma adecuada. Como consecuencia de la búsqueda por parte de las mujeres de un ambiente amable de trabajo, se acentúa de nuevo la importancia de la familia y de los aspectos positivos de la maternidad.

Irónicamente, justo cuando las pensadoras feministas habían trabajado para crear una imagen más equilibrada de la maternidad, la cultura patriarcal convencional lanzó una tremenda crítica hacia los hogares monoparentales encabezados por mujeres. La crítica fue especialmente dura en términos de acceso al bienestar. Sin hacer mención a los datos que muestran la capacidad de las madres solteras para criar a sus hijas e hijos con pocos recursos, ya sea a través de ayudas estatales, ya sea con trabajo remunerado, las críticas patriarcales han puesto la atención en los hogares conflictivos encabezados por mujeres, afirman que esta es la norma —que todos los hogares encabezados por mujeres son conflictivos— y sugieren que el problema se resolvería si hubiera un hombre en el papel de proveedor patriarcal y cabeza de estos hogares.

Ningún contraataque antifeminista ha sido tan nocivo para el bienestar de los niños como el menosprecio hacia las madres solteras. En una cultura que tiene a la familia patriarcal compuesta por padre y madre como la mejor opción en detrimento de cualquier otra, las niñas y los niños se sienten emocionalmente inseguros cuando su familia no cumple ese estándar. La visión utópica de la familia patriarcal permanece intacta a pesar de todas las evidencias que demuestran que el bienestar de la infancia no es mayor en un hogar conflictivo encabezado por un hombre que en uno encabezado por una mujer. Los niños y las niñas deben crecer en un entorno de amor y cariño. Cuando surge cualquier tipo de dominación, entonces falta el amor. Los hogares encabezados por padres cariñosos, mujeres o hombres, solteros o en pareja, de distinto o del mismo sexo, tienen más probabilidades de criar a niñas y niños felices y sanos con una buena autoestima. En el futuro movimiento feminista, necesitamos trabajar más para que los padres y las madres sepan que, al acabar con el sexismo, se cambia positivamente la vida de las familias. El movimiento feminista está a favor de la familia. Acabar con la dominación patriarcal de niñas y niños, sea ejercida por hombres o por mujeres, es la única forma de que la familia sea un lugar donde niñas y niños estén seguros, puedan ser libres y conozcan el amor.

14. Liberar el matrimonio y las relaciones de pareja

Cuando el movimiento feminista contemporáneo estaba en su punto álgido la institución del matrimonio fue duramente criticada. Muchas mujeres heterosexuales entraron en el movimiento motivadas por el sexismo de sus relaciones íntimas, en particular en los matrimonios de larga duración en los que la desigualdad de género era la norma. Desde el comienzo, el movimiento desafió el doble estándar en relación con la sexualidad que condenaba a las mujeres que no fueran vírgenes o fieles amantes o esposas, mientras permitía a los hombres hacer lo que desearan sexualmente y aprobaba su comportamiento. El movimiento de liberación sexual reforzó la crítica feminista al matrimonio, especialmente la exigencia de un control de la natalidad seguro y asequible.

Desde el principio, las activistas feministas se centraron mucho en los vínculos personales y las relaciones domésticas porque las mujeres de todas las clases y razas sentían el yugo de la dominación masculina en esos espacios, ya fuera por parte de padres o de esposos patriarcales. Una mujer podía enfrentarse asertivamente a un jefe sexista o a un desconocido y después volver a casa y aceptar un papel de subordinación frente a su pareja. Las feministas contemporáneas, tanto las heterosexuales que venían de matrimonios de larga duración como las lesbianas aliadas en la lucha, criticaban el matrimonio como

otra forma de esclavitud sexual. Resaltaban el hecho de que las uniones sexistas tradicionales conducían a matrimonios donde se sacrificaban los elementos de intimidad, cuidado y respeto para que los hombres pudieran estar por encima, para que pudieran sentirse como patriarcas que llevaban los pantalones.

Desde el principio, muchas feministas fueron pesimistas acerca de la posibilidad de que los hombres cambiaran. Algunas heterosexuales decidieron que preferían el celibato o el lesbianismo antes que mantener una relación desigual con hombres sexistas. Otras entendían que la monogamia con los hombres reforzaba la idea de que el cuerpo de la mujer era propiedad del hombre con quien estableciera una relación. Nosotras elegimos relaciones no monógamas y muchas veces nos negamos a casarnos. Creíamos que vivir con un compañero fuera del matrimonio sancionado por el Estado ayudaba a los hombres a mantener un respeto sano por la autonomía de las mujeres. Las feministas abogaron por exigir el fin de la esclavitud sexual y llamaron la atención sobre la importancia de la violación marital, defendiendo al mismo tiempo los derechos de las mujeres a expresar su deseo sexual, iniciar la interacción sexual y estar sexualmente satisfechas.

Muchos hombres heterosexuales adoptaron el pensamiento feminista precisamente porque no estaban satisfechos sexualmente en relaciones con parejas que no estaban interesadas en el sexo porque les habían enseñado que las mujeres virtuosas no eran sexualmente activas. Estos hombres estaban agradecidos al movimiento feminista por ofrecer un paradigma sexual liberador para sus parejas porque les aseguraba que tendrían vidas sexuales más satisfactorias. Al oponerse a la idea de que la virtud de las mujeres estaba determinada por sus prácticas sexuales, las pensadoras feministas no solo acabaron con el estigma vinculado a no ser virgen sino que además pusieron el bienestar sexual de las mujeres al mismo nivel que el de los hombres. Al instar a las mujeres a no seguir fingiendo que estaban sexualmente satisfechas cuando no era el caso, el movimiento feminista amenazó con exponer las deficiencias sexuales de las relaciones lideradas por hombres.

Para apaciguar esta amenaza, los hombres sexistas insistían continuamente en que la mayoría de las feministas eran lesbianas o en que lo que necesitaban era «un buen polvo» que las volviera a poner «en su sitio». En realidad, la rebelión feminista expuso el hecho de que muchas mujeres no estaban teniendo sexo satisfactorio con los hombres en relaciones patriarcales. Con respecto a las relaciones íntimas, la mayoría de los hombres estaban más dispuestos a acoger los cambios feministas en la sexualidad de las mujeres, que llevaban a que ellas fueran sexualmente más activas, que aquellos cambios que exigían que los hombres cambiaran sus comportamientos sexuales. La ausencia de juegos sexuales previos fue un tema muy discutido cuando las agendas feministas se centraron primero en la heterosexualidad. Las heterosexuales estaban cansadas del chantaje sexual de los hombres y su falta de interés en el placer de las mujeres. El enfoque feminista en el placer sexual dio a las mujeres un lenguaje para criticar y cuestionar el comportamiento sexual de los hombres.

Las mujeres dieron grandes pasos en materia de libertad sexual. La crítica a la monogamia fue quedando en el olvido a medida que la expansión de enfermedades de transmisión sexual hizo más difícil para las mujeres optar por la promiscuidad. La importancia de enfermedades que ponen en riesgo la vida como el sida, que tiende a transmitirse más fácilmente de hombre a mujer, en una cultura patriarcal en la que se anima a los hombres a mentir a las mujeres, ha hecho más duro para las heterosexuales optar por varias parejas. Sin duda, cuando se pone el énfasis en la monogamia en las uniones heterosexuales dentro del patriarcado, suele ser más difícil para las parejas romper los paradigmas sexistas. Al mismo tiempo, muchas feministas se dieron cuenta de que las relaciones no monógamas dentro del patriarcado a menudo simplemente les daban a los hombres más poder mientras socavaban el de las mujeres. Además, aunque las mujeres podían elegir tener sexo con un hombre ya emparejado con otra mujer, los hombres frecuentemente no mostraban interés sexual en una mujer con pareja; o concedían poder continuamente a ese hombre, buscando incluso su aprobación. A pesar de estas dificultades, que las mujeres tengamos la libertad

de no ser monógamas, ejerzamos o no esa libertad, sigue quebrantando y desafiando la idea de que el cuerpo de las mujeres es propiedad de los hombres. Como todos los cambios positivos producidos por la crítica feminista a las ideas sexistas sobre el placer sexual, también ha ayudado a crear un mundo en el que hombres y mujeres pueden tener relaciones sexuales más satisfactorias.

Al principio parecía que los cambios en la naturaleza de las uniones sexuales llevarían a otros cambios en las relaciones domésticas, que los hombres también asumirían una parte igualitaria de las tareas domésticas y del cuidado de niños y niñas. Hoy en día, hay tantos hombres que reconocen que deberían hacer las tareas domésticas, las hagan o no en realidad, que las jóvenes no ven necesario abordar este tema; simplemente lo aceptan como una norma. Claro que la realidad es que esto nunca ha pasado a ser la norma: en la mayoría de los casos las mujeres siguen haciendo la mayor parte del trabajo doméstico y de cuidado de niños y niñas. En general, los hombres están más dispuestos a aceptar y afirmar la igualdad en el dormitorio que en el trabajo doméstico y el cuidado de la prole. No sorprende que, a medida que algunas mujeres obtuvieron poder de clase, estas abordaran la desigualdad contratando a otras personas para hacer las tareas que ni ellas ni sus compañeros querían hacer. Sin embargo, cuando una pareja heterosexual contrata a alguien para hacer las tareas que el pensamiento sexista considera «de mujeres», suele ser la mujer la que gestiona la selección y supervisa el trabajo.

Más que cualquier otro factor, la crítica feminista a la maternidad como la única finalidad satisfactoria de la vida de una mujer cambió la naturaleza del matrimonio y de las uniones duraderas. Cuando el valor de una mujer dejó de estar determinado por si tenía o no descendencia y por la crianza de la misma, empezó a ser posible, para las parejas en las que ambas partes tenían una carrera y que no querían tener hijos, concebir un matrimonio de pares, una relación entre iguales. La ausencia de descendencia hizo más fácil ser pares simplemente porque la manera en que la sociedad patriarcal asume automáticamente que

algunas tareas serán realizadas por las madres hace más difícil que las mujeres logren la equidad de género con respecto al cuidado de niños y niñas. Por ejemplo, es significativo que en el despertar del movimiento feminista, el sector médico patriarcal que había quitado importancia previamente a la lactancia materna de repente empezó no solo a destacar sus beneficios, sino a insistir en ellos. Este es solo un aspecto de la crianza que automáticamente da más responsabilidad a la mujer que pare, ya sea heterosexual o lesbiana. De hecho, muchas mujeres en relaciones con hombres con frecuencia se dan cuenta de que tener un bebé recién nacido hace que sus relaciones caigan en picado de vuelta a roles definidos de manera sexista. Sin embargo, cuando las parejas se esfuerzan en mantener la igualdad en todas las esferas, especialmente en el cuidado de niñas y niños, se puede conseguir. La clave, sin duda, es esforzarse, trabajar duro; no obstante, la mayoría de los hombres no han elegido trabajar duro en la crianza.

Es evidente que las intervenciones feministas llamaron la atención sobre el valor y la importancia de la paternidad tanto en lo que se refiere al bienestar de niñas y niños como en la equidad de género. Cuando los hombres participan de manera igualitaria en la crianza, las relaciones entre las mujeres y los hombres son mejores, estén los dos progenitores casados o vivan juntos o separados. Gracias al movimiento feminista, hay más hombres que participan en la crianza que en ningún otro momento, aunque no hemos logrado ni siquiera algo parecido a la equidad de género. Y sabemos que esta participación igualitaria hace de la crianza una experiencia más positiva y gratificante para todas las partes implicadas. Por supuesto, las exigencias del trabajo muchas veces crean dificultades para que padres y madres que trabajan, en especial los hombres, participen más en el cuidado de niños y niñas. Hasta que no veamos grandes cambios en la forma en que está estructurado el tiempo de trabajo, no vamos a vivir en un mundo donde la vida esté diseñada para conceder a los hombres el tiempo y el espacio para participar en la crianza. En ese mundo los hombres tal vez tendrían más ganas de criar a sus hijas e hijos; a día de hoy, muchos hombres trabajadores están agotados y

mal pagados y aceptan con mucho gusto que una mujer se encargue de todo el cuidado de niños y niñas, aunque ella esté igual de agotada y mal pagada. El mundo laboral en el patriarcado capitalista supremacista blanco ha hecho más difícil que las mujeres puedan dedicarse totalmente a la crianza. De hecho, esta realidad está llevando a mujeres que podrían elegir una carrera a quedarse en casa. Hoy en día, el factor que está sacando a las mujeres de la población activa y las está devolviendo al hogar es el miedo de que estemos criando una sociedad de niñas y niños «sin padres ni madres», más que el pensamiento sexista de la dominación masculina. Muchas mujeres consideran que la competitividad de la carrera profesional deja poco tiempo para sustentar relaciones amorosas. El hecho de que nadie hable de hombres que dejan su trabajo para ser padres a jornada completa muestra hasta qué punto prevalece el pensamiento sexista sobre los roles. La mayoría de las personas en nuestra sociedad sigue creyendo que a las mujeres se les da mejor la crianza de niños y niñas que a los hombres.

En buena medida las mujeres, que por un lado criticaban la maternidad pero por el otro también disfrutaban del estatus especial y de los privilegios que les otorgaba —especialmente en lo que se refiere a los lazos maternofiliales—, no estaban tan dispuestas a ceder el lugar de honor en la crianza a los hombres como esperaban las pensadoras feministas. Otras pensadoras feministas que criticaban el determinismo biológico en cualquier otro ámbito a menudo lo aceptaban con respecto a la cuestión de la maternidad; no eran capaces de asumir plenamente la idea de que los padres son tan importantes como las madres y que pueden criar tan bien como ellas. Estas contradicciones, además del predominio del pensamiento sexista, han socavado las exigencias feministas de equidad de género en lo que se refiere a la crianza.

Hoy en día los medios de comunicación de masas nos bombardean continuamente con el mensaje de que el matrimonio ha hecho una reaparición. El matrimonio nunca pasó de moda. Muchas veces, al decir eso, en realidad quieren decir que las ideas sexistas sobre el matrimonio

han vuelto. Y esto preocupa al movimiento feminista porque está tan claro hoy, como lo estaba ayer, que los matrimonios construidos sobre bases sexistas suelen ser breves y profundamente problemáticos. Los matrimonios sexistas tradicionales están cada vez más en boga. Y aunque tienden a cultivar las semillas de la miseria y la insatisfacción que sirvieron como catalizador de la rebelión feminista en las relaciones domésticas, el factor que rompe con la tradición es que estas uniones tienden a cortarse rápidamente. La gente se casa joven y se divorcia joven.

La dominación masculina patriarcal en el matrimonio y las parejas ha sido la principal causa de rupturas y divorcios en nuestra sociedad. Todos los estudios recientes sobre matrimonios exitosos muestran que la equidad de género crea un contexto de reconocimiento mutuo que genera una mayor felicidad y que, aunque el matrimonio no dure para siempre, sobrevive la amistad entre pares que era la base de la unión. En el movimiento feminista del futuro pasaremos menos tiempo criticando las uniones matrimoniales patriarcales y nos esforzaremos más en mostrar alternativas, en mostrar el valor de las relaciones de pares que se basan en los principios de igualdad y respeto y en la creencia de que la satisfacción y el crecimiento mutuos son necesarios para que las parejas sean gratificantes y duraderas.

15. Una política sexual feminista.

Una ética de libertad mutua

Antes del movimiento feminista, antes de la liberación sexual, a la mayoría de las mujeres les resultaba difícil, si no directamente imposible, mantener un rol sexual activo y sano. El pensamiento sexista que se les inculcaba desde su nacimiento dejaba claro que el campo del deseo sexual y del placer sexual era única y exclusivamente de los hombres, que tan solo una mujer poco o nada virtuosa reconocería su necesidad o sus ganas de sexo. Las mujeres, obligadas a elegir por el pensamiento sexista entre el rol de vírgen o el de puta, no tenían ninguna base sobre la que construir una identidad sexual sana. Afortunadamente, el movimiento feminista cuestionó enseguida los estereotipos sexuales sexistas. Fue de gran ayuda que este cuestionamiento llegara en un momento de la historia de nuestro país en el que los métodos anticonceptivos fiables pasaron a ser accesibles para todo el mundo.

Antes de los métodos anticonceptivos fiables, la autoafirmación sexual de las mujeres siempre podía llevar al «castigo» de un embarazo no deseado y al peligro de un aborto ilegal. No hemos recopilado suficientes testimonios que hagan a todo el mundo consciente de las patologías sexuales y los horrores que padecían las mujeres antes de la existencia de métodos anticonceptivos fiables. Me da escalofríos simplemente pensar en un mundo en el que cada vez que una mujer es sexualmente activa se

arriesga a quedarse embarazada, imaginar un mundo en el que los hombres quieren sexo y las mujeres le tienen miedo. En un mundo así, una mujer con deseo a lo mejor conseguiría encontrar el punto intermedio entre el deseo y el miedo. No tenemos suficientes testimonios que nos digan lo que hacían las mujeres para mantener a raya las proposiciones sexuales de los hombres, cómo lidiaban con la violación marital o con el riesgo de muerte al abordar los embarazos no deseados. Lo que sí que sabemos es que el mundo de la sexualidad de las mujeres cambió para siempre con la llegada de la revolución sexual feminista.

Para quienes habíamos vivido las relaciones sexuales dolorosas de nuestras madres, su amargura, y su miedo y su odio absoluto hacia la sexualidad, fue increíble llegar, justo cuando nos estábamos volviendo más activas sexualmente, a un movimiento que nos prometía libertad, placer y disfrute. Hoy en día las mujeres tienen tan pocos impedimentos que repriman la expresión de su deseo sexual que nuestra cultura corre el riesgo de enterrar la memoria histórica del asalto patriarcal sobre los cuerpos y la sexualidad de las mujeres. Desde ese lugar del olvido, los intentos de ilegalizar el aborto pueden centrarse en la cuestión de si se acaba o no con una vida sin debatir siquiera las devastadoras consecuencias que tendría sobre la sexualidad de las mujeres acabar con el aborto legal. Seguimos viviendo entre generaciones de mujeres que no han conocido nunca el placer sexual, mujeres para las que el sexo solo ha significado una pérdida, una amenaza, un peligro o una derrota.

La libertad sexual de las mujeres requiere métodos anticonceptivos seguros y fiables. Sin ellos, las mujeres no pueden controlar completamente las consecuencias de la actividad sexual. Pero esta libertad también requiere un conocimiento del propio cuerpo, una comprensión del significado de la integridad sexual. En sus inicios, el activismo feminista en torno a la sexualidad se centró tanto en conseguir que las mujeres conquistáramos el derecho a ser activas sexualmente cuando quisiéramos serlo y con quien quisiéramos serlo que se descuidó la educación feminista para una conciencia crítica que nos enseñara

cómo respetar nuestros cuerpos de forma antisexista y en qué consistiría un sexo liberador.

A finales de los años sesenta y principios de los setenta, a menudo se animaba a las mujeres a percibir como sinónimos la libertad sexual y la promiscuidad sexual. En esa época y hasta cierto punto en la actualidad, la mayoría de los hombres heterosexuales veían y ven a una mujer liberada sexualmente como a alguien sexualmente activo que les dará pocos problemas, es decir, que no exigirá nada a cambio, en especial en el terreno emocional. Asimismo, un buen número de feministas heterosexuales pensaban lo mismo, de forma equivocada: su comportamiento seguía los patrones del modelo proporcionado por los hombres patriarcales. Sin embargo, las mujeres no tardaron mucho en darse cuenta de que la promiscuidad sexual y la liberación sexual no eran lo mismo.

Cuando el movimiento feminista estaba en pleno auge, las activistas lesbianas radicales animaban a las mujeres heterosexuales a que reconsideraran sus vínculos con los hombres y plantearon la cuestión de si era o no posible que las mujeres tuvieran en algún momento una experiencia heterosexual liberada en un contexto patriarcal. Este cuestionamiento fue útil para el movimiento. No solo obligó a las mujeres heterosexuales a analizar de forma crítica las prácticas heterosexuales, sino que puso el foco en las lesbianas de una forma que destacaba positivamente su fuerza y revelaba al mismo tiempo debilidades. Algunas mujeres que pasaron de tener relaciones con hombres a elegir a las mujeres porque se vieron seducidas por el eslogan popular de «el feminismo es la teoría y el lesbianismo es la práctica» descubrieron rápidamente que esas relaciones eran tan demandantes emocionalmente y tenían tantas dificultades como cualquier otra.

Que las relaciones lésbicas fueran tan buenas o mejores que los vínculos heterosexuales solía estar determinado no por que ambas partes fueran del mismo sexo, sino por el grado de compromiso alcanzado con acabar con la idea de romanticismo y con las relaciones basadas en una cultura sadomasoquista de la dominación, según la cual en todas las relaciones hay una parte dominante y otra

sumisa. La promiscuidad sexual entre lesbianas no podía equipararse a la liberación sexual, al igual que sucedía con la práctica heterosexual. Independientemente de su preferencia sexual, las mujeres a las que esta identificación les suponía sufrimiento acabaron desilusionándose con el sexo. Por otra parte, considerando la conexión entre la dominación masculina y la violencia sexual, no sorprende que a menudo fueran mujeres heterosexuales las que se quejaban de su insatisfacción sexual.

Como consecuencia de esta desilusión con el sueño de la libertad sexual muchas pensadoras feministas abandonaron estas experiencias o dejaron de discutir sus efectos negativos, a los que se enfrentaba una amiga o compañera, y albergaron cierto resentimiento hacia cualquier actividad sexual, especialmente con hombres. A las lesbianas radicales, que en su día habían sido las únicas voces que animaban a las mujeres a que dejaran de «acostarse con el enemigo», se les sumaron mujeres heterosexuales que empezaron a elegir vínculos del mismo sexo porque estaban totalmente desilusionadas con los hombres. De repente, el discurso sobre la sexualidad, particularmente en cualquier debate que surgía sobre relaciones sexuales, hizo que pareciera que cualquier coito era una extorsión sexual, que cualquier penetración de la mujer por el hombre era una violación. Durante un tiempo, estas teorías y las mujeres carismáticas que las defendían tuvieron un fuerte impacto sobre las conciencias de las jóvenes que estaban luchando por establecer identidades sexuales nuevas y diferentes. Muchas de estas jóvenes acabaron eligiendo la práctica de la bisexualidad o relaciones con hombres en las que se acordaba que ellas serían las que determinaran la naturaleza de cualquier encuentro sexual. Sin embargo, muchas jóvenes simplemente se alejaron del pensamiento feminista y en este alejamiento volvieron a encontrar su sitio en nociones obsoletas de libertad sexual, y las adoptaron, a veces como venganza.

No es de extrañar que las contradicciones y los conflictos que surgieron como consecuencia de las tensiones entre placer sexual y peligro, o libertad sexual y servidumbre, encontraran un seductor campo de experimentación

en el sadomasoquismo sexual. En esencia, todos los interrogantes feministas de la sexualidad estaban ligados a la cuestión del poder. No importaba cuánto hablaran las pensadoras feministas sobre igualdad, en el campo del deseo sexual y su puesta en práctica, las dinámicas de poder y falta de poder ponían en duda nociones simplistas de opresores y oprimidos. Nada restó más legitimidad a la crítica feminista de la práctica heterosexual que la revelación de que las lesbianas feministas practicaban sadomasoquismo, un mundo de cambio de roles en el que las posiciones de poder y de sumisión se consideraban aceptables.

En la práctica, el debate feminista radical sobre la sexualidad se cerró cuando las mujeres del movimiento empezaron a discutir si una mujer podía considerarse liberada, fuera lesbiana o heterosexual, si practicaba sadomasoquismo. Las diferencias de opinión sobre el significado y la importancia de la pornografía patriarcal estaban ligadas a este asunto. Al enfrentarse a cuestiones de tanto peso como para dividir y afectar al movimiento, la mayoría de los debates feministas radicales sobre sexualidad dejaron de ser públicos a finales de los años ochenta; se desarrollaban en espacios privados. Hablar en público sobre sexualidad había devastado al movimiento.

Las feministas que siguieron hablando de sexualidad en público eran en su mayoría conservadoras, a veces puritanas y antisexo. El movimiento cambió radicalmente: pasó de ser un espacio donde se reivindicaba y se celebraba la liberación sexual de las mujeres a otro en el que los debates públicos sobre sexualidad se centraban más en la violencia sexual y la victimización. Muchas feministas convencionales, que habían sido las grandes defensoras de la libertad sexual de las mujeres y ya empezaban a tener años, comenzaron a hablar sobre el placer sexual como algo sin importancia y a valorar la abstinencia sexual. Cada vez más, las mujeres que hablan y escriben abiertamente sobre deseo y prácticas sexuales tienden a descartar y a distanciarse de la política sexual feminista. Y más que nunca, el movimiento feminista se percibe fundamentalmente como antisexo. El innovador discurso feminista sobre la pasión y el placer sexual ha sido

arrinconado y es ignorado por casi todo el mundo y, por lo tanto, las mujeres y los hombres siguen dependiendo de modelos patriarcales de libertad sexual.

A pesar de la revolución sexual y del movimiento feminista sabemos que la mayoría de las mujeres heterosexuales tienen relaciones sexuales solo porque los hombres quieren tenerlas; que los homosexuales jóvenes, hombres y mujeres, siguen sin tener un entorno público o privado de apoyo que afirme su preferencia sexual; que la iconografía sexista de virgen o puta sigue presente en la imaginación erótica de hombres y mujeres; que la pornografía patriarcal sexual impregna todos los medios de comunicación de masas; que los embarazos no deseados están aumentando; que los y las adolescentes a menudo practican sexo insatisfactorio e inseguro; y que en muchos matrimonios y parejas de larga duración, ya sean del mismo sexo o heterosexuales, las mujeres no tienen relaciones sexuales. Todos estos hechos demuestran la necesidad de un discurso feminista renovado sobre sexualidad. Seguimos necesitando saber en qué consiste una práctica sexual liberadora.

Básicamente, el respeto mutuo es esencial para una práctica sexual liberadora así como la convicción de que el placer sexual y la satisfacción se logran mejor en un contexto de elección y acuerdo. Dentro de la sociedad patriarcal, los hombres y las mujeres no pueden alcanzar la plenitud heterosexual a menos que ambas partes se hayan liberado de su pensamiento sexista. Mucha gente sigue considerando que el rendimiento sexual de los hombres está determinado únicamente por si el pene está duro y se mantienen las erecciones, una noción que está ligada al pensamiento sexista. Al igual que los hombres tienen que librarse del supuesto sexista de que la sexualidad de las mujeres existe para servir y satisfacer sus necesidades, muchas mujeres tienen que librarse de la fijación en la penetración.

Durante el auge de la liberación sexual y el movimiento feminista contemporáneo, las mujeres descubrieron que los hombres a menudo estaban dispuestos a aceptar la igualdad en todos los ámbitos salvo en el sexual. En el

dormitorio muchos quieren una mujer con deseo sexual, con ganas de dar y compartir placer, pero en el fondo no renuncian al supuesto sexista de que su actividad sexual (es decir, su deseo de tener relaciones) debe responder de forma autómatica a la de ellos. Muchos encontraron divertido hacerlo con mujeres dispuestas, liberadas y excitadas, pero dejaba de tener gracia cuando esas mujeres manifestaban que también querían compartir un espacio que no fuera sexual. A menudo, cuando pasaba esto, los hombres heterosexuales dejaban claro que en ese caso ellos necesitarían igualmente otro espacio de desahogo sexual, lo que revelaba su identificación con un paradigma sexista de propiedad del cuerpo de las mujeres así como con la noción de que les bastaba cualquier cuerpo femenino. En relaciones liberadoras homosexuales o heterosexuales, ambas partes deberían ser libres para decidir cuándo y con qué frecuencia quieren tener relaciones sexuales sin miedo a ser penalizados. Hasta que los hombres dejen de creer que alguien distinto de ellos mismos debe satisfacer sus necesidades sexuales, se mantendrá la exigencia de subordinación sexual de sus parejas.

Una política sexual feminista verdaderamente liberadora reivindicará siempre como aspecto central un rol sexual activo para las mujeres. Este rol no puede existir si las mujeres creen que sus cuerpos tienen que estar siempre al servicio de otros. A menudo las prostitutas profesionales y las mujeres en general entienden su libre intercambio de sexo por bienes o servicios como una prueba de que están liberadas. Se niegan a reconocer el hecho de que cuando una mujer se prostituye porque no puede satisfacer de otra forma sus necesidades materiales está poniendo en riesgo su integridad sexual, el espacio donde ella controla su cuerpo.

Muchas mujeres heterosexuales no han podido liberarse todavía del supuesto sexista de que su sexualidad tiene que ser siempre objeto de deseo para los hombres para que tenga un valor y un sentido. Para liberarse, deben terminar de creerse que tanto las relaciones con personas del mismo sexo como las masturbación o la ausencia de sexo pueden ser tan enriquecedores y vitales como las

relaciones sexuales con hombres en el marco de una cultura patriarcal. Cuando se van haciendo mayores, muchas mujeres que apostaron por la transformación feminista descubren que deben aceptar nociones sexistas de feminidad y de deseabilidad sexual para mantener relaciones con hombres y que estos no prefieran a alguien más joven. En cierto modo, las pensadoras feministas radicales tenían razón hace años cuando señalaban que las mujeres solo estaríamos liberadas sexualmente del todo cuando nos viéramos como poseedoras de un valor y de una voluntad sexual propios independientemente de si somos o no objeto del deseo de los hombres. De nuevo, necesitamos teorías feministas que nos muestren cómo expresar nuestros sentimientos y nuestra identidad sexual en una sociedad que sigue siendo profundamente patriarcal.

A pesar de las limitaciones del discurso feminista sobre la sexualidad, el feminismo sigue siendo el único movimiento por la justicia sexual cuya teoría y práctica persiguen el bienestar colectivo. Necesitamos un erotismo del ser que se base en el principio de que tenemos derecho a expresar deseo sexual cuando nos lo pida el cuerpo, así como a encontrar en el placer sexual un *ethos* a favor de la vida. La conexión erótica nos saca del aislamiento y la alienación y nos lleva a la comunidad. En un mundo en el que las expresiones positivas de deseo sexual nos conecten, todas las personas seremos libres de elegir las prácticas sexuales que afirmen y alimenten nuestro crecimiento. Esas prácticas pueden optar por la promiscuidad o por la castidad, por abrazar una identidad y preferencia sexual específica o por elegir un deseo cambiante, no encasillado, que se despierte tan solo por la interacción y el compromiso con personas concretas con quienes sentimos la chispa del reconocimiento erótico, independientemente de su sexo, raza, clase o incluso su preferencia sexual. Los debates feministas radicales sobre sexualidad deben salir a la luz para que el movimiento hacia la liberación sexual pueda volver a empezar.

16. Plenitud total.
Lesbianismo y feminismo

A VECES ES DIFÍCIL SABER qué llegó primero, si el movimiento por la liberación de las mujeres o la revolución sexual —para algunas activistas ambos tuvieron lugar a la vez y mezclados—. Esto fue sin duda cierto para muchas mujeres bisexuales y lesbianas que formaron parte de la primera vanguardia feminista contemporánea. Estas mujeres no acabaron en el feminismo por ser lesbianas. Muchas lesbianas no estaban metidas en política, eran conservadoras y no deseaban hacer nada radical. Las lesbianas y las bisexuales que ayudaron a formar la vanguardia por la liberación de las mujeres se hicieron feministas porque ya estaban comprometidas con políticas de izquierdas y estaban luchando contra los límites impuestos por la clase, la raza y la sexualidad. La liberación de las mujeres era un tema que ya habían reivindicado psicológicamente, al rebelarse contra las nociones tradicionales de género y el deseo.

El simple hecho de ser lesbiana no te convierte en feminista más de lo que el hecho de ser lesbiana te hace tener compromiso político. Formar parte de un grupo explotado no hace que una persona sea más propensa a oponer resistencia. Si así fuera, todas las mujeres (y eso incluye a todas las lesbianas del planeta) habrían querido participar en el movimiento de las mujeres. La experiencia, la conciencia y la voluntad suelen ser los factores que llevan a las mujeres a participar en movimientos de izquierdas.

Después de haber aportado en la sombra tanto en las tareas reproductivas como en el campo del pensamiento radical en los círculos socialistas y en los movimientos militantes por los derechos civiles y por el *black power*, algunas mujeres radicales con diferentes trayectorias de vida estaban listas para reivindicar sus propios derechos, estaban listas para el movimiento feminista. Y entre las más listas y valientes, auténticas visionarias, se encontraban y se encuentran muchas mujeres lesbianas.

Yo llegué al feminismo antes de haber tenido mi primera experiencia sexual. Era una adolescente. A mi mundo no había llegado nada sobre los derechos de las mujeres, pero sí sabía algo sobre la homosexualidad. En el mundo de mentes estrechas del fundamentalismo religioso sureño del *apartheid* racial, en nuestra comunidad negra, las personas gais eran conocidas y a menudo tenían un estatus especial; con frecuencia eran hombres de clase alta. La homosexualidad entre hombres estaba más aceptada que el lesbianismo. Las lesbianas en nuestra pequeña y segregada comunidad negra generalmente estaban casadas; ellas sabían quiénes eran en realidad y solo dejaban que se conociera su verdadero yo a puerta cerrada, en reuniones y fiestas secretas. Una de las mujeres acusada de ser lesbiana eligió ser mi mentora: una mujer profesional, una lectora, una pensadora, una juerguista; la admiraba profundamente. Cuando mi padre se quejó de nuestra relación diciendo que era «rara», mi madre protestó e insistió en que «la gente tenía derecho a ser quien es». Cuando unos chicos adolescentes acosaron y se burlaron cruelmente del hombre gay que vivía al otro lado de nuestra calle, mi madre protestó y nos dijo que era un hombre responsable y bondadoso, que debíamos respetarlo y quererlo.

Yo era una defensora de los derechos de las personas gais mucho antes de que conociera la palabra feminismo. Mi familia temía que fuera lesbiana mucho antes de que se preocuparan por que no me fuera a casar nunca. Y yo ya iba camino de ser un auténtico bicho raro porque sabía que siempre elegiría ir donde me llevara mi corazón, en cualquier dirección y en todas ellas. Cuando escribí mi

primer libro, *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism*, ya estaba vinculada con el movimiento feminista, en el que había mujeres heterosexuales, bisexuales y abiertamente gais. Éramos jóvenes. Y en aquellos días algunas nos sentíamos presionadas para demostrar que estábamos radicalmente comprometidas con el movimiento compartiendo nuestras políticas y nuestros cuerpos con mujeres. La lección que todo el mundo aprendió en esos días fue que las prácticas sexuales transgresoras no la convertían a una en progresista políticamente. Cuando salió mi primer libro y fui criticada por algunas mujeres lesbianas negras me quedé estupefacta. Me acusaron de ser homófoba porque no había nada sobre el lesbianismo en mi libro. Esa ausencia no era un indicador de homofobia. No hablé sobre sexualidad en el libro. No estaba lista. No sabía lo suficiente. Y si hubiera sabido más lo habría señalado de tal modo que nadie habría podido etiquetarme como homófoba.

Lo que aprendí de las lesbianas poderosas y bondadosas que conocí siendo niña, una lección que me ha acompañado siempre, es que las mujeres no necesitamos depender de un hombre para nuestro bienestar y nuestra felicidad, ni siquiera para nuestra plenitud sexual. Este hecho abrió un mundo de posibilidades para las mujeres. Amplió las opciones. Nunca sabremos cuántos millones de mujeres permanecen en relaciones con hombres sexistas y dominantes simplemente porque no pueden imaginarse una vida en la que puedan ser felices sin hombres, estén o no satisfechas sexual y emocionalmente con los hombres en sus vidas. Si una mujer siente que necesita algo más que a sí misma para legitimar y validar su existencia, está regalando su poder de definirse a sí misma: su agencia. Las mujeres lesbianas me inspiraron desde que era niña para reclamar el espacio de mi propia autodefinición.

Esta es la sabiduría especial que las pensadoras lesbianas radicales trajeron al movimiento feminista. También había mujeres heterosexuales excepcionales que teóricamente entendían que una mujer podía realizarse sin la aprobación de los hombres, sin la afirmación erótica masculina, pero no trajeron al movimiento una experiencia

vivida de esa idea. En las primeras etapas del movimiento feminista utilizábamos la expresión «mujer identificada con las mujeres» y «mujer identificada con los hombres» para distinguir a las activistas que no eligieron el lesbianismo pero que decidieron identificarse con las mujeres, lo que quería decir que su existencia ontológica no dependía de la afirmación de los hombres. Las mujeres que se identificaban con los hombres eran aquellas que abandonaban los principios feministas en un abrir y cerrar de ojos si interferían con sus preocupaciones románticas heterosexuales. Eran las mujeres que apoyaban a los hombres más que a las mujeres, que podían ver siempre las cosas desde una perspectiva masculina. Cuando impartí uno de mis primeros cursos de estudios de la mujer en San Francisco, me topé con un grupo de estudiantes lesbianas radicales que querían saber por qué seguía interesada en los hombres. Un día después de clase en la zona de aparcamiento se produjo una fuerte discusión; en ese momento una estudiante lesbiana negra mayor, que había trabajado en la industria del sexo y había tenido muchos encuentros sexuales con hombres, aunque mantenía clara su identidad lesbiana, defendió mi honor feminista diciendo: «Es una mujer identificada con las mujeres que tiene sexo con hombres; es su derecho y sigue comprometida con la causa».

Mantener la lealtad a las políticas feministas fue un tema central de debate en los círculos feministas a mediados de los años ochenta dado que muchas mujeres los estaban abandonando. Aunque las pensadoras o activistas lesbianas habían sido la vanguardia y habían influido en las dimensiones radicales del movimiento, a medida que las mujeres ganaron más derechos, su presencia y su aportación fueron a menudo olvidadas. Muchas de las lesbianas más radicales y valientes del movimiento eran de clase trabajadora. Por lo tanto, no contaban con las credenciales necesarias para ascender en los círculos académicos. La academización del feminismo reinscribió las jerarquías heterosexistas, por las que a las mujeres heterosexuales con currículum a menudo se les mostraba más respeto y se les daba más importancia, incluso si no

habían participado nunca en el movimiento de mujeres fuera de la academia.

En lo que se refería a la cuestión de la diferencia, a expandir la teoría y la práctica feministas para incluir la raza y la clase, las pensadoras lesbianas iban por delante y estaban entre las más dispuestas a cambiar sus perspectivas. En muchos casos porque ellas comprendían, desde la experiencia, lo que significaba ser explotadas u oprimidas por no conformarse a las normas generalizadas. Estas lesbianas, visionarias, estaban mucho más dispuestas a cuestionar la supremacía blanca que sus camaradas heterosexuales y estaban más dispuestas a estrechar sus vínculos con todos los hombres. La gran mayoría de las mujeres heterosexuales, fueran o no feministas activas, estaban más preocupadas por sus relaciones con los hombres.

Nuestra libertad como mujeres de elegir a quién amamos, con quién compartimos nuestros cuerpos y nuestras vidas, ha aumentado enormemente gracias a las luchas de las mujeres lesbianas radicales en nombre tanto de los derechos de las personas gais como de los derechos de las mujeres. Dentro del movimiento feminista, tanto antes como ahora, las lesbianas siempre han tenido que enfrentarse a la homofobia, en buena parte igual que todas las mujeres de color que, independientemente de su preferencia sexual o identidad, tenían que enfrentarse al racismo. Las mujeres que dicen que son feministas mientras perpetúan la homofobia están tan equivocadas y son tan hipócritas como aquellas que quieren sororidad mientras se aferran al pensamiento supremacista blanco.

Los medios de comunicación convencionales siempre han elegido a mujeres heterosexuales para representar lo que significa el movimiento feminista, cuanto más heterosexuales mejor. Cuanto más glamurosa sea, más se puede utilizar su imagen para atraer a los hombres. Las mujeres identificadas con las mujeres, ya seamos heterosexuales, bisexuales o lesbianas, rara vez hacemos de la obtención de la aprobación masculina una prioridad en nuestras vidas. Por eso es por lo que somos una amenaza para el patriarcado. Las mujeres lesbianas que tienen una mentalidad patriarcal son mucho menos peligrosas

para el patriarcado que las mujeres feministas, gais o heterosexuales, que han apartado su mirada y su deseo del patriarcado, de los hombres sexistas.

Hoy en día, la gran mayoría de las lesbianas, al igual que sus homólogas heterosexuales, no participan en la política radical. Algunas pensadoras lesbianas activas en el movimiento feminista encuentran difícil enfrentarse a la realidad de que las lesbianas pueden ser tan sexistas como las heterosexuales. La idea utópica de que el feminismo era la teoría y el lesbianismo la práctica se vio continuamente desmentida por la realidad; la mayoría de las lesbianas que vivían en una cultura patriarcal capitalista supremacista blanca construían sus relaciones de pareja usando los mismos paradigmas de dominación y sumisión que sus homólogas heterosexuales. Construir uniones mutuamente satisfactorias en las que ninguna parte se vea subordinada es tan difícil de conseguir en las relaciones lésbicas como en las heterosexuales. La revelación de que en relaciones lésbicas también se daban casos de violencia doméstica fue la primera pista de que la igualdad entre mujeres no era inherente a las uniones del mismo sexo. Por otro lado, las lesbianas feministas estaban mucho más dispuestas a hablar abiertamente de su participación en prácticas sadomasoquistas que sus homólogas heterosexuales.

Las feministas sexualmente conservadoras, gais y heterosexuales, consideraban y siguen considerando inapropiados los rituales sexuales consensuados de dominación y sumisión, y los ven como una traición a los ideales feministas de libertad. Su juicio absoluto y su negativa a respetar los derechos de todas las mujeres a elegir qué prácticas sexuales encuentran más satisfactorias es en la actualidad la postura que más debilita al movimiento feminista. Hay muchas mujeres que nunca entenderán qué hacen juntas dos mujeres sexualmente, que nunca desearán sexualmente a otra mujer, pero que siempre apoyarán el derecho de las mujeres a elegir ser lesbianas o bisexuales. Se puede dar el mismo apoyo a las lesbianas y heterosexuales que participan en actos sexuales que nunca atraerán a la mayoría de las mujeres o a la mayoría de la

gente. La crítica conservadora feminista al sadomasoquismo lésbico oculta una homofobia subyacente. Cada vez que una mujer actúa como si las lesbianas debieran seguir normas morales rígidas para ser aceptadas o para no incomodar a las personas heterosexuales está perpetuando la homofobia. De forma sintomática, a medida que más mujeres heterosexuales empezaron a hablar abiertamente sobre sus prácticas sadomasoquistas, la crítica feminista dejó de ser tan dura e implacable.

Hacer frente a la homofobia siempre será una dimensión del movimiento feminista. Por lo tanto, no podrá existir una sororidad entre las mujeres mientras las heterosexuales falten al respeto y subordinen a las lesbianas. En el movimiento feminista que mira al futuro se reconoce plenamente el trabajo de las activistas lesbianas. Sin la contribución del lesbianismo radical, la teoría y la práctica feministas nunca se habrían atrevido a superar los límites del heterosexismo para crear espacios en los que las mujeres, todas las mujeres independientemente de su identidad o preferencia sexual, pudieran y puedan ser tan libres como quieran. Este legado debe ser constantemente reconocido y celebrado.

17. Volver a amar.
El corazón del feminismo

Si mujeres y hombres quieren conocer el amor, deben buscar el feminismo; sin el pensamiento y la práctica feminista nos falta la base para crear vínculos afectivos. Desde el principio, la profunda desilusión con las relaciones heterosexuales fue lo que condujo a muchas mujeres hacia el movimiento de liberación. Muchas de ellas se sintieron engañadas por las promesas de amor y de felicidad eterna al casarse con hombres que rápidamente dejaban de ser el príncipe azul y se transformaban en el dueño y señor patriarcal de la casa. Esas mujeres heterosexuales trajeron al movimiento su amargura y su rabia. Unieron su despecho con el de las lesbianas, quienes también se sentían traicionadas por sus vínculos románticos basados en valores patriarcales. Como consecuencia, en lo que se refiere a la cuestión del amor, en los inicios del movimiento las feministas tomaron la postura de que la liberación de la mujer solo se podría lograr si las mujeres se desprendían del amor romántico.

Nuestro anhelo de amor, se decía en nuestros grupos de conciencia, era la trampa seductora que nos llevaba a enamorarnos de amantes patriarcales, hombres o mujeres, que usaban ese amor para someternos y dominarnos. Como me sumé al movimiento feminista antes siquiera de haber tenido mi primera relación sexual con un hombre, me dejó atónita el intenso odio y la rabia que las mujeres

expresaban con relación a los hombres. Sin embargo, entendía totalmente las razones que había detrás de esa rabia. Mi propia aproximación al pensamiento feminista durante mi adolescencia fue una reacción directa contra la dominación que ejercía mi padre sobre todo el mundo en nuestra casa. Mi padre, al ser militar, atleta, diácono en la iglesia, proveedor y mujeriego, era la encarnación misma de la norma patriarcal. Fui testigo del dolor de mi madre y me rebelé; ella jamás expreso ira o rabia ante la injusticia de género, a pesar de la violencia y las humillaciones de mi padre.

Cuando asistí a mi primer grupo de conciencia y escuché a mujeres de la edad de mi madre expresar su dolor, su duelo y su rabia, me quedaron claras las razones que había detrás de su insistencia en que las mujeres se apartaran del amor. Pero yo seguía queriendo el amor de un hombre bueno y seguía creyendo que podría encontrarlo. Estaba completamente segura de que ese hombre debía estar comprometido con la política feminista. A principios de los años setenta, las mujeres que querían estar con hombres se enfrentaron al reto de acercarles al feminismo. Sabíamos que si no eran feministas la felicidad no podría durar mucho.

Lo que se entiende mayoritariamente como amor romántico en una cultura patriarcal nos vuelve inconscientes, impotentes, hace que perdamos el control. Las pensadoras feministas llamaron la atención sobre el hecho de que esta noción del amor servía a los intereses de mujeres y hombres patriarcales. Esta noción apoyaba la idea de que se puede hacer cualquier cosa en nombre del amor: pegar a alguien, restringir sus movimientos e incluso matar a alguien, llamarlo «crimen pasional» y declarar que «la amaba tanto que tuve que matarla». El amor en la cultura patriarcal está unido a la idea de posesión y a paradigmas de dominación y sometimiento por los que se asume que una persona da amor y la otra lo recibe. Dentro del patriarcado, los vínculos heterosexistas se formaban a partir de la idea de que las mujeres, que están conectadas con las emociones y el cuidado, darían su amor a los hombres y, a cambio, los hombres, que están conectados con el poder y la fuerza, serían los proveedores y protectores.

Sin embargo, en muchas familias heterosexuales los hombres no respondían a los cuidados recibidos y eran más bien tiranos que abusaban de su poder injustamente para que se hiciera lo que ellos querían. Desde el principio, las mujeres heterosexuales llegaron al movimiento de liberación de las mujeres para poner fin a su angustia y romper los lazos del amor.

En esa época, también estaba en primer plano el deseo de no vivir solo para los hijos y las hijas. Esto también se presentó como otra trampa del amor que impedía que las mujeres pudieran realizarse plenamente. El feminismo nos advertía de que las madres que intentaban vivir a través de sus hijos e hijas se convertían en monstruos dominantes e invasivos capaces de impartir castigos crueles e injustos. Quienes llegaban jóvenes a la política feminista a menudo se revelaban contra sus madres dominantes. No queríamos convertirnos en ellas; queríamos que nuestras vidas fueran lo más opuesto posible a las suyas. Una manera de asegurarnos de que seríamos diferentes era, sencillamente, no tener descendencia.

Al principio, la crítica feminista del amor no era lo suficientemente compleja. En vez de cuestionar específicamente los supuestos patriarcales sobre el amor, presentaba al amor como el problema en sí. Debíamos evitar el amor y poner en su lugar la búsqueda de derechos y poder. Pero nadie habló del riesgo de que las mujeres enfriaran sus sentimientos hasta tal punto que acabaran cerrándose emocionalmente por completo, igual que los hombres patriarcales o las mujeres como ellos, a quienes rechazábamos en nombre de la rebelión feminista. Y, en general, esto fue lo que sucedió. En vez de repensar el amor e insistir en su importancia y su valor, el discurso feminista sobre el amor simplemente se detuvo ahí. Las mujeres que querían amor, especialmente en relaciones con hombres, tuvieron que ir a otros lados en su búsqueda de entender cómo podrían encontrar ese amor. Muchas de esas mujeres se alejaron de la política feminista porque sentían que negaba la importancia del amor, de las relaciones familiares y de la vida construida en comunidad con otras personas.

Las pensadoras feministas más adelantadas tampoco estaban seguras sobre qué decir a las mujeres sobre el amor. En mi libro *Feminist Theory: From Margin to Center*, escribí acerca de la necesidad de que las líderes feministas trajeran al activismo feminista el espíritu del amor. «Deberían tener la capacidad de mostrar amor y compasión, de mostrar este amor a través de sus acciones y de poder entablar un diálogo con éxito». Aunque compartí mi creencia de que «el amor actúa para transformar la dominación», en ese momento no escribí en profundidad sobre la importancia de crear teorías feministas que ofrecieran a todo el mundo una visión liberadora del amor.

Visto en retrospectiva, es evidente que al no crear un discurso feminista positivo sobre el amor, especialmente en relación con la heterosexualidad, permitimos que los medios de comunicación de masas patriarcales representaran a la totalidad del movimiento feminista como un movimiento político basado en el odio en vez de en el amor. Muchas mujeres que querían tener vínculos con hombres sentían que no podrían cultivar esos lazos y estar al mismo tiempo comprometidas con el movimiento feminista. En realidad, tendríamos que haber hecho saber al mundo que el feminismo haría posible que hombres y mujeres conocieran el amor. Ahora ya lo sabemos.

El feminismo del futuro es una práctica política sabia y amorosa. El compromiso de acabar con la dominación se encuentra en la esencia misma de nuestras políticas. El amor jamás se podrá construir en una relación basada en la dominación y la extorsión. La crítica feminista radical de las nociones patriarcales del amor no estaba equivocada. Sin embargo, tanto las mujeres como los hombres necesitábamos algo más que una crítica, más que saber dónde nos habíamos equivocado en nuestros caminos hacia el amor; necesitábamos una visión feminista alternativa. Aunque muchas nos estábamos acercando al amor en nuestra vida privada, un amor construido desde la práctica feminista, no fuimos capaces de abrir una discusión feminista amplia sobre el amor que contrarrestara la centralidad de las facciones feministas que estaban en contra del amor.

La intuición de nuestra visión alternativa sigue señalando una verdad fundamental y necesaria: no puede haber amor cuando hay dominación. El pensamiento y la práctica feminista dan mucha importancia al valor del crecimiento mutuo y la autorrealización en las parejas y en la crianza. Esta visión de relaciones en las que se respeten las necesidades de todas las partes, en las que todos disfruten de derechos y nadie tenga miedo a la subordinación o al abuso, va en contra de toda la estructura patriarcal de las relaciones. La mayor parte de la gente hemos sufrido o sufriremos alguna forma de dominación masculina en nuestra vida íntima y privada por parte de hombres encargados de la crianza, padres, hermanos o, en el caso de mujeres heterosexuales, en una relación romántica. En la actualidad, el bienestar emocional de mujeres y hombres mejoraría si ambas partes adoptaran el pensamiento y la práctica feminista. Una verdadera política feminista nos libra de las cadenas y nos conduce a la libertad, nos lleva de la ausencia de amor al amor. El apoyo mutuo es la base del amor y la práctica feminista es el único movimiento por la justicia social de nuestra sociedad que crea las condiciones en las que se puede cultivar.

Cuando admitamos que el amor verdadero se basa en el reconocimiento y la aceptación, que ese amor se construye sobre la gratitud, el cuidado, la responsabilidad, el compromiso y el conocimiento mutuo, entenderemos que no puede haber amor sin justicia. Si somos conscientes de ello, comprenderemos que el amor tiene el poder de transformarnos y nos da la fuerza para oponer resistencia a la dominación. Elegir la política feminista es elegir el amor.

18. Espiritualidad feminista

El feminismo ha sido y sigue siendo un movimiento de resistencia que reconoce el valor de la práctica espiritual. Antes de que la teoría y la práctica feministas me ayudaran a ser totalmente consciente de lo necesarias que eran la autoestima y la autoaceptación para la autorrealización, me movía por una senda espiritual que afirmaba esos mismos mensajes. A pesar del sexismo de las religiones dirigidas por hombres, las mujeres han encontrado en la práctica espiritual un lugar de consuelo y refugio. A lo largo de la historia de la Iglesia en Occidente, las mujeres recurrieron a las tradiciones monásticas para encontrar un lugar para ellas mismas en el que poder estar con Dios sin intervención de los hombres, donde poder servirle sin dominación masculina. Con una aguda visión espiritual y una enorme claridad, la mística Juliana de Norwich escribió lo siguiente mucho antes de que surgiera el feminismo contemporáneo: «Nuestro salvador es nuestra verdadera madre, en quien somos eternamente engendrados y del que no saldremos jamás».[1] Al atreverse a oponerse a la idea de que nuestro salvador es única y exclusivamente masculino, Juliana de Norwich marcó el curso de vuelta a la feminidad sagrada, lo que ayudó a liberar a las mujeres de las cadenas de la religión patriarcal.

[1] Traducción de María Tabuyo en Norwich, *Libro de visiones y revelaciones*, Madrid, Trotta, 2002, p. 134. [N. de la T.]

En sus inicios, el movimiento feminista lanzó una crítica a la religión patriarcal que tuvo un profundo impacto y modificó la naturaleza de la devoción religiosa en todo nuestro país. Expuso cómo el dualismo metafísico occidental (el supuesto de que el mundo se puede entender siempre mediante categorías binarias en las que una es inferior y otra superior, una buena y otra mala) era la base ideológica de todas las formas de opresión de grupo, sexismo, racismo, etc., y que ese pensamiento era la base de los sistemas de creencias judeocristianos. Para cambiar la manera en la que enfrentábamos nuestra espiritualidad, había que repensarla. Las críticas feministas de la religión patriarcal coincidieron con un cambio cultural general hacia la espiritualidad *new age*. En los círculos espirituales *new age*, las y los practicantes abandonaron el pensamiento cristiano fundamentalista que había dominado en Occidente durante siglos y buscaron respuestas en las distintas tradiciones espirituales de Oriente. La *creation spirituality* [espiritualidad de la creación] sustituyó a una espiritualidad patriarcal basada en las ideas de pecado y redención externa.[2] Las mujeres encontraron diosas en esas tradiciones —el hinduismo, el budismo— que las permitieron sumarse a una espiritualidad centrada en figuras femeninas.

Desde sus inicios, en el movimiento feminista surgieron conflictos porque algunas activistas sentían que el movimiento debía ceñirse únicamente a la política y no pronunciarse sobre la religión. Un número importante de las mujeres que habían llegado al feminismo radical desde la política socialista tradicional eran ateas. Veían los esfuerzos por volver a una visión sagrada de la feminidad como algo apolítico y sentimental. Esta división dentro

[2] La espiritualidad *new age* [nueva era], desarrollada en los años sesenta del siglo XX, sostenía que con la llegada de la llamada era astrológica de Acuario empezaba una época de paz, bienestar y armonía mundial; reunía una serie de cultos y corrientes filosóficas como el orientalismo, el esoterismo, la medicina alternativa o el sincretismo religioso. La *creation spirituality* considera que el hombre es bueno por naturaleza y que la redención es un proceso personal de reconexión con uno mismo; es un culto no dualista, holístico, ecuménico, feminista y ecologista. [N. de E.]

del movimiento no duró mucho ya que muchas mujeres empezaron a ver la conexión entre el cuestionamiento de la religión patriarcal y la espiritualidad liberadora. La inmensa mayoría de la ciudadanía de Estados Unidos se identificaba como cristiana. La doctrina cristiana, que justifica el sexismo y la dominación masculina, no es solo una simple fe religiosa, sino que conforma la manera en la que integramos los roles de género en esta sociedad. Verdaderamente, no puede haber ninguna transformación feminista de nuestra cultura sin una transformación de nuestras creencias religiosas.

El despertar de la espiritualidad cristiana centrada en la creación se vinculó con el movimiento feminista. En *Original Blessing,* Matthew Fox explica lo siguiente: «Las religiones patriarcales y los paradigmas patriarcales de la religión han gobernado las civilizaciones del mundo durante 3500 años, como mínimo. La tradición centrada en la creación es feminista. En esta espiritualidad, la sabiduría y el eros cuentan más que el conocimiento o el control». Al referirse a las tensiones entre las feministas interesadas en la naturaleza y la ecología, y las interesadas en trabajar por los derechos civiles, muestra que se trata de un dualismo innecesario:

> Los movimientos políticos por la justicia forman parte del desarrollo más pleno del cosmos; la naturaleza es la matriz en la cual los seres humanos llegan a una consciencia de sí mismos y a una consciencia de su poder transformador. Los movimientos de liberación suponen un desarrollo más pleno del sentido de armonía, de equilibrio, de justicia y de celebración del cosmos. Es por esta razón que la verdadera liberación espiritual exige rituales de celebración y de sanación cósmica, los cuales, a su vez, culminarán en la transformación personal y en la liberación de las personas.[3]

[3] Traducción de Verónica d'Ornellas en Matthew Fox, *La bendición original. Una nueva espiritualidad para el hombre del siglo XXI*, Barcelona, Ediciones Obelisco, pp. 19 y 20. [N. de la T.]

Las teologías de la liberación entienden la liberación de grupos explotados y oprimidos como actos de fe esenciales que obedecen a la voluntad divina. Las luchas para acabar con el patriarcado siguen también un mandato divino.

La religión patriarcal fundamentalista ha sido y sigue siendo un obstáculo que frena la difusión del pensamiento y de la práctica feministas. De hecho, ningún grupo ha demonizado tanto a las feministas como los fundamentalistas religiosos de derechas, que incluso promueven y justifican el asesinato de pensadoras feministas, especialmente de las que defienden los derechos reproductivos de las mujeres. En un primer momento, las críticas feministas al cristianismo alejaron a muchas mujeres del movimiento. Pero cuando las cristianas feministas empezaron a ofrecer nuevas críticas a las creencias cristianas a partir de la espiritulidad de la creación y de renovadas interpretaciones de la Biblia, muchas mujeres fueron capaces de reconciliar la política feminista y su compromiso con la práctica cristiana. Sin embargo, estas activistas todavía no han conseguido organizar del todo un movimiento que permita entender a las miles de creyentes cristianas que no tiene por qué existir un conflicto entre el feminismo y la espiritualidad cristiana. Lo mismo sucede con las feministas judías, budistas, musulmanas, etc. Hasta que esto no se consiga, la religión patriarcal organizada seguirá minando los logros feministas.

En sus inicios, el feminismo contemporáneo hizo hincapié en los derechos civiles y en las victorias materiales y no hizo mucho caso a la espiritualidad. Los medios de comunicación convencionales prestaron atención a las críticas feministas a la religión, pero no mostraron ningún interés en destacar el despertar de la espiritualidad que se produjo en distintos grupos de mujeres feministas. Mucha gente sigue pensando que el feminismo está en contra de las religiones. En realidad, el feminismo ha ayudado a transformar el pensamiento religioso patriarcal para que más mujeres puedan encontrar una conexión con lo sagrado y mantener su compromiso con la vida espiritual.

Con frecuencia, la práctica de la espiritualidad feminista encontró reconocimiento y aceptación en los espacios terapéuticos en los que las mujeres trataban de curarse las heridas provocadas por las agresiones patriarcales, muchas de las cuales habían tenido lugar en sus familias de origen o en sus relaciones personales. Y fue en las terapias feministas donde muchas mujeres se reafirmaron en su búsqueda de espiritualidad. La naturaleza privada de esta búsqueda hace que a menudo la gente no sepa que las activistas feministas reconocen en la actualidad la necesidad de abordar las necesidades del espíritu, de la vida espiritual. En el movimiento feminista del futuro necesitaremos mejores estrategias para compartir información sobre la espiritualidad feminista.

Elegir caminos espirituales alternativos ha ayudado a muchas mujeres a mantener su compromiso con la vida espiritual, a la vez que siguen enfrentándose y cuestionando la religión patriarcal. Las intervenciones feministas consiguieron cambiar en algunos sentidos la Iglesia, el templo patriarcal institucionalizado, pero en los últimos años se han empezado a abandonar los avances conseguidos en relación con la igualdad de género. El crecimiento del fundamentalismo religioso amenaza la espiritualidad progresista. El fundamentalismo no solo anima a la gente a creer que la desigualdad es «natural», sino que perpetúa la idea de que es necesario controlar el cuerpo de las mujeres; de ahí su ataque a los derechos reproductivos. Al mismo tiempo, el fundamentalismo religioso impone tanto a los hombres como a las mujeres nociones represoras de la sexualidad que alimentan la opresión sexual de muy distintas formas. Claramente, sigue siendo necesario que las activistas feministas apunten a la religión organizada y se comprometan a seguir criticándola y resistiendo.

En un momento en que están floreciendo multitud de tradiciones espirituales maravillosas que afirman el feminismo, mucha gente no tiene posibilidad de llegar siquiera a conocerlas. A menudo sienten que la religión patriarcal es el único sitio donde existe una preocupación por su bienestar espiritual. La religión patriarcal ha utilizado con éxito los medios de comunicación de masas, en concreto

la televisión, para difundir su mensaje. Las vías espirituales alternativas deben hacer lo mismo si pretenden contrarrestar la idea de que la religión patriarcal es la única vía. La espiritualidad feminista abrió un espacio para que la gente cuestionara los sistemas de creencias desfasados y se crearan nuevos caminos. Representar a Dios de distintas formas y restaurar nuestro respeto por la feminidad sagrada nos ha ayudado a confirmar o volver a confirmar la importancia de la vida espiritual. Identificar la liberación de cualquier forma de dominación y opresión como una búsqueda espiritual nos devuelve a una espiritualidad que liga la práctica espiritual con nuestras luchas por la justicia y la liberación. Solo una idea de plenitud espiritual que incluya la perspectiva feminista puede servir de base para una auténtica vida espiritual.

19. Un feminismo con visión de futuro

Para adelantarnos a nuestro tiempo, debemos centrar nuestra imaginación en nuestra realidad concreta y al mismo tiempo imaginar posibilidades más allá. La capacidad del feminismo contemporáneo de cambiar de forma y dirección ha sido una de sus mayores potencias. Los movimientos por la justicia social que se aferran a formas obsoletas de pensar y actuar tienden a fracasar. Las raíces del «feminismo visionario» se remontan a principios de los años sesenta. En los inicios del movimiento de liberación de las mujeres, muchas pensadoras visionarias soñaron con un movimiento político revolucionario / radical que durante una fase reformista otorgara derechos civiles a las mujeres en el marco del sistema patriarcal capitalista supremacista blanco y a la vez luchara por debilitar y derrocar a ese mismo sistema. Soñaban con reemplazar esa cultura de la dominación por un mundo basado en una economía participativa,[1] en lo comunitario y la democracia social, un mundo sin discriminación de raza o de

[1] La *participatory economics* —conocida como ParEcon por su acrónimo inglés— se ha propuesto como alternativa libertaria a las economías de mercado capitalistas y al socialismo de planificación central y pretende aplicar los principios anarquistas de autogestión y federalismo. Surgió del trabajo del activista y teórico político Michael Albert y del economista radical Robin Hahnel en las décadas de 1980 y 1990. [N. de E.]

género, un mundo cuyo *ethos* serían el apoyo mutuo y el reconocimiento de la interdependencia y que tendría una visión ecológica global para preservar el planeta y que todos sus habitantes accedieran a la paz y el bienestar.

Según iba evolucionando el movimiento, las propuestas feministas radicales / revolucionarias se volvieron más claras y complejas. Sin embargo, se vieron ensombrecidas por el absolutismo de las feministas reformistas que trabajaban por el cambio dentro del orden social existente. Algunas de ellas tan solo pretendían acabar con la discriminación económica de género para alcanzar la igualdad con los hombres de clases privilegiadas; otras se creían de verdad que el movimiento lograría cambios más concretos y relevantes en las vidas de las mujeres si la energía se centraba en las reformas. En cualquier caso, el abandono del pulso radical de la lucha feminista solo hizo que el movimiento se volviera más vulnerable a la cooptación por parte del patriarcado capitalista convencional.

Seducidas por el poder de clase o por la promesa de movilidad social, cuando consiguieron avanzar en el orden social existente, pocas mujeres siguieron interesadas en mantener la lucha para derrocar al sistema. Lo cierto es que, aunque pensadoras feministas como Carol Gilligan nos dicen constantemente que las mujeres son más bondadosas e íntegras, el comportamiento de algunas mujeres hacia aquellas con menos poder sugiere lo contrario. La ética y la bondad que demuestran las mujeres hacia los grupos étnicos y raciales con los que se identifican no se extienden hacia aquellos grupos con los que no sienten empatía, identificación o solidaridad. Las mujeres privilegiadas (muchas de las cuales, aunque no todas, son blancas) han contribuido a que se mantenga la subordinación de la clase trabajadora y de las mujeres pobres.

Una meta fundamental de aquel feminismo visionario era crear estrategias para cambiar la suerte de todas las mujeres y aumentar su poder personal. Sin embargo, para ello, el movimiento hubiera necesitado ir más allá de las reivindicaciones de igualdad de derechos y empezar con cuestiones básicas como campañas de alfabetización; todas las mujeres se hubieran beneficiado y en especial las

de los grupos más empobrecidos. No existe todavía una escuela feminista o una universidad feminista. Tampoco hemos visto un esfuerzo mantenido para crear esas instituciones. Las mujeres blancas con estudios se beneficiaron de la discriminación positiva en el trabajo y en la carrera profesional dentro de las estructuras existentes pero no fueron capaces de crear instituciones basadas en los principios feministas; es verdad que estas instituciones nunca podrían pagar salarios altos. Las feministas con recursos tampoco han usado su dinero para financiar programas educativos que empiecen a trabajar con mujeres y niñas desfavorecidas en cuanto a formación básica.

Aunque las pensadoras feministas visionarias comprendieron nuestra necesidad de un movimiento feminista amplio que aborde las necesidades de niñas y niños, mujeres y hombres, más allá de las clases, todavía no hemos producido un cuerpo teórico escrito en un lenguaje accesible o que se pueda compartir por transmisión oral. Hoy en día, buena parte de la teoría feminista más reconocida en los círculos académicos está escrita en una jerga sofisticada que solo pueden leer personas con estudios. La mayoría de la gente no tiene un conocimiento mínimo del feminismo y no puede adquirirlo a partir de distintos materiales, como manuales de educación primaria que irían complejizándose, porque esos materiales no existen. Debemos crearlos si queremos reconstruir un movimiento feminista que sea de verdad para todo el mundo.

Quienes abogan por el feminismo no han dedicado recursos para garantizar que tengamos canales de televisión o secciones fijas en algún canal existente. No hay una hora dedicada a las noticias feministas en ningún programa de televisión o de radio. Una de las dificultades que afrontamos al difundir el feminismo es que cualquier tema relacionado con el género femenino se considera que cubre un campo feminista, aunque en realidad no tenga perspectiva feminista. Existen programas de radio y de televisión que destacan cuestiones de género, pero no es lo mismo que hablar de feminismo. Irónicamente, uno de los logros del feminismo contemporáneo es que la gente está más abierta a discutir cuestiones de género y preocupaciones

de las mujeres, pero, insisto, no necesariamente desde una perspectiva feminista.

Por ejemplo, el movimiento feminista creó la revolución cultural que hizo posible que nuestra sociedad afrontara el problema de la violencia de los hombres contra las mujeres y la infancia. Aunque los medios de comunicación de masas muestran abundantes representaciones de violencia doméstica y hay debates desde todos los ángulos, rara vez el público relaciona el fin de la violencia de los hombres con el fin de la dominación masculina en el hogar, con erradicar el patriarcado. La mayoría de la ciudadanía de este país sigue sin entender la relación entre la dominación masculina y la violencia de los hombres en el hogar. Y esa falta de comprensión queda patente cuando se afrontan casos de asesinatos de familiares, amigos y amigas o compañeros y compañeras de clase a manos de hombres jóvenes de todas las clases sociales. Todo el mundo se pregunta entonces en los medios de comunicación de masas por las razones de este tipo de violencia, pero nunca la vinculan con el pensamiento patriarcal existente.

Se necesita una educación feminista de masas para la toma de conciencia crítica. Lamentablemente, el elitismo de clase ha marcado el desarrollo del pensamiento feminista. La mayoría de las pensadoras y teóricas feministas realizan su trabajo en el entorno elitista de la universidad. La mayoría no escribimos libros infantiles, enseñamos en escuelas primarias o presionamos para modificar lo que se enseña en la escuela pública. Yo empecé a escribir libros infantiles precisamente porque quería formar parte de un movimiento feminista que hiciera que el pensamiento feminista fuera accesible a todo mundo. Los audiolibros ayudan a difundir el mensaje entre personas de todas las edades que no saben leer ni escribir.

Se requiere el esfuerzo colectivo de ir puerta a puerta difundiendo el mensaje del feminismo para que se renueve el movimiento y para que se vuelva a empezar con la premisa básica de que la política feminista es necesariamente radical. Y como lo radical se invisibiliza en nuestro entorno, debemos hacer todo lo posible para sacar a la luz al feminismo y darlo a conocer. Dado que el feminismo es

un movimiento que pretende acabar con el sexismo, la dominación y la opresión sexista, una lucha que se esfuerza por acabar con la discriminación de género y crear igualdad, es de por sí un movimiento radical.

Cuando las activistas feministas dejaron de enfrentarse al sexismo en todas sus manifestaciones y se centraron únicamente en las reformas se diluyó esta radicalidad inherente. La idea de que puede haber muchos «feminismos» ha beneficiado a los intereses políticos conservadores y liberales de mujeres que querían acceder a un estatus y a un poder de clase privilegiado. Ellas fueron las primeras en usar el término «feministas del poder»; también las que empezaron a decir que se puede ser feminista y estar en contra del aborto. No es así. Que las mujeres tengamos el derecho civil de tener control sobre nuestros cuerpos es un principio básico feminista. Que una mujer deba o no abortar es claramente una cuestión de elección. No es antifeminista que optemos por no abortar, pero sí es un principio feminista que las mujeres deben tener derecho a decidir.

Los privilegios de clase y la avaricia han llevado a algunas mujeres a traicionar a las mujeres pobres y de clase trabajadora. Mujeres que en su día propugnaron el pensamiento feminista ahora apoyan políticas públicas en contra del sistema de bienestar. No ven la contradicción de esta postura. Simplemente crean una corriente, una «marca», dentro del feminismo. La representación del feminismo como un estilo de vida o como una mercancía mina de forma automática la potencia de la política feminista. Muchas mujeres hoy en día quieren derechos civiles sin feminismo; quieren que el sistema patriarcal quede intacto en el ámbito privado, incluso cuando desean la igualdad en el ámbito público. Pero desde los inicios del movimiento, aquellas pensadoras feministas visionarias entendieron que la complicidad con el patriarcado (también en los casos en los que el patriarcado apoya incluso algunos aspectos del feminismo como la reivindicación de que las mujeres accedan al mercado laboral) dejaría vulnerables a las mujeres. Los derechos que se ganan sin que se produzcan cambios fundamentales en el sistema se pueden perder

fácilmente; lo estamos viendo en el ámbito de los derechos reproductivos, en particular con el aborto. Conseguir derechos civiles dentro del patriarcado ha demostrado ser peligroso dado que ha hecho que pensemos que estamos mejor de lo que estamos en realidad y que creamos que las estructuras de dominación sí que han cambiado; en realidad, esas estructuras vuelven a afianzarse cuando las mujeres se alejan del feminismo.

El radical contraataque antifeminista también ha socavado el movimiento. Una parte importante de este contraataque lo han protagonizado mujeres conservadoras y oportunistas que desprestigian y atacan al feminismo. Por ejemplo, Danielle Crittendon, en su reciente libro *What Our Mothers Did Not Tell Us: Why Happiness Eludes the Modern Woman,* [Lo que no nos dijeron nuestras madres: por qué las mujeres modernas no son felices] preconiza que las mujeres nos quedemos en casa y seamos madres de niñas y niños sanos y que reconozcamos las diferencias básicas entre la psique de los hombres y la de las mujeres; sobre todo, insiste en que el feminismo ha sido un error. Quienes critican al feminismo culpan al movimiento de todas las insatisfacciones que sienten las mujeres hoy en día. Nunca hablan del patriarcado, la dominación masculina, el racismo o la explotación de clase. Los libros antifeministas suelen estar escritos en un lenguaje accesible que atrae a una audiencia amplia; sin embargo, no hay un cuerpo teórico feminista popular que sirva para contrarrestar su mensaje.

Cuando hablo con feministas radicales, especialmente con las que estamos ahora en la mediana edad, entre los 35 y los 65 años, escucho testimonios maravillosos sobre el impacto constructivo del feminismo. Es esencial que lo documentemos para que sirva como testimonio para contrarrestar el supuesto generalizado de que lo único que ha conseguido el feminismo es hacer más difícil la vida de las mujeres. Lo que ha hecho la vida mucho más complicada a las mujeres con pensamiento y práctica feminista es que el sistema patriarcal, su ideología y su poder, permanece básicamente igual.

Las feministas con visión de futuro siempre han entendido que es necesario incluir a los hombres. Es un hecho que si todas las mujeres del mundo se hicieran feministas pero los hombres siguieran siendo sexistas, nuestras vidas seguirían estando limitadas. La guerra de géneros seguiría siendo la norma. Las activistas feministas que se niegan a aceptar a los hombres como compañeros de lucha —que temen de forma irracional que las mujeres empeoren si los hombres se benefician de alguna manera de la política feminista— han ayudado a que la gente mire al feminismo con sospecha y desprecio. A veces, las mujeres que odian a los hombres prefieren que el feminismo se quede estancado que enfrentarse a los problemas que tienen con ellos. Es urgente que los hombres alcen la bandera del feminismo y desafíen al patriarcado. La seguridad y la continuidad de la vida en el planeta requiere que los hombres se hagan feministas.

Cada vez que cualquier mujer o cualquier hombre de cualquier edad trabaja para acabar con el sexismo el movimiento feminista avanza. Esto no requiere que nos unamos a organizaciones necesariamente; podemos trabajar en nombre del feminismo desde donde estamos. Podemos empezar desde nuestro hogar, desde donde vivimos, formándonos a nosotras o nosotros mismos y a nuestros seres queridos. Hasta ahora el movimiento feminista no ha proporcionado suficientes proyectos de cambio ni a las mujeres ni a los hombres. Si bien el feminismo está enraizado en un conjunto de ideas sobre cuáles son nuestros objetivos, nuestras estrategias para el cambio feminista deben ser variadas.

No existe un camino único hacia el feminismo. Las personas de distintos orígenes necesitan teorías feministas que se refieran directamente a sus vidas. Como pensadora feminista negra, creo que es esencial examinar críticamente los roles de género en la vida de la población negra para descubrir los problemas específicos y las estrategias que se deben abordar para que toda la población negra pueda entender la relevancia de la lucha feminista en nuestras vidas.

El feminismo radical con visión de futuro nos anima a examinar nuestras vidas con valentía desde la perspectiva de género, raza y clase para que entendamos con claridad nuestro lugar dentro del patriarcado capitalista supremacista blanco. Durante años, muchas feministas creyeron erróneamente que el género era el único aspecto que determinaba su estatus. Demostrar que no era así fue algo decisivo para la política feminista. Permitió a las mujeres entender cómo los sesgos de raza y clase habían llevado a la formación de un movimiento de mujeres que no era de masas.

Ahora estamos preparadas para renovar la lucha feminista. Los contraataques antifeministas existen porque el movimiento logró mostrar con éxito a todo el mundo la amenaza que constituye el patriarcado para el bienestar de mujeres y hombres. El feminismo habría fracasado por si solo si no hubiera hecho una lectura real de los peligros de perpetuar el sexismo y la dominación masculina. No habría hecho falta una campaña antifeminista. Aunque los medios de comunicación de masas siguen difundiendo la mentira de que los hombres no son bienvenidos en las aulas feministas, la realidad es que cada vez más hombres están estudiando el pensamiento feminista y adhiriéndose a él. Este importante cambio dentro del movimiento feminista lo convierte en una amenaza mayor todavía para el patriarcado. Como se ha mencionado anteriormente, si el movimiento se hubiese centrado solamente en las mujeres, el *statu quo* del patriarcado seguiría intacto y no habría motivo para atacar con dureza al feminismo.

Los medios de comunicación de masas y las autoridades sexistas nos dicen constantemente que el feminismo ha muerto, que ya no tiene sentido. En realidad, mujeres y hombres de todas las edades y en todos lados siguen luchando por cuestiones de igualdad de género, siguen buscando roles que los liberen en vez de limitarlos; y se siguen dirigiendo al feminismo para encontrar respuestas. El feminismo nos da esperanza para el futuro. Al poner el énfasis en una ética de apoyo mutuo e interdependencia, el pensamiento feminista nos ofrece un camino para acabar con la dominación y, al mismo tiempo, cambiar

el impacto de la desigualdad. En un universo donde el apoyo mutuo sea la norma, puede haber momentos en los que no todo sea igualitario, pero la consecuencia de esa desigualdad no será la subordinación, la colonización ni la deshumanización.

El feminismo, como movimiento para acabar con el sexismo, la explotación sexista y la opresión, está vivo y en buen estado. Aunque no tenemos un movimiento de masas, nuestro objetivo principal es la renovación del movimiento. Se debe crear y recrear constantemente teoría feminista con visión de futuro, que se refiera a nosotras, a dónde vivimos, a nuestro presente, para garantizar que se mantenga la importancia del movimiento feminista en nuestras vidas. Mujeres y hombres han hecho grandes avances hacia la igualdad de género. Esos avances hacia la libertad deben impulsarnos para seguir adelante. Debemos tener valentía para aprender del pasado y trabajar por un futuro en el que los principios feministas puedan regir en todos los ámbitos públicos y privados de nuestras vidas. La política feminista pretende acabar con la dominación para que podamos ser libres para ser quienes somos, para vivir vidas en las que abracemos la justicia, en las que podamos vivir en paz. El feminismo es para todo el mundo.